Cris L. Devlin



EL CISNE Y EL HALCÓN

Cris L. Devlin

EL CISNE Y EL HALCÓN



Copyright © 2025 Cris L. Devlin
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A mi familia, por ser el refugio donde siempre encuentro paz, fuerza y amor incondicional. Por creer en mí cuando yo misma dudaba, por cada palabra de aliento, y por demostrarme que juntos podemos superar cualquier desafío.

Este libro es también vuestro, porque sin vuestro apoyo, nada de esto hubiera sido posible.

ÍNDICE

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo 1
Epílogo 2

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es para mis protagonistas, que me han acompañado en innumerables horas de imaginación y escritura, dándome el privilegio de contar su historia.

Pero el más importante es para ti, querido lector o lectora. Esta novela está escrita con la ilusión de que disfrutes de cada página y encuentres en esta ficción un refugio, un entretenimiento o quizás un destello de emoción compartida. Gracias por permitirme entrar en tu mundo a través de estas palabras, y hacer nuestra esta experiencia.

Con todo mi corazón, gracias.

Cris L. Devlin



Capítulo 0

Jueves, 29 de junio de 2023

Resignada por tener que asistir a la fiesta, Blanca se miró en el espejo y se sintió bien. Los pantalones vaqueros de color azul claro que había elegido le sentaban como un guante, y encajaban a la perfección con sus botas marrones, cómodas y elegantes, ideales para una fiesta campera. Ajustó el cuello de la camisa blanca, y se colocó la americana de verano sobre los hombros. Todo en su atuendo transmitía sencillez y profesionalidad, aunque su rostro no lograba disimular su desgana.

Mientras recogía su cabello castaño en una coleta, su mente vagó hacia el hombre que, sin querer, no podía dejar de recordar: Alfonso de Benavides. «Se parece demasiado a Rubén», pensó por enésima vez mientras se alisaba el pelo con dedos nerviosos. Recordó la primera vez que lo vio, cuando apareció en el colegio para recoger a Laura, su alumna preferida.

Aquel individuo, con un atuendo impecable y una sonrisa apenas esbozada, le causó un impacto instantáneo. No por su atractivo, que lo tenía, sino por la arrogancia que desprendía en cada uno de sus movimientos. La forma en que la había mirado, evaluándola sin decir palabra, fue suficiente para incomodarla.

La pequeña Laura, de cinco años, ya le había hablado de su tío Alfonso antes de ese encuentro. Según la pequeña, era muy guapo, muy cariñoso y simpático. Le explicó que no podía ir a recogerla más a menudo, porque trabajaba mucho. Blanca había escuchado esas palabras con una sonrisa distraída, sin imaginar que ese idealizado tío le despertaría emociones tan contradictorias. «Otro egocéntrico con traje caro», pensó.

Sacudió la cabeza, intentando apartar ese recuerdo. «Es solo una comida, Blanca. Sonríes, haces el paripé, y te vas cuanto antes», se dijo. Como subdirectora del colegio, no había tenido escapatoria. La directora, antes de salir de viaje por un asunto familiar, había delegado en ella. «Tienes que asistir a la fiesta de la familia De Benavides», le había dicho. No había podido negarse.

El único consuelo sería la presencia de Laura. La pequeña era su alumna favorita, un rayo de luz que siempre conseguía alegrarle el día. «Con suerte, podré centrarme en ella y evitar al resto», pensó mientras tomaba un fular negro que combinaba con su atuendo y se lo colgaba del cuello.

Respiró hondo y dio un paso atrás, para observarse en el espejo. La camisa blanca resaltaba el tono bronceado de su piel, y la americana le daba un toque de formalidad sin resultar excesiva. Aunque odiaba la idea de impresionar a nadie en ese lugar, tampoco quería dar motivo a comentarios. «Ya que no me queda otra que asistir, intentaré pasar desapercibida. No quiero dar razones para hablar de mí», se recordó.

Mientras guardaba su cartera en el bolso, una duda la asaltó: ¿y si Alfonso se acordaba de ella? ¿Y si aquel hombre, con aquella intensa mirada, volvía a observarla como si ella fuera

alguien para olvidar? No, no era posible. Con toda seguridad, tendría una lista interminable de mujeres que cruzaban por su vida y no se detendría a recordar a una simple profesora.

Con ese pensamiento, tomó las llaves y se echó un último vistazo en el espejo. Su reflejo le devolvió la imagen de una mujer decidida, y nada más lejos de la realidad, porque las sombras de su pasado, el dolor que había sentido por la traición de Rubén, aún se asomaban tras la máscara de seguridad que se había autoimpuesto. «Vamos allá, Blanca. Solo es un día más», se dijo con un atisbo de sonrisa. Salió de casa y, mientras se acercaba a su coche, recordó aquella inusual situación, cuando conoció a Alfonso de Benavides.



Había ocurrido hacía poco más de un mes, cuando apareció en el colegio para recoger a su sobrina Laura. Llegó tarde. Para que la niña no estuviera sola, Blanca se quedó con ella, esperando a su tío.

A simple vista le pareció atractivo, en realidad, muy atractivo, pero la impresión apenas duró unos segundos. Mientras lo veía acercarse, se dijo así misma: «Se parece demasiado a Rubén».

El parecido físico y el aire de suficiencia que desprendía aceleraron sus latidos. Hasta en eso, era igual que su exmarido. Y, por si fuera poco, iba impregnado de un intenso perfume femenino que Blanca reconoció de inmediato. Era el que usaba su madre, muy caro. Pensó que estaba fuera de lugar en un sujeto tan viril. «No es suyo», pensó al instante.

Mientras Laura corría hacia él, Blanca suspiró, intentando mantenerse profesional. Se dio cuenta de que aquel sujeto la miraba de arriba abajo, como si fuera un bicho raro. Además de que llegaba tarde, le pareció demasiado descarado. Eso la sacó de quicio y fue implacable.

—Señor De Benavides, gracias por honrarnos con su presencia, aunque sea de forma tan impuntual —dijo enfadada, mirando el reloj y alzando una ceja.

Él la miró, divertido, y con un toque de cinismo respondió:

—Me temo que me perdí la lección sobre puntualidad. ¿Es usted profesora? ¿Fue usted la encargada de enseñarla?

Blanca apretó los labios, intentando mantener la calma. Ese pronto que había heredado de su madre, la hizo saltar al momento.

—Sí. Soy Blanca Alcaraz, la profesora de Laura. Y si hubiera asistido a alguna de mis clases, habría aprendido algo de educación y no daría una respuesta tan sarcástica. —Lo miró con el mismo descaro que había utilizado él—. Pero claro, con el perfume que desprende, imagino que estaba ocupado en… otras tareas.

Mientras se pasaba una mano por su cuello, Alfonso soltó una carcajada, y se mostró relajado y divertido.

—Es una pena que sea usted tan imaginativa, porque creo que se equivoca. Pero no seré yo quien la saque de dudas. Le prometo que la próxima vez me esforzaré en impresionarla.

A pesar de que su respuesta la descolocó, Blanca lo fulminó con la mirada. Volvió a la carga.

—Me alegro de que haya encontrado tiempo en su agenda para venir a por su sobrina.

Mientras ajustaba el reloj de su muñeca, Alfonso alzó una ceja, ignorando la indirecta.

—Ella es lo único importante para mí —respondió con serenidad, mientras miraba a la niña con cariño. Dejó el tono sarcástico—. Espero que Laura no le haya causado demasiados problemas.

—En absoluto —dijo con el rostro aún serio, acariciando la cabeza de la niña.

Cuando Blanca pensaba que todo se estaba calmando, una ráfaga de aire le devolvió aquel intenso perfume, justo en el instante en el que vio en sus ojos verdes una mirada de sarcasmo.

—Por cierto, me alegro de que le guste mi perfume, profesora.

Blanca hizo un gesto de desagrado con la cabeza.

—Si tengo tiempo, le recomendaré algo más… adecuado, quizás menos femenino —añadió con todo el cinismo que pudo—. El que utiliza no encaja con usted, es poco masculino.

Él la miró con una expresión de sorpresa. Sonrió, haciendo un gesto que parecía calculado para irritarla.

—Me encanta probar cosas diferentes, ya sabe… la diversidad —respondió mientras le hacía un guiño—. Pero le agradezco su experta opinión. Estaré muy pendiente de sus consejos.

Blanca sintió que el rubor subía a sus mejillas, más de indignación que de vergüenza. «Arrogante y prepotente. Perfecto», pensó mientras tomaba la mano de Laura para entregársela.



A pesar de su disgusto inicial, aquella primera interacción con Alfonso se había quedado grabada en su mente de una forma que no conseguía explicar del todo. Mientras conducía hacia el cortijo, el paisaje de viñedos y caminos de tierra comenzó a reemplazar sus pensamientos. «Con suerte, podré centrarme en Laura y evitar al resto, en especial a él», se dijo, aunque imaginó que evitar a Alfonso de Benavides resultaría complicado.



Capítulo 1

La fiesta en el Cortijo

El sol de junio caía con intensidad sobre la extensa finca de los De Benavides, donde la fiesta anual congregaba a empresarios, amigos cercanos y conocidos del sector vinícola. Las mesas, dispuestas bajo una gran carpa blanca, estaban adornadas con manteles de lino y arreglos florales que reflejaban la elegancia típica del lugar. Un grupo de guitarristas animaba el ambiente con música flamenca, mientras los invitados se tomaban unas copas de vino y conversaban de forma animada.

Blanca, junto a otros pocos asistentes que no parecían encajar del todo en el entorno de lujo, mantenía una educada sonrisa mientras observaba a Laura correr entre los invitados. La pequeña estaba radiante, mostrando orgullosa su vestido blanco y unas botas nuevas que su tío Alfonso le había regalado para la ocasión.

Alfonso de Benavides destacaba, como siempre. Su esbelta figura y su postura atraían las miradas. Vestido con una camisa blanca arremangada y unos pantalones de lino beige, se movía con absoluta comodidad entre el bullicio. Estaba conversando con Carlos Heredia, su amigo de la infancia, quien no dejaba de hacer bromas en un intento por aligerar el ambiente.

—Alfonso, relájate un poco —decía Carlos, levantando su copa de vino—. Es vuestra fiesta, no un consejo de administración.

—Siempre con tus bromas, Carlos —replicó Alfonso, aunque una leve sonrisa asomó a su rostro—. Algún día aprenderás a tomarte algo en serio.

Mientras jugaba con Laura, Blanca los observaba, preguntándose cuánta de esa camaradería era genuina y cuánta formaba parte de la fachada que Alfonso quería mostrar al mundo. Fue entonces cuando notó que alguien se acercaba. Era una chica de cabello castaño oscuro y una cálida sonrisa. Llevaba un vestido vaporoso que contrastaba con su actitud desenfadada. Aún no habría cumplido los treinta años, aunque estaría cerca. Tres o cuatro menos que ella.

—Hola, soy Lucía Heredia, la hermana menor de Carlos —dijo, extendiendo una mano mientras señalaba al hombre que hablaba con Alfonso—. Tú debes de ser Blanca. Laura siempre está hablando de ti.

—Espero que bien —respondió, estrechándole la mano y devolviéndole la sonrisa.

—Ya sabes que sí. Es un placer conocerte. Laura no deja de decir lo genial que eres en clase —dijo Lucía, lanzándole una mirada cómplice a la pequeña, que ahora estaba ocupada mostrando sus botas a un grupo de niños.

Cerca de allí, Macarena, la madre de Alfonso, observaba la escena. Tras descansar un rato en su habitación, acababa de llegar al jardín. Había sido una mujer muy activa antes de casarse, pero un desafortunado accidente laboral la había dejado con problemas crónicos en la espalda. Y ahora, a punto de cumplir los sesenta, le pasaba factura.

Con todo el ajetreo de los preparativos, tenía más dolor que de costumbre. A pesar de ello, mantenía una actitud positiva y una elegancia natural que la hacía destacar. Su rostro reflejaba una mezcla de serenidad y fuerza.

—Alfonso, querido —llamó Macarena desde el banco en el que estaba sentada—. Ven un momento, por favor.

Alfonso se acercó de inmediato, inclinándose para besar a su madre en la mejilla.

—¿Todo bien, mamá? —preguntó con interés.

—Sí, muy bien, cariño. Solo quería recordarte, que no te olvides de agradecerles a todos que estén aquí. Y dile a Laura que tiene que presentarme a esa profesora a la que tanto quiere.

Alfonso asintió y lanzó una mirada hacia Blanca. Aunque intentaba permanecer inadvertida, no había pasado desapercibida para él. «La antipática profesora», pensó con cierta curiosidad. Era evidente que Laura la adoraba, y eso bastaba para intrigarle. Alfonso observó la escena desde lejos, mientras la pequeña jugaba con ella, y se preguntó cómo había logrado ganarse el corazón de su sobrina con tanta facilidad.



El ambiente de la fiesta era encantador, con las luces colgantes que iluminaban el cortijo y los acordes de las guitarras llenando el aire. Mientras los camareros servían tapas tradicionales y copas de los mejores vinos de la bodega Benavides, los invitados se movían entre risas y animadas conversaciones.

Blanca caminaba junto a Laura, que la arrastraba hacia una de las mesas donde varias personas estaban sentadas, entre ellas Carlos Heredia y su hermana Lucía. Carlos, con su actitud siempre bromista, fue el primero en notar su llegada. Se levantó para saludarla.

—Así que tú eres la famosa Blanca de la que tanto habla la sobrina de Alfonso —dijo Carlos con una sonrisa, levantándose para saludarla—. Es un placer conocerte, soy Carlos.

—El placer es mío —respondió Blanca, estrechándole la mano. Carlos tenía un carisma que la hizo sentir relajada. Era guapo y elegante.

Lucía saltó al momento.

—Nosotras ya nos conocemos. Me he presentado antes. —Blanca le había caído muy bien. La miró y le dijo—: Creo que nos has robado a todos el corazón, en especial a esta pequeña —añadió, mirando cómo Laura se abrazaba a ella y se ponía a correr hacia los columpios.

—Gracias —dijo Blanca, mientras miraba de reojo a Alfonso—. Todos me estáis tratando muy bien.

De repente, Alfonso le comentó:

—Mi madre tiene interés en conocerte, profesora.

Blanca asintió a la sequedad de su tono con una sonrisa, y se acercaron hasta donde estaba la abuela de la niña. Macarena estaba sentada en un banco del jardín, en la zona más tranquila. Con su porte distinguido y su afable sonrisa, irradiaba una fuerza que conseguía disimular sus dolores de espalda.

—Mamá —dijo Alfonso, con un tono más suave de lo habitual—, ella es Blanca Alcaraz, la profesora de Laura.

Macarena extendió la mano hacia ella.

—Es un placer conocerte, querida. Laura siempre habla maravillas de ti. Gracias por cuidar tan bien de mi nieta.

—Es fácil cuidar de alguien tan especial —respondió con sinceridad, tomando la mano de Macarena.

Alfonso observó la interacción en silencio. Vio que Blanca se sentaba junto a su madre, e iniciaban una animada conversación. Pensó que Blanca lograba conectar con cada persona que conocía, y se preguntó por qué había sido tan seca y distante con él. Decidió centrar su atención en esa mujer que no dejaba de sorprenderle.



La tarde iba cayendo, y el bullicio de la fiesta empezaba a calmarse. Los invitados principales ya habían brindado, hablado de negocios y saboreado los mejores vinos de la bodega. Alfonso seguía de pie, cerca de una de las mesas, con una copa de fino en la mano y una expresión pensativa. Desde allí, observó cómo Laura le insistía a su profesora, para que se quedara un rato más.

Blanca, que había planeado irse temprano, percibía la insistencia de la pequeña como una mezcla de adoración y trampa emocional. Aunque sabía que no podía negarse, se dio cuenta de la fija mirada de Alfonso.

Decidió enfrentarse a aquella sensación de incomodidad.

—¿Le pasa algo? —le preguntó en un tono seco, al acercarse a él.

Alfonso bajó la copa, tomándose su tiempo antes de responder.

—Nada en particular, solo intento entender por qué Laura te quiere tanto —dijo tuteándola por primera vez—. Parece que eres su persona favorita en el mundo. ¿Siempre logras causar esa impresión en los niños?

El comentario, aunque disfrazado de cumplido, mostró un matiz que no le pasó desapercibido. Arqueó una ceja y cruzó los brazos. Con una sonrisa exenta de inocencia, y manteniendo el «usted» y las distancias, respondió.

—Señor De Benavides: ¿sabe que los niños saben valorar a los adultos? Por desgracia, el tiempo hace que esa buena impresión se pierda. Pasa con algunas personas.

Alfonso esbozó una sonrisa divertida. Se inclinó un poco hacia ella, dejando su copa sobre la mesa más cercana.

—¿Eso es una crítica disimulada, señorita Alcaraz? —comentó con cinismo, utilizando de nuevo el usted, para reforzar la sarcástica pregunta.

Blanca mantuvo su postura, y le devolvió el sarcasmo.

—No soy de las que critican de forma disimulada, señor De Benavides. Si tuviera algo que decirle, le aseguro que lo haría directamente.

Él la miró, clavando sus ojos en los de ella, como si evaluara cada una de las palabras que había dicho. Había algo en esa mujer que le desafiaba, una firmeza que no estaba acostumbrado a encontrar. En lugar de responder, Alfonso tomó su copa y la alzó hacia ella.

—Me gusta tu estilo, Blanca. Pero cuidado, hay quien confunde la franqueza con el atrevimiento.

—Y hay quien confunde la confianza con la arrogancia —replicó ella sin querer perder el control de la situación.

Ambos se observaron en un duelo de miradas que se vio interrumpido por la llegada de la niña, quien tiró de la mano de Blanca para llevarla a los columpios. Blanca se dejó guiar, no sin antes lanzar una última y desafiante mirada hacia Alfonso, que la observaba con una mezcla de intriga y admiración.

Mientras la profesora se alejaba, él volvió a llevarse la copa a los labios, pero esta vez con una sonrisa apenas perceptible. Se había despertado algo en él: un deseo de desentrañar el misterio que había tras esa mujer que no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro ante su presencia.



Laura, con su inagotable energía, insistió en mostrarle a Blanca el jardín trasero del cortijo. A pesar de su idea inicial de permanecer poco tiempo en la fiesta, no podía resistirse al entusiasmo de la niña. Alfonso, desde una distancia prudente, observaba cómo su sobrina agarraba la mano de la profesora y la guiaba entre los árboles de granada y los arbustos de romero.

Sentado en un banco de piedra junto a su madre, Alfonso mantenía una conversación pausada con Macarena, quien no dejaba de sonreír al ver a su nieta feliz.

—Laura se siente muy cómoda con Blanca —comentó ella, mirando de reojo a su hijo—. Creo que no he visto a la niña tan radiante desde hace tiempo. —De repente, su voz se quebró—. Si tu hermana la hubiera podido ver ahora…

Alfonso asintió, aunque no respondió de inmediato. Sus ojos seguían fijos en la escena. Blanca se agachaba para ayudar a Laura a recoger una flor, y algo en su gestualidad, en su sincera sonrisa, lo desarmó por un instante.

—Tiene algo especial —murmuró él.

Macarena lo miró con atención. No supo si se refería a Blanca, o a su nieta, pero no le quiso preguntar.

Blanca notaba que Alfonso mantenía la distancia, aunque su presencia era ineludible. Mientras Laura le contaba historias sobre los caballos del cortijo, su mente reflexionaba sobre la compleja dinámica que había observado entre tío y sobrina. Había visto una evidente preocupación en Alfonso, y supuso que se debía al instinto de protección. La madre de Laura, que era soltera, había fallecido en un accidente de tráfico.

—Tu tío debe quererte mucho —dijo Blanca, acariciando el cabello de la niña.

—¡Sí! Siempre está pendiente de mí —respondió, con una sonrisa—, pero trabaja mucho. Mi abuela dice que demasiado.

Blanca asintió. Alfonso era un hombre dividido entre sus responsabilidades y lo que, con seguridad, sentía como una deuda emocional con su familia.

Cuando regresaron al banco en el que estaba, él se levantó para ayudar a Laura a subirse. Blanca observó cómo le ajustaba la chaqueta a la pequeña, asegurándose de que no tuviera frío. Ese gesto, tan sencillo, pero cargado de ternura, le encantó.

—Gracias por acompañarla —dijo Alfonso, mirando a Blanca a los ojos. Había sinceridad en su voz.

—No hace falta que me dé las gracias, señor De Benavides —respondió Blanca, desviando la mirada hacia Laura—. Ella es un encanto. Es imposible decirle que no.

Alfonso se permitió una pequeña sonrisa, y por un instante, pareció que las barreras entre ambos se tambaleaban. La sensación fue fugaz, como un destello que desaparece antes de ser comprendido.

Laura, ajena a la tensión, comenzó a hablar emocionada sobre su plan para montar a caballo, mientras Blanca sentía la mirada de Alfonso, no con la arrogancia habitual, sino con algo que parecía una mezcla de curiosidad y agradecimiento. Aunque no quiso admitirlo, ese lado protector que él mostraba hacia Laura también empezó a desarmarla.

El sol de la tarde empezaría a descender en una hora, y, la niña, con su entusiasmo habitual, intentaba convencer a su tío para montar a caballo antes de que la fiesta concluyera. La pequeña insistía en que Blanca también la acompañara.

—No lo sé, Laura —murmuró Alfonso, mirando con recelo a Blanca. No le apetecía tener que dar instrucciones a una novata—. Tal vez sea mejor dejarlo para otro día.

—Tío, Blanca sabe montar —protestó la pizpireta Laura, entendiendo lo que su tío insinuaba, y tirando de su mano con insistencia—. ¿Verdad que sabes montar?

Blanca sonrió a la niña, mientras sentía la mirada analítica de Alfonso fija en ella. El deje de suficiencia que vio en sus ojos la impulsó a decir, con orgullo:

—Sí, claro que sé montar —confirmó con naturalidad—. No seré tan experta como tu tío, pero creo que podré seguirle el ritmo —añadió con cinismo.

Alfonso dejó escapar un suspiro, intentando ser paciente con la antipática profesora, y superado por la determinación de su sobrina.

—Muy bien, pero yo también voy —sentenció, dejando claro que no aceptaría discusiones.

Laura dio un grito de alegría y miró a Blanca, con devoción.

—Vamos —le dijo, tendiendo la mano que le quedaba libre para que la tomara.

Con Laura en el centro, tirando de ellos dos, unos minutos después entraban en el establo. Con facilidad, Laura subió al pequeño poni castaño que siempre montaba, y que había sido un regalo de Alfonso. Blanca, por su parte, lo hizo en una majestuosa yegua blanca, mientras Alfonso montaba su impresionante caballo negro.

—¿Todo bien? —preguntó Alfonso, observando a la mujer con una mirada preocupada.

—Perfecto —respondió ella, ajustándose los estribos con soltura.

—Es curioso —comentó él, con un tono irónico—. Parece que has venido muy preparada para montar a caballo. Aunque, con un vestido, este paseo habría sido mucho más interesante.

Blanca levantó la mirada hacia él, encontrándose con esa irónica sonrisa que le resultaba tan irritante como intrigante.

—Supongo que eso depende de lo que usted considere interesante —replicó con un tono cargado de sarcasmo—. Porque entiendo que lo dice por mis muslos.

Alfonso soltó una carcajada, mientras dirigía a su caballo hacia el camino que rodeaba la finca. Blanca giró su caballo para seguirlo, sin poder evitar la tensión que se ceñía sobre ellos. Había algo en su tono, en esa forma de hablar con aparente despreocupación, que la sacaba de quicio.

Laura, ajena a todo, trotaba unos metros por delante, riendo mientras hablaba con su poni.

—¿Siempre intentas desafiar a las personas, o es algo que solo reservas para mí? —preguntó él, lanzando una mirada por encima del hombro.

—Digamos que tengo un talento especial para responder a determinados e innecesarios comentarios —replicó Blanca, con una mirada que no mostraba inocencia.

Alfonso se la quedó mirando. Le gustó su inteligente respuesta.



El camino se abría ante ellos, flanqueado por extensos viñedos que parecían no tener fin. Los caballos avanzaban al paso, mientras el aire de la tarde llevaba consigo el aroma de la tierra recién labrada y el susurro de las hojas mecidas por la brisa. Blanca guiaba a la yegua blanca con soltura, y Alfonso, montado en su majestuoso caballo negro, la observaba de reojo.

—No está mal para alguien que dice no ser experta —comentó Alfonso con una leve sonrisa —. Creo que has montado más de lo que quieres admitir.

Blanca, que mantenía una mano firme en las riendas, le lanzó una mirada tranquila.

—Aprendí de mi abuelo —dijo, dejando que la nostalgia suavizara su tono—. Era agricultor, tenía olivos. En su finca había dos caballos, y yo solía pasar los veranos allí. Me enseñó todo lo que sé, de la tierra y de los caballos.

Alfonso asintió, sorprendido por la sencillez con la que hablaba de algo que, para él, tenía un peso emocional muy significativo. Con la voz un tanto emocionada, le dijo:

—Yo también pasaba mucho tiempo montando cuando era más joven —admitió—. Siempre iba con mi hermana, con Clara. Tenía dos años más que yo, y era la mejor amazona que he conocido. Ella me enseñó a disfrutar del ritmo del caballo y de la libertad que se siente al cabalgar.

Blanca lo miró con curiosidad. Había algo en su tono de voz que sugería una mezcla de alegría y tristeza.

—Debía ser una persona muy especial —comentó, sin querer indagar demasiado.

—Lo era —contestó él, con una sonrisa sincera, pero triste.

Se quedaron en silencio. Laura trotaba delante de ellos, tarareando una canción, pero ambos parecían inmersos en sus propios pensamientos.

Cuando llegaron a un prado, Alfonso sugirió que descansaran. Blanca desmontó con gracia, acariciando el lomo de la yegua antes de ayudar a Laura a bajar de su poni, y Alfonso, siempre atento, se aseguró de que los caballos estuvieran tranquilos antes de sentarse junto a ellas dos. Laura, con la energía inagotable de los niños, insistió en sentarse entre ellos.

La pequeña, tomó las manos de ambos, una en cada lado, y los miró con una sonrisa radiante.

—Sois mis personas favoritas del mundo —dijo con la ingenua naturalidad de un niño—. Deberíais casaros y darme un hermanito, o algo parecido. Ya sé que no sois mis papás, pero sería perfecto.

El comentario cayó como una piedra en el agua. Blanca sintió que el corazón le daba un vuelco. Alfonso, aunque por un momento se olvidó de respirar, fue el primero en recuperar la compostura.

—Eso es un plan muy ambicioso, Laura —dijo, apretando con cariño su manita—. Creo que tu profesora tiene cosas más importantes que hacer que aguantarme todos los días.

Blanca sonrió, aunque el comentario le arrancó una carcajada.

—Y tu tío también, Laura —comentó—. Estoy segura de que tiene suficiente con gestionar esta finca y cuidarte a ti. Yo sería un estorbo —añadió, clavando sus ojos en él.

Laura los miró con confusión.

—Pero os lleváis bien, ¿no? ¿Por qué no os queréis? —preguntó, desconcertada.

—Claro que nos llevamos bien —intervino Blanca, mintiendo como una bellaca mientras acariciaba el cabello de la pequeña—. Pero, a veces, las cosas no son tan simples como parecen.

Alfonso, que había permanecido en silencio, sonrió de forma apacible.

—Laura, las mejores cosas de la vida necesitan su tiempo. Quizá algún día entiendas lo complicado que es tomar ciertas decisiones.

Blanca miró a Alfonso, y sintió que sus palabras iban dirigidas a ella. Intentó no pensar demasiado en ello, aunque era difícil ignorar la forma en que su mirada la buscaba, incluso en los momentos más casuales.

Con el sol cayendo tras las colinas y la brisa acariciando el prado, el silencio se instaló entre ellos una vez más, esta vez cálido y lleno de matices que ninguno de los dos se atrevió a explorar.

Un inesperado accidente

Alfonso, mirando el horizonte, decidió que era el momento de regresar. El aire fresco ya anunciaba el final del día, y prefería llegar a la casa antes de que la oscuridad cubriera los caminos.

—Es hora de volver —anunció con firmeza, ajustando las riendas de su caballo negro—. Laura, cariño, mantente cerca.

Blanca percibió un cambio en el tono de Alfonso. Más protector, consciente del tiempo y las condiciones.

El pequeño grupo inició el camino de regreso al cortijo. Laura, siempre animada, abría el camino y guiaba a su poni entre risas, mientras Blanca y Alfonso la seguían de cerca. Los caballos avanzaban con calma, pisando el sendero de tierra que cruzaba los viñedos. La conversación entre los adultos se había vuelto inexistente, sustituida por una paz momentánea que ambos parecían necesitar.

De repente, esa tranquilidad se rompió. Un sonido seco y rápido, seguido por el movimiento sinuoso de algo entre las hierbas, alertó a los caballos. El poni de Laura relinchó con fuerza, y se levantó sobre sus patas traseras. La niña, sorprendida y sin tiempo para sujetarse, perdió el equilibrio y cayó al suelo con un agudo grito que desgarró el aire.

—¡Laura! —gritó Alfonso, desmontando de inmediato con una agilidad que hablaba de su experiencia.

Blanca le imitó, dejando caer las riendas de su yegua y corrió hacia la pequeña, que yacía en el suelo. Estaba inmóvil y con el rostro contraído de dolor. Alfonso, arrodillado a su lado, evaluaba la situación con una mezcla de pánico y control.

—¿Puedes mover la pierna? —preguntó él, con la voz más suave que Blanca le había oído.

—Sí, pero me duele mucho, tío —le dijo entre sollozos.

Blanca apoyó una mano en el hombro de Alfonso, y le dijo a la niña, con un tono que intentaba ser tranquilizador.

—Laura, tranquila, estamos aquí. Todo va a ir bien. Intenta respirar despacio, ¿vale?

Los pensamientos de los adultos se arremolinaban en un auténtico frenesí. «Esto no puede estar pasando. Tenía que haber insistido en que montara conmigo. Es mi responsabilidad», pensó Alfonso, sintiendo el peso de la culpa oprimiendo su pecho.

Blanca, por su parte, luchaba contra el impulso de entrar en pánico. «No puedo perder la calma. Laura necesita verme fuerte. Solo es una caída, nada grave», se repetía, intentando convencerse.

—Voy a llevarla al hospital —dijo Alfonso, levantándose con decisión. Cogió a Laura con cuidado, en sus brazos, y la niña se puso a sollozar contra su pecho.

—Voy contigo —respondió Blanca, firme, tuteándolo por primera vez. Sus ojos se encontraron con los de él, y en ese breve cruce, ambos entendieron que debían mantenerse unidos.

Alfonso montó su caballo, con Laura en brazos, mientras Blanca guio a la yegua y al poni. El camino hasta el cortijo se hizo eterno. Una vez en la casa, el personal se movilizó con rapidez.

Alfonso, sin soltar a Laura, se acercó a su todoterreno, y la dejó en el asiento posterior. Blanca se sentó junto a ella.

El silencio durante el trayecto al hospital, solo se rompía por el llanto de la pequeña y las palabras de consuelo de ambos. Blanca miró a Laura, que empezaba a calmarse, aunque su rostro seguía marcado por el dolor.

—Eres muy valiente, ¿sabes? —le dijo, girándose hacia la pequeña. La niña asintió, y sus ojos buscaron los de Alfonso.

—Tío, me duele mucho —susurró con la voz quebrada.

—Lo sé, cariño —respondió, concentrado en la carretera—. Pero ya casi llegamos. Te prometo que te pondrás bien.

Blanca observó su perfil. Notaba tensión en su rostro, y un brillo de preocupación en sus ojos. Por primera vez, no solo vio arrogancia. Descubrió una faceta suya que no conocía: la de la sensibilidad.



Cuando llegaron al hospital, Alfonso no esperó a que alguien le abriera la puerta. Bajó con Laura en brazos y, seguido de cerca por Blanca, entró en urgencias. Los médicos los recibieron de inmediato, y se llevaron a la niña para examinarla.

La profesora, sentada junto a él en la sala de espera, vio que se llevaba una mano al rostro, frotándoselo con cansancio.

—Esto no debería haber pasado —murmuró, más para sí mismo que para ella.

—No es tu culpa —dijo Blanca con firmeza—. Los accidentes ocurren, y Laura es fuerte. Saldrá de esta.

Alfonso la miró y sus ojos verdes mostraron una vulnerabilidad que rara vez dejaba ver.

—Gracias —susurró.

En ese instante, Blanca supo que había algo más tras esa fachada de perfección que tanto la irritaba.

El médico salió veinte minutos después y les dijo que Laura tenía una fractura en la pierna. Necesitaría cierto reposo durante varias semanas. Alfonso y Blanca se miraron, sin saber que aquel incidente marcaría un antes y un después en su peculiar relación.

Una propuesta inesperada

El regreso al cortijo estuvo cargado de silencio. Mientras Alfonso conducía con un gesto que no lograba ocultar su preocupación, Laura, agotada tras la visita al hospital, se quedó dormida en el asiento trasero. Blanca iba sentada a su lado, mucho más tranquila al saber que la niña estaba bien, y mantenía la mirada fija en el paisaje que desfilaba por la ventana.

Cuando llegaron a la finca, Macarena y la señora Teresa esperaban ansiosas en la entrada. Tere, como Alfonso la llamaba de forma cariñosa, llevaba con ellos toda la vida, y era mucho más que una ama de llaves. Fue la persona que lo cuidó durante su infancia.

Al ver a Laura, la expresión de alivio en los rostros de ambas mujeres, fue inmediata.

—Gracias a Dios, está bien —dijo Macarena, extendiendo los brazos para acariciar el rostro de su nieta, que seguía dormida.

—Solo necesita descanso y cuidado —explicó Alfonso, con una firmeza que no ocultaba del todo su preocupación—. Tiene una fractura, pero se recuperará pronto.

Teresa se acercó con su andar seguro, aunque sus ojos reflejaban una inquietud que intentaba disimular.

—Yo puedo encargarme de la pequeña, Alfonso, no te preocupes. Entre tu madre y yo, nos organizaremos.

Alfonso le dedicó una sonrisa, pero negó con la cabeza. Había algo en su expresión que indicaba que ya había tomado una decisión.

—Tere, ya haces demasiado llevando la casa y ayudando a mi madre. Esto requiere dedicación absoluta, y no quiero que te sobrecargues. Voy a contratar a una enfermera.

Tere frunció los labios y lo miró como solía hacerlo cuando era un niño y tomaba decisiones apresuradas.

—No hace falta, yo puedo…

—Tere —la interrumpió Alfonso, colocando una mano en su hombro con afecto—. Ya tienes demasiada responsabilidad. No puedes hacer más de lo que haces. Una enfermera es lo mejor para Laura

Antes de que Tere pudiera responder, Laura, que se acababa de despertar y había escuchado la frase de su tío, interrumpió la conversación con su voz somnolienta.

—No quiero a una enfermera —dijo con un puchero—. Quiero que Blanca se quede conmigo.

El silencio que siguió fue tan pesado como inesperado. Blanca abrió la boca para responder, pero Alfonso habló primero, mirando a su sobrina con cariño.

—Laura, Blanca tiene cosas que hacer. No podemos pedirle que…

—No tiene nada que hacer, tío —interrumpió la avispada niña, con una determinación que parecía desproporcionada para su edad—. Me dijo que ya estaba de vacaciones, y ella siempre me cuida. ¿Verdad que te quedarás?

Blanca sintió todas las miradas sobre ella. Tomó aire, buscando una forma educada de negarse, pero antes de que pudiera decir algo, Alfonso la apartó a un lado.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz baja.

La guio hacia una de las terrazas, donde el aire fresco del atardecer soplaba con una ligera brisa. Blanca cruzó los brazos, anticipando lo que venía.

—Alfonso, yo… —empezó a decir.

—Escucha —la interrumpió, con un tono más suave de lo que esperaba—. Sé lo mucho que Laura te quiere. Ahora mismo necesita a su lado a alguien que le dé seguridad, en quien confíe. Yo no soy muy bueno en eso.

Blanca alzó una ceja, sorprendida por la vulnerabilidad que dejaba entrever. «¿Está siendo sincero o solo intenta manipularme?», pensó, aunque su corazón se encogió al recordar el pánico en sus ojos cuando Laura cayó.

—Alfonso, entiendo lo que dices, pero…

—Si estuvieras en mi lugar, ¿no harías lo mismo por alguien que significa tanto para ti? —la interrumpió de nuevo. Aunque la voz era firme, no mostraba ningún rastro de arrogancia, todo lo contrario.

Blanca bajó la mirada, entendiendo lo que quería decir; y sabía que tenía razón, aunque no quería admitirlo.

—Me gustaría que te quedaras —añadió, con un tono casi suplicante—. Te prometo que no te voy a agobiar. Tendrás una habitación para ti sola, total independencia y libertad para ir y venir cuando quieras.

Blanca lo miró, notando el esfuerzo que hacía por no parecer dominante. Su sinceridad la desconcertaba.

—Me lo estás pidiendo por Laura, ¿verdad? —preguntó, probando los límites de su paciencia.

—Por supuesto que es por ella —replicó, aunque el brillo en sus ojos sugería otra historia—. Si hay algo que te haga dudar, dilo.

Blanca soltó un suspiro y asintió.

—Está bien, me quedaré. Lo hago por Laura.

Aunque su rostro permanecía impasible, Alfonso respiró aliviado.

—Gracias, Blanca. Estará encantada de que te quedes.

Mientras regresaban al interior, Blanca pensó que había tomado una decisión que cambiaría muchas cosas entre ellos. Y, aunque no lo admitiera, la idea de convivir bajo el mismo techo con Alfonso, despertaba en ella cierta inquietud.



Capítulo 2

Primeros pasos en el cortijo

Blanca aparcó su coche junto a la entrada del cortijo, dejando escapar un leve suspiro antes de bajar. Se había acercado a su casa para recoger todo lo que podía necesitar durante las semanas que viviera allí, pero la idea de instalarse en la vivienda de los De Benavides seguía pareciéndole irreal. «Esto es temporal. Todo es por Laura», se recordó, mientras cerraba la puerta del vehículo y cruzaba el patio empedrado.

El interior del cortijo la recibió con el aroma familiar de la madera antigua y el ligero toque floral que emanaba de algún rincón oculto. Caminó hacia el salón, guiada por las voces y el suave murmullo de la actividad dentro de la casa. Al entrar, la escena que se desplegó ante ella tuvo algo de cálido y pintoresco.

Macarena estaba sentada en su butaca habitual, con un libro abierto en las manos, dispuesta a leer. Su porte, elegante incluso en la sencillez, le recordaba a Blanca la dignidad de otra época. Laura, tumbada en el sofá, con la pierna enyesada y estirada sobre un cojín, sonrió al verla entrar.

—¡Blanca! —exclamó la niña, con una alegría que iluminó el rostro de todos los presentes.

A un lado del salón, Alfonso se encontraba de pie junto a una mesa auxiliar. Con una mano sujetaba una taza de café, y con la otra, una copa de brandy que la señora Teresa acababa de servirle. Al escuchar la voz de Laura, giró la cabeza hacia Blanca y la observó con una expresión que, a ella, le resultó difícil de descifrar.

—Buenas noches —saludó, dedicando una sonrisa a todos antes de dirigirse a Laura—. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora que has llegado, mucho mejor —respondió con entusiasmo.

Macarena alzó la vista de su libro y le dedicó una sonrisa.

—Nos alegra mucho tenerte aquí, Blanca. Esta casa es grande, pero a veces, demasiado tranquila.

Blanca agradeció el comentario con un gesto. Estaba a punto de sentarse junto a Laura cuando Alfonso habló.

—Laura, ya es hora de que te acuestes —dijo con un tono firme, aunque sin dureza—. Necesitas descansar.

—Pero no quiero irme todavía —protestó la niña, con un puchero.

Alfonso arqueó una ceja, acostumbrado a estos momentos de resistencia.

—No es una sugerencia. Vamos, te acompaño.

Antes de que pudiera acercarse, Laura miró a Blanca con ojos suplicantes.

—¿Puede llevarme Blanca? Por favor, tío.

El silencio se hizo palpable en el salón. Blanca sintió la mirada de él, y, por un momento, no

supo qué hacer. Buscó su aprobación con la mirada, en silencio. Alfonso, después de una breve pausa, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Claro, si Blanca no tiene inconveniente —dijo, dejando la taza sobre la mesa.

Blanca sonrió y se acercó al sofá. Con cuidado, levantó a Laura en brazos y sintió lo ligera que era.

—Vamos, campeona. Te llevaré a tu habitación.

Mientras subía las escaleras, Alfonso las siguió con la mirada y los labios fruncidos. «Parece más fuerte de lo que aparenta», pensó mientras cogía la copa de brandy y tomaba un sorbo.



Con la niña en brazos, entró en la habitación. Era un espacio luminoso, decorado en blanco y rosa, con tonos muy claros. Las paredes estaban adornadas con acuarelas de paisajes y animales, y una pequeña estantería junto a la cama rebosaba de libros infantiles y juguetes cuidadosamente organizados. Sobre la cama había un precioso edredón, bordado con flores, y con el nombre de Laura en hilo dorado. Un oso de peluche era su inseparable compañero de sueños.

La depositó con suavidad sobre la cama, la ayudó a ponerse el pijama, y, tras acomodarla, ajustó las almohadas.

—¿Quieres que te lea algo antes de dormir? —preguntó Blanca, acariciando el cabello de la niña.

Negó con la cabeza, aunque sonreía.

—Hoy no hace falta —dijo, lanzando un bostezo—. Estoy muy cansada, pero me lo debes. Me gusta mucho que estés aquí.

Blanca la arropó con cuidado y la besó en la frente antes de apagar la lámpara de la mesilla.

—Te lo debo. Duerme bien, cielo. Mañana será un día mejor.

Mientras cerraba la puerta, Blanca no pudo evitar preguntarse cómo sería este mes conviviendo con Alfonso. La imagen de su expresión al mirarla irrumpió en su mente. «No será fácil, pero puedo con esto», se prometió mientras bajaba las escaleras.

La habitación contigua

Blanca cerró la puerta de la habitación con cuidado, asegurándose de no hacer ruido. La niña estaba cayendo en un instantáneo sueño, y mostraba una gran sonrisa que reflejaba su felicidad por tenerla allí. Mientras descendía las escaleras hacia el salón, no pudo evitar un suspiro. La tensión acumulada durante el día la acompañaba como una sombra.

Cuando entró en el salón, Macarena levantó la vista de su libro y le dedicó una sonrisa.

—Blanca, querida, debes estar agotada. Teresa, ¿por qué no le enseñas su habitación, para que pueda instalarse? —sugirió con su habitual tono tranquilo.

Antes de que Teresa pudiera responder, Alfonso intervino, levantándose del sillón donde aún reposaba su copa de brandy.

—No hace falta, mamá. Yo lo haré —dijo, ante la sorpresa de su madre—. Tu maleta está en la entrada, ¿verdad?

Blanca parpadeó, sorprendida por su ofrecimiento, pero asintió.

—Sí, aunque puedo llevarla yo misma. No es necesario que…

—Insisto —la interrumpió Alfonso, acercándose al recibidor para cogerla.

«Claro que insistes», pensó Blanca mientras lo seguía hacia las escaleras. «Siempre tienes que demostrar que estás al mando».

Al llegar arriba, Alfonso señaló la última puerta del lado izquierdo del pasillo.

—Aquella es la habitación de mi madre. Teresa duerme en el ala del servicio, abajo —Pasó por una puerta, sin hacer ningún comentario, y llegaron a la segunda—. Aquí duerme, Laura, ya lo sabes, y esta es la tuya —comentó, mientras se detenía en la siguiente, la tercera de ese lado.

Abrió y la dejó pasar. Blanca cruzó el umbral y se quedó impresionada. La habitación era espaciosa, decorada en tonos claros, con muebles de madera que combinaban elegancia y sencillez. Una amplia cama con cabecero tallado dominaba el espacio, y las cortinas blancas que cubrían las puertas de cristal dejaban entrever una terraza exterior.

—Es preciosa —dijo, caminando hacia la terraza y abriendo las puertas para mirar afuera.

Desde allí, podía ver la piscina iluminada, el jardín bien cuidado y las colinas en la distancia, bañadas por la tenue luz de la luna.

—La terraza conecta todas las habitaciones de este lado —comentó Alfonso, apoyándose en el marco de la puerta—. La mía es la primera, junto a la de Laura. Así que, si necesitas algo, estoy muy cerca.

Blanca se giró, arqueando una ceja ante su comentario.

—¿Y eso debería tranquilizarme? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

Alfonso la observó con una expresión apenas alterada por su insinuación.

—Eso depende de lo que te inquiete, ¿no crees?

Blanca lo desafió con la mirada.

—Me inquietan los hombres que dicen una cosa, y quieren decir otra. ¿Tú qué opinas?

Él sonrió, como si disfrutara del juego.

—Opino que las mujeres que suponen demasiado, suelen equivocarse. ¿Acostumbras a prejuzgar a todo el mundo o solo a mí?

«Es imposible mantener una conversación normal con este hombre», pensó Blanca, notando cómo una mezcla de irritación empezaba a crecer en su interior.

—Digamos que suelo ser prudente. A veces, la experiencia nos enseña más que las palabras. ¿No crees?

Alfonso dio un paso hacia ella, reduciendo la distancia entre ambos. Su voz era más baja de lo normal, y tenía un tono que hizo que Blanca se tensara.

—La experiencia también enseña que no todo es lo que parece, profesora. Deberías saberlo. Y, tal vez, darme el beneficio de la duda.

Blanca sostuvo su mirada, sin retroceder.

—Tal vez. Eso dependerá de que muestres algo más que la arrogancia que derrochas.

El silencio que siguió estuvo cargado de tensión. Se inclinó hacia ella y se detuvo a unos pocos centímetros. Blanca pensó que iba a decir algo, pero no lo hizo. Alfonso retrocedió un paso y se encogió de hombros, mostrando una enigmática sonrisa.

—Buenas noches, profesora. Descansa.

Sin esperar respuesta, se giró y salió de la habitación, dejándola sola. Blanca cerró la puerta tras él, apoyándose en ella mientras exhalaba profundamente.

«Este mes va a ser un infierno», pensó. Sus emociones estaban tan desordenadas como las maletas que aún tenía que vaciar.

Cuando se quedó sola, salió a la terraza. Desde allí podía ver una buena parte de la preciosa finca y la maravillosa edificación donde iba a residir.

El cortijo de los De Benavides era una obra maestra de la arquitectura andaluza tradicional, una finca que combinaba elegancia y funcionalidad. Con una extensión de más de seiscientos metros cuadrados construidos, estaba rodeado de viñedos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, creando un paisaje de postal bajo el cielo despejado.

El exterior de la casa destacaba por su fachada blanca encalada, adornada con contraventanas de madera oscura y detalles en hierro forjado. El porche principal, amplio y acogedor, estaba cubierto por una enredadera de buganvillas que, en esta época del año, estaba en plena floración, y aportaba un vibrante toque de color. Un patio central empedrado, con una fuente de estilo clásico en el centro y rodeado por arcos que conducían a diferentes áreas de la casa, servía como corazón de la vivienda,

El interior era igual de impresionante. Los suelos de terrazo, combinados con alfombras orientales y muebles antiguos, reflejaban una mezcla perfecta entre lujo y tradición. Las vigas de madera añadían calidez a los espacios, mientras que los grandes ventanales permitían la entrada de luz natural.

Con ocho habitaciones, la casa estaba diseñada para albergar tanto a la familia como a los invitados. Alfonso, Laura y Macarena, ocupaban las suyas, mientras que a Blanca le asignaron una de las de invitados: una estancia espaciosa con un baño privado, decorada con tonos claros y detalles en forja. En el ala del servicio, la señora Teresa tenía su propia habitación, sencilla y funcional, ubicada cerca de la cocina y el acceso trasero.

Cada rincón del cortijo transmitía historia y elegancia, desde los cuadros de paisajes andaluces en los pasillos, hasta la biblioteca, donde los estantes rebosaban de libros que habían pasado por varias generaciones de la familia. Era un lugar que, a pesar de su grandeza, invitaba a la calma y la contemplación.

La piscina del cortijo era un oasis de tranquilidad y refinamiento. Estaba situada en un lateral, y rodeada por un cuidado jardín con cipreses y naranjos, cuyos aromas se mezclaban con el frescor del agua. Con una forma rectangular y de dimensiones generosas, el agua cristalina reflejaba el cielo, creando un efecto hipnótico bajo la noche andaluza.

Alrededor, las tumbonas de madera con cojines blancos, se alineaban bajo sombrillas de lona beige. Una pérgola de madera, cubierta con glicinas en flor, daba un toque romántico al espacio, proporcionando un rincón perfecto para sentarse y disfrutar de un refresco.

En uno de los extremos, una escalera de obra permitía un acceso suave al agua, mientras que una pequeña cascada decorativa en el lado opuesto aportaba un murmullo constante, añadiendo serenidad al ambiente. La iluminación sumergida transformaba la piscina en un escenario mágico, con luces que resaltaban los tonos azulados y proyectaban sombras suaves en el entorno.

El área contaba también con una mesa y sillas de hierro forjado, ideales para comidas informales al aire libre. Desde la piscina, se podía disfrutar de unas vistas espectaculares de los viñedos y las colinas circundantes, recordando a todos los presentes que estaban en el corazón de una de las regiones más bellas de Andalucía.

Suspiró, abrumada por tanta belleza. Ella, una chica sencilla, no estaba acostumbrada a un

lugar como aquel. Se podía comparar con cualquier *resort* de lujo en el que le encantaría pasar unos días de vacaciones. Pero se preguntó si le gustaría compartirlas con un hombre como Alfonso de Benavides.

Y la respuesta fue muy clara: «Jamás», se dijo a sí misma.

Tras deshacer la maleta y colocar la ropa en el armario, decidí darme una ducha en el espacioso baño de mi habitación. Me puse un ligero camisón, y me recosté en la cama, sintiendo el cansancio y la tensión que las horas anteriores habían acumulado en cada fibra de mi cuerpo. El silencio de la noche en el campo era muy diferente al de la ciudad, porque iba acompañado del canto de los grillos y el leve susurro del viento que rozaba las hojas de los árboles. Un entorno tan distinto que parecía otro mundo.

Alfonso de Benavides apareció en mi mente. Ese hombre había sido un misterio desde el momento en que lo conocí. Y ahora, después de un día lleno de tensiones, sarcasmos y situaciones inesperadas, me encontraba aquí, reflexionando sobre él y preguntándome qué demonios me había llevado a aceptar esta convivencia.

«Esto es una locura», pensé mientras giraba sobre la cama, intentando encontrar una postura que relajara la tormenta que se desataba en mi mente. En unas pocas horas había visto dos caras en Alfonso. La del hombre arrogante, tan lleno de sí mismo que parecía caminar sobre el resto de los mortales, y la del ser humano vulnerable, que cargaba con preocupaciones y responsabilidades que intentaba ocultar. Una especie de doctor Jekyll y señor Hyde, dos versiones opuestas que me desconcertaban.

«¿Cuál de las dos personalidades predominará mientras convivimos bajo este techo?», me pregunté. Sentí una mezcla de curiosidad y miedo. Alfonso no solo era un hombre complicado, también era el reflejo de todo lo que había intentado evitar desde mi divorcio.

Entonces recordé el perfume femenino que llevaba la primera vez que lo vi. Eso no ayudó a mejorar mi opinión. Aquella esencia, la que usaba mi madre, era un detalle que no podía olvidar. «Seguro que es un mujeriego. Alguien que no tiene reparos en coleccionar conquistas», concluí. No obstante, algo en mi interior insistía en no encasillarlo todavía.

Suspiré y me levanté de la cama. Necesitaba aire fresco. Salí al balcón, que daba directamente a los viñedos que se extendían como un manto oscuro bajo la luz de la luna. «Esto no puede ser tan complicado», me dije a mí misma, como si tratara de convencerme.

Macarena y la señora Teresa, a quien Alfonso llamaba Tere, eran encantadoras. En apenas unas horas, había sentido que ambas formaban el corazón del cortijo, un equilibrio perfecto entre la calidez y la disciplina. Con ellas todo parecía fluido, natural. Con él, en cambio, cada interacción era como pisar un campo minado.

—No serás una pieza fácil, Blanca Alcaraz —murmuré en voz baja, cruzando los brazos contra el fresco de la noche.

Pensar en Rubén era inevitable. Cada vez que Alfonso hablaba con ese tono seguro y autoritario, la sombra de mi exmarido volvía a mi memoria. Aunque el parecido era indiscutible, no eran solo sus rasgos físicos, sino la forma en la que ambos parecían creer que el mundo giraba a su alrededor. Pero Alfonso tenía algo diferente, y eso Rubén jamás lo mostró: un brillo fugaz de humanidad. Aunque tenía la impresión de que lo intentaba ocultar tras su fachada de perfección.

«No pienso ser una más en tu lista», me prometí, cerrando los ojos y dejando que el viento acariciara mi rostro. Había aprendido a la fuerza que confiar en los hombres era un lujo que no podía permitirme. Rubén me había enseñado esa lección de la forma más cruel, y Alfonso, con su porte y su actitud, era el recordatorio constante de por qué debía mantener las defensas que había construido a mi alrededor.

De repente, un ruido lejano me sacó de mis pensamientos. Giré la cabeza y vi una sombra moverse cerca de los establos. Me quedé inmóvil por un instante, intentando identificar qué era. Entonces lo vi. Era Alfonso. Caminaba con paso lento y las manos en los bolsillos, como si también necesitara aclarar su mente. Desde la distancia, parecía muy diferente a la idea que tenía de él.

“Sensible o arrogante… ¿Quién eres, Alfonso de Benavides?”, me pregunté mientras lo observaba desaparecer entre las sombras de la finca.

Despertar y revelaciones

Viernes, 30 de junio de 2023

Con la luz de la mañana colándose por las entreabiertas cortinas, Blanca se despertó sobresaltada. Por un breve instante, su mente se quedó en blanco, hasta que el ambiente tranquilo y la amplitud de la habitación le recordaron dónde estaba y por qué. «El cortijo, Laura…», pensó mientras se incorporaba.

Antes de hacer nada, se levantó y salió al pasillo. Se acercó a la habitación de Laura y abrió la puerta con cuidado. La niña seguía dormida, con su cabecita hundida en la almohada y el oso de peluche aferrado a su pecho. Blanca sonrió al verla tan tranquila. Cerró la puerta y regresó a su cuarto.

Optó por un fresco vestido de verano, sencillo pero elegante, de color blanco y con detalles bordados. Bajó a la cocina. Eran las ocho de la mañana, y percibió el olor a café recién hecho. Al entrar vio a Macarena sentada en la mesa, con una taza entre las manos.

—Buenos días, Blanca —saludó Macarena con una sonrisa.

—Buenos días —respondió mientras tomaba asiento.

—Alfonso se ha marchado hace unos diez minutos. Ha ido a hablar con Andrés, el capataz, y estará fuera todo el día. Tiene varias reuniones.

Blanca observó la mesa: bollería, queso, jamón, una jarra de café y zumo de naranja. La abundancia le arrancó una pequeña carcajada.

—Esto parece más un banquete que un desayuno, Macarena —le comentó, levantando una ceja.

En ese momento, apareció la señora Teresa desde la despensa, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Quieres que te prepare algo especial, Blanca? —preguntó con su tono atento y amable.

Blanca negó con la cabeza, sonriendo.

—Esto es más de lo que tomo cada mañana, y tiene un aspecto increíble. Gracias, Teresa.

Mientras Macarena la observaba con interés, se sirvió una taza de café y una rebanada de pan con jamón.

—He estado pensando que voy a comprar un intercomunicador —dijo Blanca tras un sorbo de café—. Quiero dejar uno de los terminales en la habitación de Laura, por si necesita algo por la noche, y tener el otro en la mía.

Teresa, que escuchaba desde la encimera, intervino.

—Tenemos uno. Lo compramos cuando Laura era un bebé. Está en un armario. Voy a buscarlo ahora mismo.

—Gracias, Teresa. Sería perfecto —respondió Blanca, sorprendida por la rapidez con la que todo parecía resolverse en esa casa.

Cuando salió, Macarena aprovechó para iniciar una conversación.

—Alfonso no siempre ha sido como lo ves ahora —dijo, mirándola con una mezcla de

nostalgia y seriedad—. Estoy segura de que estás convencida de que es un chico muy serio.

Blanca alzó la vista de su taza.

—No voy a negarlo —admitió con un tono seguro—. ¿Y cómo era antes?

Macarena jugueteó con el borde de su taza antes de responder.

—Era alegre, cercano. Sobre todo, con su hermana Clara. Eran inseparables. Pero todo cambió hace tres años.

Blanca notó la tristeza en sus ojos y optó por preguntar.

—¿Qué pasó?

Macarena asintió lentamente.

—Perdió a su padre, que murió de un infarto, y unos meses después, Clara tuvo el accidente. Desde entonces, Alfonso se hizo cargo de Laura. Eso lo cambió por completo.

Blanca se recostó en la silla, intentando procesar lo que Macarena le contaba. «Eso explica algunas cosas, pero no todo», pensó.

—Debe de ser complicado —comentó—. Llevar una finca como esta y, además, cuidar de Laura.

—Muy complicado. Alfonso tiene muchas responsabilidades, y a veces creo que ni siquiera él sabe cómo manejarlas todas. Pero tiene una forma de ser que… es incapaz de admitirlo —dijo la madre con una extraña sonrisa.

Blanca ladeó la cabeza, curiosa.

—¿Y a ti te preocupa?

Macarena sonrió.

—¿No te preocuparías tú por alguien que amas, aunque sea testarudo como una mula?

Blanca no respondió de inmediato. En su mente, las palabras de Macarena resonaban como un eco, y sin quererlo, se encontró pensando en el rostro de Alfonso, en la mezcla de dureza y vulnerabilidad que mostraba a ratos. «Una contradicción con patas», pensó, aunque no pudo evitar que la imagen de sus ojos, siempre tan serios, permaneciera con ella.

—No sé si Alfonso aceptaría mi preocupación —dijo, con un leve toque de sarcasmo—. Tiene pinta de ser de los que piensan que pueden con todo.

Macarena la miró con astucia.

—Eso es porque todavía no lo conoces bien, Blanca. Igual te sorprendes.



Después de desayunar, Blanca subió las escaleras hacia la habitación de Laura. La niña seguía dormida, con su cabello despeinado y su oso de peluche apretado contra el pecho. Blanca sonrió antes de acercarse y acariciar suavemente su hombro.

—Buenos días, dormilona. Es hora de levantarse.

Laura abrió los ojos lentamente, y al reconocer a Blanca, su sonrisa iluminó toda la

habitación.

—¿Ya estás aquí? —preguntó con voz somnolienta, estirándose con cuidado debido a su pierna enyesada.

—Claro que sí. Voy a vestirte, para que podamos bajar a desayunar.

Laura se sentó con cuidado en la cama y miró a Blanca, lo que llevaba puesto. Con los ojos brillantes le pidió:

—Quiero ponerme un vestido como el tuyo, blanco.

Blanca se puso a reír mientras buscaba en el armario de la niña. Lo vio al momento.

—Creo que podemos arreglar eso. ¿Qué te parece este? —preguntó, sacando un vestido blanco con detalles en encaje.

—¡Es perfecto! —respondió Laura emocionada.

Tras ayudarla a vestirse y peinarse, bajaron juntas a la cocina. Mientras le preparaba un tazón de cereales con leche, Laura se acomodó en una silla. La pequeña comió con entusiasmo y Blanca se sirvió otra taza de café.

—Hoy hace un día precioso —comentó la profesora, mirando por la ventana hacia el jardín—. ¿Qué te parece si salimos al aire libre?

Laura asintió con entusiasmo. Tras recoger las cosas, salieron de la casa. Blanca colocó varias muñecas en la mesa del exterior, donde Laura comenzó a jugar mientras el sol ya lucía en todo su esplendor.

Unos minutos después, una voz familiar interrumpió el momento.

—¿Se puede? —preguntó Lucía, apareciendo por el sendero con una amplia sonrisa.

Laura la saludó emocionada.

—¡Lucía! —gritó la niña, levantando los brazos para recibir un abrazo.

Se acercó y abrazó a la pequeña. Luego dirigió una cariñosa mirada a Blanca.

—Me alegra mucho verte aquí, Blanca. He llamado a Macarena, para preguntar por Laura, y me ha dicho que te vas a quedar aquí durante unos días, para cuidarla. Eres un cielo, de verdad.

—No tienes que agradecerme nada. Laura es un encanto —respondió mientras se servía otra taza de café y le ofrecía una a Lucía. Ambas se sentaron en la mesa, observando a la niña mientras jugaba—. No puedo decir lo mismo de su tío, pero imagino que eso ya lo sabes. Aunque supongo que contigo es diferente.

Lucía la miró con sorpresa y soltó una carcajada.

—Alfonso es… muy especial —aceptó.

—Macarena me ha explicado que perdió a su padre y a su hermana en muy poco tiempo, apenas unos meses, y que los adoraba a los dos.

—Sí, lo pasó muy mal —reconoció Lucía—, y gracias a lo mucho que quiere a Laura, lo superó.

—Sí, me he dado cuenta de que es muy cariñoso y protector con ella. Eso se nota, aunque me sorprende que pueda querer tanto a alguien —comentó, y se quedó pensando un instante—, y que solo sea una niña.

—Creo que te equivocas con él, Blanca —le dijo, mostrando una mirada de sorpresa—. Pero, claro, tú no lo conocías antes de lo que pasó con Mónica. No sabes cuánto ha cambiado desde entonces —dijo tras un breve silencio, removiendo el café con aire pensativo.

Blanca levantó la vista, intrigada.

—¿Mónica? —preguntó, interesada.

Lucía asintió.

—Era su prometida. Estuvieron juntos cuatro años. Iban a casarse, pero, dos meses antes de la boda… —Hizo una pausa, como si recordara, y confesó—: Por pura casualidad, descubrí algo que lo cambió todo.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Blanca, sintiendo una mezcla de curiosidad y empatía.

—La vi entrando en un hotel con otro hombre. Iban abrazados —explicó Lucía con tristeza—. Alfonso y yo somos como hermanos. Me costó decidir, si decírselo o no, pero no podía callarme. Contrató a un detective, y confirmó que era cierto.

Blanca dejó su taza sobre la mesa, procesando la información. «Así que ha pasado por lo mismo que yo», pensó, sintiendo una inesperada conexión con él.

—Fue muy duro —afirmó Blanca, en voz baja.

Lucía la miró fijamente, intentando leer sus pensamientos.

—Lo fue. Eso lo rompió por dentro, porque estaba muy enamorado de ella —reveló, con un matiz que Blanca no supo interpretar—. Desde entonces ya no es el mismo. Excepto con Laura, que es su ojo derecho, se ha vuelto huraño. Ella es lo único que parece suavizarlo.

Blanca asintió, recordando las interacciones que había visto entre él y la niña.

—¿Y tú? —preguntó Blanca, cambiando de tema—. Pareces conocerlo mejor que nadie.

Lucía soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—Siempre me ha gustado, desde que era una niña. Pero no deja de recordarme que solo somos amigos, muy buenos amigos. Y es cierto, aunque eso no impide que a veces sueñe con algo más. Creo que Mónica se comportó como una idiota por hacer lo que hizo.

Se quedó pensando un instante. De repente le preguntó:

—¿No te parece que es muy guapo? —Se quedó mirándola—. Con su pelo negro, la barba, que le da ese aspecto duro y viril… —Alzó la mirada al cielo—. ¡Y sus ojos…! Son como un prado de hierba fresca. ¿No tengo razón?

Blanca no quiso responder. Estaba claro que estaba loca por él, pero tuvo que reconocer que sí, que tenía razón. Alfonso de Benavides era uno de los hombres más guapos que había conocido. «Una versión mejorada del impresentable de Rubén», se dijo a sí misma.

Y también tuvo que admitir que, si Mónica se había comportado de esa forma, era una idiota. Intentó asimilar el contraste entre el Alfonso que ella conocía y el que Lucía describía.

Mientras observaba a Laura jugando despreocupada, pensó: «Todo esto es más complejo de lo que pensaba».



Mientras Blanca y Lucía hablaban tranquilamente en el jardín, una llamada interrumpió la conversación. Lucía atendió el móvil, y su expresión cambió al escuchar la voz al otro lado de la línea. La escuchó decir:

—Estoy ahí en diez minutos.

Se levantó y cogió su bolso.

—No sé si lo sabes, pero soy veterinaria —dijo, mirando a Blanca—. Tengo que atender a una yegua que está a punto de parir. Ya nos veremos.

Blanca asintió con una sonrisa comprensiva.

—Ve tranquila. Laura y yo estaremos bien.

—Me pasaré otro día, para ver a Laura. —Se la quedó mirando con una sonrisa alegre—. Podríamos quedar una noche y salir a cenar.

—Claro, me encantará, pero mi prioridad es estar con Laura —respondió Blanca.

—No te preocupes. Hablaré con Alfonso y te dará la noche libre. No sabe decirme que no, salvo en… ya sabes —añadió, soltando una carcajada que Blanca acompañó.

Lucía se marchó de forma apresurada. Laura comenzaba a mostrar signos de aburrimiento, y estuvo jugando con ella hasta la hora de comer. Lo hicieron con Macarena, en el amplio comedor del cortijo. Al acabar, Laura empezó a insistir, con entusiasmo.

—¡Quiero ir al parque de Jerez, Blanca! Por favor, por favor —pidió con cara de pena—. Seguro que mis amigos están allí. Quiero enseñarles mi escayola.

Mientras la abuela se reía, pensando que nadie podía negarle nada a aquella preciosa niña, Blanca la miró con una ceja levantada.

—¿En serio quieres enseñarles tu escayola?

—¡Claro! Es especial. Todos querrán hacerme algún dibujo.

Aunque Blanca dudó, acabó accediendo. El parque estaba cerca de su casa, y ella también necesitaba recoger un par de cosas que había olvidado con las prisas de instalarse en el cortijo.

—De acuerdo, pero solo un rato, ¿vale?

Laura asintió emocionada. Tras asegurarse de que llevaba todo lo necesario para la pequeña, Blanca condujo hacia Jerez. Al llegar, el bullicio de las calles y el verdor del parque la hicieron sentirse conectada con su vida habitual. Mientras Laura se reunía con algunos de sus amigos que ya estaban en el parque, Blanca aprovechó para llamar a Nieves, su amiga y compañera de trabajo.

—Nieves, soy yo —dijo cuando su amiga atendió—. Te voy a contar algo curioso. Estoy en el parque, con Laura de Benavides, y me voy a quedar en su cortijo durante un tiempo, para cuidar a la niña.

Tras explicarle la situación, Nieves, siempre pragmática, respondió con entusiasmo.

—Eso parece muy interesante. Me lo tienes que explicar con calma. ¿Qué tal si nos tomamos un café? Estoy cerca del parque.

—Perfecto. Nos vemos en la terraza del bar, el de la puerta —acordó Blanca.

Le preguntó a la niña si quería ir con ella al bar para tomarse un chocolate, y le dijo que no. En aquel momento se sentía el centro de atención, y no quería perder protagonismo. Blanca se

acercó a la madre de Irene, otra de sus alumnas, que estaba charlando en un banco con dos chicas. Le dijo que se iba al bar, que estaba a unos cincuenta metros, pero que Laura quería quedarse allí. Le dijeron que estarían pendientes de ella, que no se preocupara.

Se acercó a Laura, que estaba hablando con Irene, su mejor amiga, y le dijo:

—Laura, cielo, estaré en el bar. Si necesitas algo, pídeselo a la mamá de Irene —comentó, señalando el banco en el que estaba.

—Vale —respondió la niña, mientras llamaba con la mano a otro de sus compañeros que llegaba en aquel momento. Llevaba el rotulador en la mano para conseguir una nueva dedicatoria en su escayola.

Mientras caminaba hacia la terraza, Blanca sintió la ligera brisa que aliviaba el calor de aquella calurosa tarde de verano. Pensó que Laura estaba feliz con sus amigos, y se sentía agradecida por ese pequeño respiro. Al llegar al bar, vio a Nieves sonriendo, sentada y con una taza de café frente a ella.

—¡Cuéntamelo todo! —exclamó, mientras ella tomaba asiento.

Tras pedir un café, empezó a relatar los acontecimientos. La fiesta en el cortijo, el paseo a caballo, y el desafortunado accidente de Laura.

—La niña es un cielo, y cuando me pidió que me quedara para cuidarla, no pude negarme. Alfonso quería a una enfermera, pero la niña no dejó de insistir, y creo que él no sabe negarle nada —explicó, removiendo su café distraídamente—. No creo que le guste que yo esté allí.

Nieves apoyó la barbilla en una mano, intrigada.

—¿Por qué lo dices? Me acuerdo de Alfonso de Benavides, y era un chico estupendo. Solo es un par de años mayor que yo, coincidimos en el colegio. Iba dos cursos por delante. Cuando éramos adolescentes, tenía mucho éxito con las chicas.

Blanca la miró con curiosidad, y pensó, con cinismo: «¡Quién lo iba decir!»

—¿En serio? —preguntó con disimulo—. Nunca me lo habías mencionado.

Nieves asintió con entusiasmo.

—Era simpático y agradable. Todas las chicas estaban locas por él. Mi hermana mayor, que iba a su clase, no paraba de hablar de Alfonso. Decía que era buen estudiante, deportista y, para colmo, guapo. Vamos, el paquete completo.

Blanca se recostó en la silla, procesando la información. «Parece que el hombre perfecto tiene una versión juvenil más agradable. Quién lo diría», pensó con ironía.

—¿Qué opinas de él? —preguntó Nieves, ladeando la cabeza—. ¿Por qué dices que preferiría que no estuvieras allí?

Blanca soltó una carcajada cargada de sarcasmo.

—Opino que ese chico simpático y agradable que comentas, se ha transformado en un hombre arrogante y bastante difícil de llevar. Aunque no puedo negarle algo: adora a su sobrina. Eso es lo único que lo salva.

Nieves frunció el ceño, incrédula.

—¿Arrogante? ¿Alfonso? Cuesta imaginarlo. Hace años que no sé nada de él, aunque recuerdo haberlo visto hace tiempo. Salía del cine con una chica muy guapa, rubia, con ojos

azules. Creo que estaban juntos.

Blanca se la quedó mirando y, tras una breve pausa, decidió compartir lo que sabía desde aquella mañana.

—Esa chica era Mónica, su prometida. Esta mañana, Lucía, una amiga de él, me ha confesado que dos meses antes de la boda, Alfonso descubrió que le era infiel y rompió el compromiso. Según me ha dicho, eso lo cambió. Desde entonces, se ha vuelto huraño y desconfiado.

Nieves se quedó pensativa, removiendo su café.

—Bueno, eso explica algunas cosas. No sé. Siempre me pareció un chico que sabía mantener el equilibrio, alguien muy seguro de sí mismo. ¿Tú crees que esa traición lo marcó tanto?

Blanca se quedó pensando.

—Cuando confías en alguien y te fallan, cambia tu forma de ver el mundo. No es tan diferente a lo que me pasó a mí. Ya sabes que Rubén también me fue infiel. Y lo peor de todo es que, Alfonso y él, son como dos gotas de agua. Se parecen muchísimo.

Nieves levantó la vista, muy sorprendida, sobre todo cuando notó el tono melancólico en la voz de su amiga.

—¿En serio? ¡Pues vamos bien! ¿Cómo vas a poder estar tan cerca de alguien que te obliga a recordar esa mala experiencia?

Blanca suspiró, bajando la mirada hacia su taza.

—Va a ser muy complicado, Nieves. No puedo evitar compararlo con mi exmarido, y eso no ayuda. Pero también veo cosas en él que me desconciertan. Parece alguien duro y distante, aunque hay momentos… no sé… Hay momentos en los que es diferente. Aún no sé qué pensar.

Nieves sonrió con complicidad.

—Eso indica que el arrogante tío de Laura está logrando hacerte pensar en él más de lo que querrías. ¿Me equivoco?

Blanca la miró con una mezcla de incredulidad y humor.

—No te hagas ilusiones. Esto no es un cuento de hadas.

—Tal vez no. Los cuentos no siempre empiezan como esperamos —dijo Nieves, guiñándole un ojo—, pero casi siempre acaban igual, cariño.

—No siempre —respondió seca, pensando en el irritante Alfonso de Benavides.



Capítulo 3

La discusión en la entrada

El coche de Blanca se detuvo frente al cortijo. Laura, con su pierna escayolada, seguía animada tras su visita al parque. Tenía muchas ganas de enseñar las firmas y los dibujos de sus amigos en la escayola que protegía su pierna. Blanca la ayudó a bajar y sonrió al ver lo feliz que estaba, pero la figura de Alfonso en la entrada, desvió su atención. Con los brazos cruzados y el ceño fruncido, parecía esperarlas. Le recordó a un juez que estaba a punto de dictar una sentencia condenatoria.

—¿De dónde venís? —preguntó con un tono que no dejaba lugar a dudas sobre su desaprobación.

—Del parque —respondió Blanca con calma, cerrando la puerta del coche y ajustando el bolso en su hombro.

Alfonso soltó un resoplido y sacudió la cabeza.

—¿Del parque? ¿De veras crees que es necesario sacarla de la finca? Tiene todo lo que necesita aquí: jardín, campo, aire puro…

—¿Amigos? —preguntó sarcástica.

Alfonso sacudió la cabeza, desconcertado. Aquello no tenía réplica. No se dio por vencido.

—No entiendo por qué tiene que ir a un lugar donde puede hacerse daño.

Blanca levantó una ceja, notando cómo la tensión crecía entre ellos.

—¿Y no crees que aquí también? ¿Ya has olvidado el accidente con el poni?

Alfonso estrechó los ojos y clavó su mirada en la de ella.

—Eso fue una situación excepcional.

—¿Excepcional? ¿Cómo todas las cosas inesperadas que les ocurren a los niños? ¡Son accidentes, coño! —replicó con un tono enfadado, cargado de sarcasmo, molesta por la sobreprotección que mostraba.

Mientras Alfonso y Blanca seguían intercambiando palabras como si estuvieran en un duelo, Laura, ajena a la tensión, empezó a avanzar hacia la entrada con la ayuda de sus muletas.

—No es cuestión de encerrarla, Alfonso. Es una niña, no una planta en una maceta que solo precisa de sol y agua. Necesita ver a sus amigos, relacionarse con otros niños.

—¿Y crees que ese parque es el mejor lugar para eso? —replicó él, cruzando los brazos—. Con su pierna escayolada, puede tener un accidente en cualquier momento.

Blanca clavó sus ojos en los de él, notando cómo el calor de la discusión empezaba a subirle a las mejillas.

—¿Y qué propones entonces? ¿Qué viva aislada en esta finca, sin contacto con el mundo

exterior? Eso no es cuidar de ella, Alfonso, es sobreprotegerla.

Alfonso se acercó, quedándose a unos centímetros.

—No sé si tienes autoridad para hablar de esa forma —argumentó con un tono serio—. Eres su profesora, no su madre.

Aunque Blanca sintió el golpe, no retrocedió. Mantuvo la cabeza alta y una irónica sonrisa.

—Tienes razón, no soy su madre. Pero alguien ha olvidado que fue ella quien me pidió que me quedara. ¿No te parece curioso que Laura busque más mi compañía que la tuya?

Las palabras de Blanca hicieron que Alfonso se tensara. No respondió. «Me está provocando, y lo peor es que tiene razón», pensó, más irritado consigo mismo que con ella.

Exhaló un gruñido y relajó los hombros.

—Estoy seguro de que mi sobrina te quiere, Blanca. Pero es importante que alguien se asegure de que no toma decisiones imprudentes.

Blanca entrecerró los ojos y cruzó los brazos.

—¿Cómo tú, por ejemplo? Porque fuiste quien autorizó que saliera a montar a caballo.

Aunque su expresión permaneció estoica, la punzada de culpa lo atravesó. En lugar de responder, desvió la mirada hacia Laura, que ahora estaba sentada en un banco cerca de la entrada.

—Esto no se trata de ganar una discusión entre nosotros, Blanca. Se trata de qué es lo mejor para ella.

—Eso es lo único en lo que estamos de acuerdo —respondió con firmeza, y suavizó su tono —. Pero deberías preguntarle a ella qué es lo que quiere. Necesita que lo hagas.

—Desde el primer momento me di cuenta de lo difícil que eras de llevar, profesora.

—Yo no necesité cursos de psicología para catalogarte al momento. Apestabas a un perfume de mujer.

Alfonso la miró con una mezcla de frustración y admiración. «¡Es eso! —pensó—. Esta mujer no se rinde». No pudo evitar una leve sonrisa.

—Tienes una forma de ver las cosas que… —Se giró hacia Laura, que los observaba desde el portal de entrada—. Ya lo hablaremos en otro momento.

Mientras él se acercaba a la niña, Blanca lo siguió con la mirada. Aunque había salido victoriosa de la discusión, no podía evitar sentirse desconcertada. «¿Cómo alguien puede ser tan irritante y…? No. No voy a terminar esa frase», se dijo. Salió caminando tras él.

Cuando llegaron hasta donde estaba Laura, esta los observaba en silencio. Su expresión no encajaba en su rostro, siempre tan alegre. Se dieron cuenta y notaron un amargo sabor de culpa. En especial cuando les dijo:

—¿Podéis dejar de discutir? —Su voz tenía un tono de tristeza que los desarmó por completo —. Os quiero mucho a los dos, pero no me gusta cuando os enfadáis.

Blanca se arrodilló frente a ella, colocándole una mano en la mejilla.

—Lo siento, cielo. No queríamos que te sintieras mal. ¿Verdad, Alfonso?

Alfonso se acercó, agachándose también para ponerse a la altura de la niña.

—Tienes razón, Laura. No deberíamos discutir. ¿Nos perdonas?

Laura asintió, pero no pudo evitar un gesto de tristeza antes de hablar.

—Prometedme que os llevaréis bien. ¡Sois los dos muy guapos y os quiero mucho!

Sorprendidos por la inocencia de sus palabras, Blanca y Alfonso se miraron. Ella no pudo evitar una sonrisa, y él se rascó la nuca, desconcertado.

—Prometido —dijo Blanca con dulzura.

La mirada que le dirigió a Alfonso iba cargada de un mensaje velado: ¡Haz tu parte!

Alfonso asintió, esbozando una sonrisa leve.

—Yo también te lo prometo, cielo. Vamos a cenar.

Laura se rio, aliviada, y extendió sus brazos hacia ellos. Alfonso la alzó con cuidado, mientras Blanca la acariciaba suavemente en la cabeza. Juntos, entraron en el cortijo, dejando la tensión de la discusión en la entrada.

Chispas en la mesa

La mesa estaba dispuesta con platos de cerámica pintados a mano, y cubiertos de plata, que brillaban bajo la luz. En el centro, una fuente de gazpacho andaluz se exhibía junto a una ensalada de naranjas y bacalao, mientras que un guiso de rabo de toro con patatas esperaba a ser servido como plato principal. Para Laura, el menú era especial: una sopa de fideos, seguida de croquetas de jamón, sus favoritas. La señora Teresa se había asegurado de que todo estuviera perfecto, como siempre.

Blanca se sentó junto a Laura. Teresa, al otro lado de la niña, y, Macarena y Alfonso, frente a ellas. Blanca notó cómo Alfonso la observaba con aquella expresión inescrutable que parecía una mezcla de interés y evaluación.

—Espero que todo sea de tu agrado —le dijo Macarena con una sonrisa, rompiendo el silencio.

—Tiene una pinta deliciosa, Macarena —respondió Blanca con sinceridad—. Y el olor… Creo que ya me ha conquistado.

Laura, con su habitual entusiasmo, intervino.

—¡Las croquetas de Tere son las mejores del mundo! ¿Verdad, tío?

Alfonso esbozó una leve sonrisa mientras servía el gazpacho en su plato.

—Eso dicen los entendidos —respondió, lanzando una breve mirada a Blanca—. Aunque, claro, para emitir un juicio, incluso de una primera impresión, habría que investigar más. Así podríamos tener más datos, ¿no crees?

Blanca levantó una ceja, percibiendo el matiz de provocación en su tono.

—Bueno, algunos necesitan muchas pruebas para tomar decisiones. Otros las tenemos claras sin tener que esforzarnos.

Alfonso apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando las manos mientras la miraba con algo que se asemejaba a un desafío.

—¿Te refieres a algo en particular, Blanca? Noto cierta intención en tus palabras.

Blanca le sostuvo la mirada, fingiendo inocencia.

—¿Intención? No sé de qué hablas, Alfonso, aunque parece que te has dado por aludido.

Macarena carraspeó, intentando suavizar el ambiente.

—Blanca, ¿te gustan este tipo de guisos?

—Me encantan —respondió con una sonrisa—. Mi abuelo solía preparar platos parecidos. Cocinaba lento, como si cada uno de ellos fuera una obra de arte.

—¿Y pudiste aprender algo de él? —preguntó Alfonso, con un tono que mezclaba curiosidad y sarcasmo—. Eso sería una grata sorpresa, porque con algunas cosas no tienes demasiada paciencia.

Blanca jugó con su cuchara. Su mirada azul se clavó en él y entrecerró los ojos.

—Aprendí que, para hacer las cosas bien, hay que dedicar tiempo. Pero también te puedes basar en primeras impresiones. Y yo casi nunca me equivoco. Me pregunto si eres capaz de entender algo tan simple.

La sonrisa de Alfonso se ensanchó, como si disfrutara del intercambio.

—Te entiendo muy bien, porque a mí me pasa lo mismo. Y eso me hace preguntarme algo: ¿me has mostrado tu mejor versión, o la guardas para más adelante?

Blanca sintió calor en sus mejillas, pero no apartó la mirada. «Es imposible que no lo haga a propósito. Es como si disfrutara sacándome de quicio», pensó, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Laura interrumpió su duelo verbal. Aunque todo eran sonrisas, no era ajena a la tensión que flotaba en el ambiente.

—¿Os vais a portar bien? Porque si no, os castigo. ¡Nada de postre para los dos!

La risa de Macarena rompió el denso ambiente.

—Muy bien dicho, Laura. Parece que alguien tiene que poner orden en esta mesa.

Alfonso se reclinó en su silla, con una sonrisa que ahora era más relajada.

—Creo que hemos recibido la advertencia. ¿Qué opinas, Blanca? ¿Nos portamos bien por esta vez?

—Quizá lo intente —respondió ella, llevándose la copa de agua a los labios—. Pero no prometo nada.

La cena continuó con una agradable conversación, aunque las miradas entre ellos seguían cargadas de tensión. Para cualquiera que estuviera atento, era evidente que, bajo esa capa de sarcasmo y rivalidad, había algo que ambos parecían empeñados en ignorar.

Encuentro Nocturno en la Terraza

El silencio de aquella noche de viernes envolvía el cortijo, y solo era interrumpido por el lejano susurro del viento entre los olivos. Blanca se removió en la cama, incapaz de poder conciliar el sueño. La petición de Laura, instándolos a que se llevaran bien, y la exigencia que se había autoimpuesto para contentar a la pequeña, no se iban de su mente.

Tras un suspiro de resignación, se levantó, se puso una bata de lino sobre el camisón, y abrió las puertas que daban a la terraza. La brisa fresca de la noche la recibió, y la luz de la luna bañaba el entorno con un resplandor plateado.

Al salir, se sobresaltó al ver una figura masculina recortada contra la barandilla. Alfonso estaba allí, apoyado con indolencia, sosteniendo una copa de vino en la mano. El brillo rojizo del líquido parecía reflejarse en sus ojos verdes, que la miraron con una mezcla de curiosidad y diversión.

—No me acordaba de que la terraza es compartida —comentó Blanca, cruzando los brazos y manteniendo una distancia prudente.

Alfonso esbozó esa extraña sonrisa que siempre parecía esconder algo.

—Deberías entrenar tu memoria, profesora.

Blanca alzó los ojos, irritada. Se acercó un poco, y se apoyó en la barandilla.

—Mi memoria muy bien, gracias —respondió seca—. Es solo que no he caído en que tú también vives aquí.

—Desde hace más tiempo que tú. Solo vas a estar el que Laura tarde en recuperarse.

—No necesito más, y lo hago por ella —aclaró altiva—. Tengo muy claro con quién no quiero compartir mi espacio.

Alfonso asintió, pero decidió no responder a su sarcasmo. Blanca se sorprendió de que no lo hiciera. Se preguntó cuántas copas de vino se habría tomado.

—¿Siempre bebes vino a estas horas? —le preguntó con un tono mordaz.

—¿Siempre interrogas a los anfitriones? —replicó, arqueando una ceja.

Ella sonrió, mirando hacia los campos oscuros que se extendían ante ellos.

—Depende de si los anfitriones invitan a la conversación. Tal vez, prefieren el silencio.

—Te aseguro que el silencio no es mi fuerte —contestó, tomando un sorbo de su copa y fijando su mirada en ella—. Pero siempre me ha intrigado la gente que lo busca. Como tú.

Blanca sintió su mirada, pero no apartó la suya.

—No es silencio lo que busco, sino tranquilidad. No todo el mundo necesita llenar los vacíos con palabras, Alfonso.

—Interesante filosofía. —Dejó la copa en la barandilla y cruzó los brazos, imitándola—. Aunque me pregunto si esa tranquilidad es una simple excusa para evitar las cosas a las que no te quieres enfrentar.

Blanca levantó una ceja, sintiendo cómo una chispa de irritación le recorría la columna.

—¿Siempre tienes esa habilidad para psicoanalizar a los demás, o es algo que reservas para las noches de insomnio?

Alfonso soltó una carcajada.

—Digamos que tengo habilidad para leer entre líneas. Aunque a veces me equivoco.

Blanca lo observó, intentando descifrar si había algo más detrás de aquel tono relajado. Decidió probar.

—¿Y qué lees ahora mismo?

Alfonso tardó unos segundos en responder, como si estuviera sopesando sus palabras.

—Que estás aquí, en la terraza, porque necesitas un respiro. Quizás de Laura, o de mí, o, tal vez, de algo que no conozco. —Su tono era tranquilo, sin rastro de burla.

Blanca apartó la vista hacia el horizonte, donde las sombras de los olivos se mecían suavemente.

—¿Y si te dijera que solo estoy aquí porque no podía dormir? —preguntó, en un tono de voz tranquilo.

—Entonces te diría que ambos tenemos insomnio. —Tomó otro sorbo de vino antes de continuar—. Aunque el motivo del mío sea diferente.

Blanca se giró para mirarlo.

—¿Y cuál es el motivo del tuyo, señor Benavides?

Alfonso bajó la cabeza y mostró una sonrisa triste, que no se reflejó en sus ojos.

—La finca, la familia, las malas experiencias… Ya sabes, cosas aburridas —dijo, mientras alzaba los hombros.

—Dudo que algo en tu vida sea aburrido —replicó Blanca, con una sutil sonrisa—. Pero entiendo lo que dices. Algunas experiencias pueden ser muy destructivas.

—Hablas como si lo supieras.

Blanca le sostuvo la mirada, pero no respondió de inmediato. «Claro que lo sé. Llevo ese peso desde que mi matrimonio se fue a la mierda… Pero no te voy a dar el gusto de saberlo», pensó.

—Quizá más de lo que te imaginas —dijo, mientras se le quebraba un poco la voz.

Alfonso inclinó la cabeza, como si evaluara sus palabras.

—Entonces estamos empatados. —Levantó su copa hacia ella—. Por los desengaños que nunca dejan de perseguirnos.

Blanca lo miró, antes de soltar una hipócrita carcajada.

—Por ellos —respondió, haciendo el ademán de levantar una copa inexistente.

La tensión entre ambos se disipó un poco, pero el ambiente seguía cargado de una atracción que ninguno parecía dispuesto a reconocer. Cuando él volvió a hablar, su voz era más dulce.

—Espero que encuentres tu tranquilidad aquí, Blanca. Aunque tenga que esforzarme para no interrumpirla demasiado.

Blanca esbozó una sonrisa, mirando de nuevo hacia los campos.

—Tendrás que esforzarte mucho, pero gracias por intentarlo esta noche.

Ambos permanecieron en silencio, mirando el horizonte. Aunque las palabras se acabaron, la comprensión que había surgido entre ellos flotaba en el aire, como si fuera una verdad sin

pronunciar.

Malentendido con Lucía

Sábado, 1 de julio de 2023

El sábado amaneció con el cielo despejado y los rayos del sol tiñendo de dorado los campos que rodeaban el cortijo. Blanca leía un libro en el porche principal, mientras Laura jugaba con unas muñecas cerca de ella. Todo parecía transcurrir con la calma que la finca solía ofrecer, hasta que la voz alegre y vibrante de Lucía rompió el silencio matinal.

—¡Alfonso! ¡¿Dónde estás?! —gritó Lucía mientras cruzaba el patio, con un vestido veraniego que realzaba su figura, y la sonrisa de siempre.

Blanca alzó la vista del libro, y vio que Alfonso salía de la casa principal. Llevaba la camisa arremangada y mostraba un aire despreocupado. Lucía corrió hacia él y, sin dudar, lo abrazó. Alfonso respondió con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla.

«Vaya, parece que la familia Benavides no tiene problemas con las demostraciones públicas de cariño», pensó. Intentó concentrarse en su libro, pero sentía una tensión que le indicaba que no estaba tan indiferente como quería aparentar.

—¡Lucía! Siempre vulneras mi tranquilidad —bromeó Alfonso mientras le guiñaba un ojo.

—Si no lo hago yo, te vuelves un aburrido. Alguien tiene que animar este lugar —respondió ella, sujetándole del brazo como si fuera lo más natural del mundo.

Blanca cerró el libro con un golpe seco y se levantó. No quería dar la impresión de estar pendiente de la escena. Laura, siempre perceptiva, se acercó a ella con curiosidad.

—¿Te pasa algo, Blanca? —preguntó con su dulzura habitual.

—Nada, cielo. Solo necesito estirar las piernas. ¿Por qué no sigues jugando mientras doy un paseo por el jardín?

Alfonso, que la había estado observando de reojo, notó el gesto de Blanca y sonrió para sí mismo. «Interesante… Parece que alguien no es tan inmune como pretende mostrar», pensó mientras se inclinaba hacia Lucía para seguir la conversación.



Cuando regresó del jardín, Alfonso estaba sentado en la terraza, tomando un café. Lucía ya se había ido y Laura había entrado en la casa, con Teresa. Blanca intentó pasar de largo, pero la voz de él la detuvo.

—¿Has disfrutado de tu paseo, o ha sido un huida disimulada? —preguntó con una sonrisa que dejaba claro que sabía más de lo que decía.

Blanca se giró y cruzó los brazos.

—¿Huida? ¿De qué? ¿De ti? —replicó con una mirada de incredulidad.

—No sé si de mí, pero admito que tengo ciertas sospechas —respondió, dándole un sorbo al café.

—¿Tus sospechas siempre suelen ser tan imprecisas? —Blanca se apoyó en el marco de la puerta, y mantuvo una expresión inocente.

Alfonso dejó la taza sobre la mesa, y la atravesó con una intensa mirada.

—Reconozco que a veces son imprecisas, pero también acierto mucho. ¿Te ha incomodado, Lucía?

Blanca soltó una carcajada, e hizo un gesto con la cabeza.

—¿Debería? Me parece una persona encantadora. Lo es conmigo, y es muy cariñosa contigo. Eso salta a la vista.

—¿Cariñosa? —Alfonso sonrió, inclinándose hacia delante—. Lucía es como una hermana para mí. Ella lo sabe y yo también.

—Claro, es evidente —replicó Blanca con ironía—, aunque a veces lo evidente se confunde con lo ambiguo, ¿no crees?

Alfonso se recostó en la silla, disfrutando del intercambio.

—Eres fascinante, Blanca. Consigues convertir una simple visita familiar en una conspiración.

Blanca sintió un leve calor en las mejillas, pero no bajó la guardia.

—No es conspiración, Alfonso. Solo una observación. Pero parece que te divierte.

—Mucho —admitió, con una sonrisa que era casi un reto.

Blanca lo miró y soltó un bufido. Antes de entrar en la casa, le dijo:

—Entonces, sigue disfrutando, Benavides. Parece que eso se te da muy bien.

Alfonso, con una sonrisa que no pudo evitar, la observó desaparecer por la puerta. «Esta convivencia va a ser mucho más interesante de lo que esperaba», pensó, tomando otro sorbo de su café.

Un problema en la bodega

Mientras Laura estaba haciendo la masa de unas galletas de mantequilla, con Teresa, Blanca decidió dar un paseo por los jardines. Escuchó voces que provenían de la entrada trasera del cortijo. Al acercarse, se encontró con Alfonso, que estaba discutiendo en voz baja con uno de los trabajadores.

—No puede estar pasando ahora —dijo Alfonso, pasándose una mano por el pelo, visiblemente irritado—. Si no lo arreglamos hoy, el lote entero podría estropearse.

Blanca, curiosa, se acercó con cautela.

—¿Tienes problemas? —preguntó, mientras lo miraba con interés.

Alfonso la miró de reojo, con una expresión que era una mezcla de frustración y sorpresa.

—Uno de los conductos del sistema de refrigeración de la bodega se ha soltado. Si no lo reparamos pronto, la temperatura subirá demasiado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Blanca, con un tono que mostraba sinceridad—. Parece que estás a punto de perder los nervios.

Alfonso soltó un bufido, pero su mirada se suavizó un poco.

—No me iría mal. Ya que insistes en meterte donde no te llaman, supongo que podría aprovecharme de ello.

Blanca estuvo a punto de mandarlo a la mierda, pero, ante su propia sorpresa, le mostró una sarcástica sonrisa y asintió. Lo siguió hasta la bodega sin responder, intentando ignorar el calor que sentía al caminar tras él.

Cuando entraron en el espacioso almacén, el aroma a madera y vino impregnaba el aire. Las barricas alineadas daban al lugar un aspecto imponente, casi solemne.

—Esto es fantástico, Alfonso —dijo sincera—. ¿Qué necesitas que haga? —preguntó, plantándose frente a él.

Alfonso se inclinó hacia uno de los conductos sueltos, indicándolo con un gesto.

—Sujeta esto mientras yo intento ajustar la válvula. Y no te muevas, porque si se cae, tendrás una ducha de vino.

—Vaya, siempre tan encantador —murmuró, mientras tomaba el conducto con ambas manos —. Aunque confieso que una ducha de vino suena mejor que soportar tu sarcasmo.

Alfonso sonrió con descaro y se puso a trabajar. Mientras sus dedos se movían con precisión, le dijo:

—¿Sabes que tienes un talento especial para encontrar el lado positivo de las cosas?

—Sí, creo que es una de mis virtudes. Deberías aplicarte el cuento, porque una de las tuyas es la de ser insoportable —replicó Blanca, esforzándose por sujetar el conducto, que vibraba bajo sus manos.

El espacio entre ambos era reducido, y Blanca no pudo evitar notar el calor de su presencia. Alfonso, concentrado en su tarea, habló sin mirarla.

—¿Siempre tienes que responder con ese tono de voz tan desafiante, o solo lo haces conmigo?

Blanca soltó una carcajada.

—Depende. Solo cuando me dan motivos para hacerlo.

Alfonso giró la cabeza hacia ella, y por un momento, sus ojos se encontraron. Se produjo un silencio cargado de atracción. Ella pensó en lo atractivo y viril que estaba él en ese momento. Sus fuertes brazos giraban el conducto, y los músculos de sus brazos se tensaban.

Alfonso se inclinó un poco más, hizo un último esfuerzo y dio un suspiro.

—Listo. Creo que lo hemos arreglado. Puedes soltarlo.

Blanca lo hizo con cuidado, sacudiéndose las manos, mojadas de vino, y dio un paso atrás. Alfonso se levantó, pasándose una mano por la nuca mientras la miraba.

—No está mal para una profesora, lo reconozco. Deberías considerar cambiar de profesión.

Blanca lo miró con una sonrisa irónica.

—Y tú podrías mejorar tu trato con los demás, aunque supongo que eso sería pedir demasiado.

Alfonso se rio, y asintió con la cabeza.

—Tal vez. Pero reconozco que, cuando estás cerca, consigues que todo sea… divertido —concluyó, haciendo un gesto con la cabeza al pronunciar la última palabra.

Blanca sintió que un leve calor subía a sus mejillas, pero no dejó que lo notara.

—¿Alfonso de Benavides se divierte? Aunque no lo admitas, creo que te gusta mi presencia aquí —le dijo en su habitual tono desafiante—. Ahora, si me disculpas, voy a lavarme antes de la comida.

Sin esperar respuesta, se giró y salió de la bodega, consciente de que Alfonso la observaba mientras se alejaba. «Este hombre tiene un don para sacarme de quicio… pero me pone», pensó mientras salía de la nave.

Muy a su pesar, tuvo que sonreír.

Confesiones junto a la piscina

Tras una comida tranquila, Laura se había quedado dormida en el sofá, con Macarena sentada a su lado mientras leía una novela romántica. Blanca, sintiendo el sofocante calor que hacía, decidió que un baño en la piscina sería la mejor forma de relajarse.

Se cambió en su habitación y bajó al jardín, donde el agua reflejaba el sol como si de un espejo líquido se tratara. Su bikini blanco contrastaba con el bronceado que había adquirido durante los primeros días de sus vacaciones.

Se sentó en el borde, con sus pies acariciando la superficie, y se dejó caer en el interior. El frescor del agua le arrancó un suspiro de alivio. «Esto es justo lo que necesitaba», pensó mientras flotaba de espaldas.

No pasaron más de un par de minutos, cuando escuchó un carraspeo detrás de ella. Al girar la cabeza, vio que Alfonso se acercaba. Llevaba una camiseta blanca, con la imagen de un grupo de música, y un bañador azul oscuro, además de dos copas en la mano y una botella del vino que producían.

Cuando se quitó la camiseta para sentarse en la tumbona, la imagen de su atlético torso, iluminado por la luz del atardecer, era algo que no esperaba. Tuvo que esforzarse por mantener una expresión indiferente. Pensó que, a diferencia de su aspecto habitual, con la ropa que siempre llevaba, su cuerpo no tenía nada que ver con el de Rubén. Era mucho más fornido, y sus músculos, sin duda trabajados en el gimnasio que había visto en la casa, la impresionaron.

—¡Vaya! Parece que a la profesora también le gusta disfrutar de los lujos del cortijo —comentó con ironía, mientras dejaba las copas y la botella en una de las mesas, junto a las tumbonas.

Blanca nadó hacia el borde donde él se encontraba, y se quedó en pie frente a él. El agua le llegaba por debajo de los pechos, dejando su torso a la vista.

—¿Eso es un cumplido, o una de tus habituales observaciones llenas de sarcasmo? —respondió, apoyando los brazos en el borde de la piscina y mirándolo con fingido desdén.

Alfonso sonrió, inclinándose hacia ella.

—Encima que traigo vino para compartirlo contigo —reprochó conciliador—. Pero digamos que es una mezcla de ambas —añadió, mientras percibía sus erectos pezones marcados en la tela —. También admito que el bikini blanco me ayuda, sobre todo en la parte del cumplido.

Blanca se dio cuenta de la intensidad de su mirada y de la erección que presentaban sus pezones. Aunque el calor subió a sus mejillas, se negó a apartar la mirada. No se iba a amilanar.

—Gracias. Tú tampoco estás mal, Benavides. Parece que el tiempo que le dedicas a la gimnasia te funciona —comentó, mientras se soltaba del borde y se acercaba a la escalera que salía del agua.

Alfonso sonrió, aceptando el halago, y se reclinó en una de las tumbonas. La observó, con un punto de diversión y un deseo que le sorprendió.

—No esperaba verte tan relajada. Suponía que preferías quedarte en tu zona de confort.

Blanca salió del agua con movimientos armoniosos, y Alfonso pudo apreciar su cuerpo en todo su esplendor. Tenía un pecho generoso, más de lo que había supuesto, y unas curvas muy femeninas. Pensó que, con el mojado pelo negro, aquel excitante bikini blanco, y su cuerpo

perlado de las gotas de agua, era una mujer como la copa de un pino. «¡Vaya con la profesora!», se dijo.

Ella caminó hasta la tumbona, se cubrió con una toalla y se sentó frente a él. Tomó la copa de vino que acababa de escanciar, y la levantó, a modo de brindis.

—Gracias por el detalle —comentó, mirando la copa y dando un sorbo. Giró la vista hacia la piscina—. El agua tiene algo tranquilizador, me hace olvidar ciertas tensiones —añadió, dándole otro pequeño sorbo al vino mientras sostenía su mirada.

—¿Te refieres a mí? ¿A mi presencia? —preguntó él, inclinando la cabeza con una burlona sonrisa.

Blanca se la devolvió, aunque la chispa de desafío no desapareció de sus ojos.

—Entre otras cosas. —Hizo una pausa antes de continuar—. Aunque debo admitir que este lugar, tu casa, tiene un efecto relajante. Y reconozco que el detalle de traerme una copa de vino, te exime de culpa por romper mi tranquilidad.

El silencio que siguió se cargó de algo que Blanca no supo ver, hasta que él lo aclaró. Alfonso tomó un sorbo y, en un tono de voz tranquilo. dijo:

—Mónica solía decir lo mismo. Que el cortijo era un refugio de paz.

Blanca alzó una ceja, sorprendida por el giro en la conversación.

—¿Mónica? —preguntó con cautela, como si no supiera nada.

Alfonso dejó la copa en la mesa y se recostó en la tumbona. Ella percibió su tensión.

—Mi ex. Estábamos comprometidos, pero… —hizo un gesto con los labios y alzó los hombros—. Bueno, las cosas no salieron como esperaba.

Blanca se lo quedó mirando y notó un destello de malestar en sus ojos. Pensó. «Ya sé que también has pasado por una traición».

—Son situaciones difíciles —comentó, eligiendo con cuidado las palabras.

Alfonso soltó una risa que sonó muy amarga.

—¿Difícil? Eso es quedarse corto. Cuando descubres que la persona en la que confías te ha traicionado… No es algo que se supere con facilidad.

Blanca sintió una punzada en el pecho. «Lo conozco mejor de lo que crees», se dijo, recordando su propia experiencia. Decidió que un poco de honestidad no estaría de más.

—Sé lo que se siente, Alfonso —dijo en voz baja, mirando su copa de vino—. Mi matrimonio terminó por algo parecido.

Alfonso la miró con renovado interés, como si hubiera descubierto una pieza clave del rompecabezas.

—Eso explica algunas cosas.

Blanca alzó la vista, arqueando una ceja.

—¿Qué cosas?

—Tu actitud hacia mí, por ejemplo. Como si me hubieras encasillado desde el primer día. —Su tono no era acusador, pero tampoco condescendiente—. Me gustaría saber por qué.

Blanca lo observó antes de responder. Suavizó su voz para decir:

—Bueno… —De repente, soltó una carcajada—. Si quieres que te sea sincera, te diré que hay varias razones.

—¡Joder! Supongo que eso es un problema. No puedo luchar en tantos frentes.

Blanca se rio con ganas y le dijo:

—Eso pasa en la guerra, Alfonso, y… ¿De veras quieres que la tengamos?

—Una fiesta en paz, eso es lo que quiero, pero tendrás que ayudarme —le respondió, clavando el verdor de sus ojos en el mar de los de ella—. Y, para hacerlo, debes empezar por ser sincera.

Blanca se lo quedó mirando. Había algo en él que la atraía mucho, más de lo que quería. Pensó que se merecía una explicación.

—Eres demasiado parecido a Rubén —le dijo, como si fuera un argumento de peso—. Mi ex marido.

—¡Coño! ¿Y esa es mi culpa?

—Ya sabes que me fue infiel, te lo acabo de decir.

—Y ¿por alguna gratuita suposición piensas que todos los hombres que tienes cerca son iguales que él?

Blanca se volvió a reír. Se dio cuenta de que, por primera vez, se lo estaba pasando bien con aquel hombre que tanto la repelía. Se sorprendió.

—Sé que no es una razón de peso, pero…

Alfonso hizo un gesto con la cabeza, mostrando desconcierto.

—Lo puedo entender, pero has hablado de varias —comentó él, reclamando más información —. ¿Cuáles son las otras?

Blanca asintió con la cabeza. Si quería sinceridad, la tendría.

—También influyó el perfume que impregnaba tu cuerpo el primer día, cuando recogiste a Laura. Cuando lo percibes en un hombre, no ayuda a mostrar una imagen de persona responsable. Es el que utiliza mi madre, muy femenino. Lo reconocí al momento. Y eso sin tener en cuenta que llegabas tarde. Ves a saber de dónde.

—¿El perfume…? —preguntó sorprendido, abriendo los ojos como platos—. ¡Claro, de eso se trata! —exclamó, como si se encendiera una luz en su mente. La miró con sarcasmo—. Te diré una cosa, para que te dejes de tonterías. Ese perfume también lo utiliza la mía. Se lo pone un par de veces a la semana, cuando sale de casa para ir a misa, que es el único sitio al que va. Ese día la acompañé a la iglesia. Por eso llegué tarde.

Blanca no supo qué decir. Comprendió que había malinterpretado la situación. Escuchó su voz.

—¿Esa es la razón por la que has estado tan cortante conmigo desde entonces?

—Tu carácter arrogante tampoco ayuda, Alfonso —comentó con reproche.

—Lo sé. Es algo que intento solucionar.

—Pues creo que deberías esforzarte más —insistió ella—. No lo consigues.

—No todo es lo que parece, Blanca —dijo conciliador.

—Esa es una de las pocas cosas en las que estamos de acuerdo —comentó, entendiendo que tenía una idea preconcebida de él que partía de un error—. Quizá tienes razón. No todo es lo que parece, Alfonso, ni en ti, ni en mí.

El silencio se instaló entre ambos, como si estuvieran evaluando las piezas de un tablero invisible y esperaran a ver quién hacía el siguiente movimiento. Alfonso sonrió y levantó su copa.

—Por lo que no parece ser, entonces.

Blanca esbozó una leve sonrisa y chocó su copa con la de él.

—Por lo que no parece ser.

El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y púrpuras. El suave sonido del agua y las copas al brindis, fueron los únicos testigos de una tregua inesperada.



Capítulo 4

Segunda cena en la finca

El comedor estaba iluminado con la cálida luz de las lámparas colgantes. La cena prometía ser un momento tranquilo, pero la latente tensión entre Alfonso y Blanca se mantenía presente.

Macarena, desde su lugar, observaba cómo Blanca ayudaba a Laura a acomodarse en su silla. La pequeña estaba radiante, parloteando sobre los planes que tenía para el día siguiente, sin percatarse del sutil juego de miradas entre su tío y su profesora. «Algo ha cambiado», pensó Macarena mientras observaba a su hijo. Había un destello de interés en sus ojos que no había visto desde hacía mucho tiempo.

—Tía Blanca, ¿puedes pasarme el pan? —pidió Laura con su voz infantil.

Blanca se sorprendió por el apelativo, pero le mostró una sonrisa. Le alcanzó la cesta de pan.

—Claro, cielo. La verdad es que no me importaría tener una sobrina tan guapa como tú, pero no soy tu tía —le dijo, alisándole el cabello con ternura.

—Aún no lo eres, pero… El tío Alfonso es muy guapo, ¿no te parece?

Alfonso, sentado frente a ella, no pudo ocultar una sonrisa por el comentario de la niña. Con sarcasmo, miró a Blanca y le comentó:

—¿Sabes que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad?

Blanca levantó la vista, y se encontró con su mirada divertida. Antes de responder, sonrió de forma casi imperceptible.

—Bueno, ya te lo diré cuando te vea a ti —respondió, con una cínica sonrisa—. Borracho, me refiero.

Alfonso se reclinó en su silla, aceptando el reto con una sonrisa.

—¿Necesitas que esté borracho para que sea sincero?

—¿Me va a doler tu sinceridad? —preguntó Blanca, sarcástica.

—No lo sabrás hasta que la oigas.

—Supongo que me tendré que arriesgar.

Macarena, que había estado observando con atención, intervino con una sonrisa cómplice.

—¿Estáis filosofando, o debo preocuparme?

Laura, sin captar el doble sentido, se rio y levantó su copa de agua.

—¡Es la mejor cena del mundo! —comentó alegre al ver las caras sonrientes de las dos personas que más quería.

El comentario de la niña disolvió la sutil rivalidad entre ellos, y retomaron la cena entre bromas y una alegre conversación. Macarena percibía los intercambios de miradas y los pequeños destellos en las sonrisas de ambos. «¿Qué ha pasado esta tarde en la piscina?», se

preguntó.

Cuando terminaron de cenar, Laura intentó mantenerse despierta, pero el cansancio terminó por vencerla. Blanca la llevó a su habitación, la arropó y le dio un beso en la frente antes de regresar al comedor.

Macarena, con un bostezo, anunció que también se retiraba. La señora Teresa empezó a recoger los últimos platos, y Blanca se puso a ayudarla.

Alfonso tomó su copa de vino y se acercó al ventanal que daba al jardín. En ese momento entró ella.

—No tengo sueño —comentó, como si pensara en voz alta, y se giró hacia Blanca con una expresión traviesa—. Algo me ha provocado insomnio.

Blanca lo miró y fingió indiferencia.

—Quizá deberías probar a contar ovejas. Aunque no sé si funcionan tan bien como el vino.

Alfonso sonrió y se encogió de hombros.

—¿Y tú? ¿Tienes insomnio, o solo disfrutas de mi compañía?

Blanca tomó su copa y, sin responder, caminó hacia la terraza. Se volvió hacia él.

—Si te animas a salir, supongo que lo descubrirás.

Alfonso la siguió, divertido, mientras sus pasos resonaban en el silencio de la noche. El aire fresco los envolvió, y se quedaron contemplando el cielo estrellado, cada uno sumido en sus pensamientos.

«Algo ha cambiado. No sé si es bueno, o peligroso, pero no quiero que desaparezca», pensó Alfonso, mientras observaba el perfil de Blanca iluminado por la luz de la luna.

Por su parte, Blanca se cuestionaba si estaba jugando con fuego. «Es diferente a Rubén, lo sé, pero ¿y si todo esto es solo una ilusión? ¿Y si también me destroza la vida?».

En la terraza del jardín

Se acercaron a la mesa del jardín. Blanca se sentó en una de las sillas, tomó un sorbo, y sintió el sabor intenso y afrutado del vino.

—Este vino es espectacular —comentó, rompiendo el silencio.

Alfonso sonrió con orgullo.

—Es de nuestra mejor reserva. Se llama «Aurora», como mi bisabuela. Llamarlo así fue lo primero que decidió mi bisabuelo cuando empezó con la bodega.

Blanca levantó la copa en un gesto de brindis.

—Entonces, por Aurora. Y por las cosas bien hechas.

Entrechocaron las copas y bebieron. Alfonso la dejó en la mesa y se recostó en la silla, mirándola con una expresión más seria.

—Hablando de cosas que no siempre se hacen bien… Hoy en la piscina has mencionado algo de tu ex marido. Puedo entender lo que sentiste cuando te traicionó.

Blanca arqueó una ceja, sorprendida por el giro de la conversación. Alfonso jugueteó con la copa entre sus dedos antes de responder.

—Mónica y yo estábamos comprometidos, pero dos meses antes de la boda, Lucía la vio entrando con otro hombre en un hotel. Cuando me lo dijo, no quería creerlo. Contraté a un detective.

Blanca sintió una punzada de empatía.

—Eso debió ser devastador. ¿Qué hiciste?

—Rompí el compromiso, claro —dijo, alzando los hombros—. Aunque fue un infierno, no podía seguir adelante con alguien que me había traicionado.

Blanca asintió, comprendiendo cada palabra.

—A veces, el mayor dolor viene de quien menos lo esperas.

Alfonso la miró con una intensidad que la desarmó por un momento.

—Es cierto —dijo, mientras se le quebraba la voz—. Eso nos enseña a no confiar en nadie.

Blanca suspiró, dándose cuenta de que estaba compartiendo más de lo habitual.

—Sí. Conozco esa sensación. Todo se derrumba de golpe.

El silencio que siguió estaba cargado de empatía. Alfonso rompió la tensión con un comentario sarcástico.

—Supongo que eso nos hace expertos en traiciones, ¿no te parece?

Blanca le regaló una agradable sonrisa.

—Tal vez, Alfonso. Pero también nos hace más fuertes.

Cuando se miraron, fue la primera vez que entendieron que tenían más cosas en común de las que pensaban.

El aire fresco de la noche seguía envolviéndolos en la terraza. La botella de vino estaba a medio terminar, y aunque ya era bastante tarde, ninguno de los dos parecía tener intención de retirarse.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿siempre has sido profesora? —le preguntó, mientras giraba la copa de vino entre sus manos.

Blanca sonrió antes de responder.

—No siempre. Cuando era muy joven, quería ser bailarina, pero un accidente me obligó a replanteármelo. Fue un duro golpe que tuve que superar. Luego decidí hacerme profesora. Tras la danza, era mi segunda vocación. ¿Y tú? Siempre empresario, supongo.

Alfonso soltó una carcajada, asintiendo con la cabeza.

—¿Tan obvio parezco?

—Tienes ese aire —replicó ella, alzando una ceja—. El del hombre que no acepta un no por respuesta.

—No sabía que también tenías formación sobre «Técnico en psicología aplicada al empresariado» —comentó, con una sonrisa divertida y todo su cinismo—. Pero no vas desencaminada: estudié Empresariales. Me gradué entre los primeros de mi promoción.

—Eso no me sorprende —dijo Blanca, llevándose la copa a los labios—. Tienes ese algo competitivo que parece innato en algunos.

Alfonso apoyó los codos en la mesa, y se la quedó mirando.

—Luego me fui dos años a Japón. Allí aprendí algo de japonés. Me defendía bien, aunque dudo que ahora pudiera mantener una conversación. Fue una experiencia enriquecedora.

Blanca lo miró intrigada.

—Japón. No es un lugar que relacionaría contigo. Te imaginaba más convencional.

—Convencional es lo último que me interesa ser. Además, el trabajo requería esa estancia. Tenemos mucho mercado allí —declaró—. Luego estuve dos años en Estados Unidos, y después volví para hacerme cargo de una parte de la empresa familiar. Estuve viviendo en Madrid varios años. Dirigía las oficinas que tenemos en la capital, aunque confieso que nunca me llenó del todo vivir allí. Siempre que no era imprescindible, pasaba largas temporadas aquí, en el cortijo.

Blanca lo observó con atención. Había algo en su tono, una mezcla de nostalgia y resignación que no había percibido antes.

—A mí me encanta Madrid, pero solo para hacer turismo —se lo quedó mirando y añadió—: Supongo que la finca te llena más, ¿no?

—Siempre me ha gustado estar aquí —admitió—. Mi padre y mi hermana fallecieron en muy poco tiempo. Primero murió mi padre, y tuve que hacerme cargo de todo. Ya no podía seguir allí. —Miró a Blanca, y esta lo miraba con interés—. Poco tiempo después, paso lo de Clara. Supongo que sabes que era madre soltera, y Laura no tenía un padre que la pudiera cuidar. Me necesitaba. Desde entonces, solo voy a las oficinas de la capital cuando resulta imprescindible.

El silencio cayó entre ellos, solo roto por el susurro del viento. Alfonso fijó la mirada en su copa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Después de que mi padre falleciera, Clara era… mi único apoyo. Y luego, tan pronto como ella se fue, todo cambió.

Blanca sintió una punzada en el pecho al escuchar el tono de su voz. Había mucho dolor en sus palabras. Le recordaba a sus propios momentos de pérdida.

—Lo siento, Alfonso. Perder a alguien tan cercano es un golpe muy duro.

—Lo es —admitió él, alzando la vista para encontrar la mirada de Blanca—. Solo te consuela el pensar que tienes el apoyo y el respaldo de la persona que quieres, con la que vas a compartir tu vida. —Se quedó pensando un instante—. Pero esa misma vida te demuestra que no siempre es cierto.

Blanca supo que hablaba de Mónica. Sus palabras mostraban resentimiento y amargura.

—¿No crees en el amor? —preguntó, rompiendo el silencio.

Alfonso soltó una risa desangelada, sin humor.

—He conocido a demasiadas mujeres casadas que buscan algo que no encuentran en su matrimonio. Al principio es… halagador, pero luego se convierte en decepcionante. Aprendí que abrirse emocionalmente solo trae problemas.

Blanca sostuvo su mirada, notando cómo la sinceridad empezaba a desnudar algunas de las capas que él había construido a su alrededor.

—No todas las personas son así, Alfonso.

—Tal vez, pero hay las suficientes como para que prefiera no arriesgarme.

—Entonces, ¿te dedicas a vivir la vida, pero no quieres compromisos? —preguntó, con un tono que estaba entre la curiosidad y el sarcasmo.

Alfonso sonrió y alzó los hombros.

—Digamos que disfruto de mi libertad. —Clavó sus ojos en los preciosos ojos azules de Blanca—. Algo me dice que a ti no te impresiona esa filosofía.

Ella se inclinó. Apoyó el codo en la mesa y descansó la barbilla en la palma de su mano.

—Aunque yo no disfruto mi vida de la misma manera que tú, me gusta pensar que hay personas que creen en algo más que en la libertad. No me gusta esa forma de pensar.

El silencio se instaló de nuevo, pero esta vez no fue incómodo. Ambos se miraron, como si intentaran descifrar los secretos que se escondían tras las palabras del otro. Alfonso fue el primero que rompió el contacto visual, y levantó la copa hacia ella.

—Por estas inesperadas conversaciones.

Blanca sonrió, levantando la suya.

—Por estas inesperadas conversaciones.

Suspiró y miró el reflejo del cielo nocturno en la copa de Alfonso. La botella de vino estaba ya casi vacía, y las palabras fluían con una naturalidad que sorprendía a ambos.

—Supongo que ahora me toca a mí, ¿no? —dijo Blanca, mientras mostraba una sonrisa que intentaba disimular cierta tensión. —Siempre es justo devolver las confidencias.

Alfonso apoyó un codo en la mesa y la miró con interés.

—¿Un brindis por la igualdad? —sugirió, alzando la copa.

—Quizás debería brindar por tener el valor de decirlo —contestó ella, mientras el jerez le daba el atrevimiento que necesitaba.

Se recostó en la silla, y dejó que el viento nocturno acariciara su rostro mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Conocí a Rubén en una fiesta a la que fui por obligación. En realidad, una situación muy parecida a la que nos ha traído aquí, cuando tuve que asistir a la tuya —comenzó, dejando caer la voz como si estuviera evocando un recuerdo distante—. Era el típico chico encantador: guapo, atento, con una sonrisa que te hace pensar que todo irá bien. Fue amor a primera vista, o eso creí.

Alfonso entrelazó los dedos y la observó con seriedad, pero no dijo nada. Blanca continuó, jugando con el borde de su copa.

—Poco después empezamos a salir. Nos casamos un año más tarde. Pensé que había encontrado al hombre de mi vida. ¿Puedes creerlo? —sonrió sin humor, más para sí misma que para él—. Seis años después, lo pillé en la cama con una vecina.

—¿La misma cama que compartíais? —interrumpió Alfonso, frunciendo el ceño.

—Sí —contestó Blanca, asintiendo con la cabeza. Su tono era tranquilo, pero su mirada delataba la tormenta que aún no había olvidado. —Y no solo me ocurrió con él. Paco, mi primer novio, también me traicionó. Entonces aún estudiaba en la universidad. Mientras yo pensaba que planeábamos un futuro juntos, tenía una aventura con una compañera de clase

Alfonso soltó un leve silbido y se inclinó hacia delante.

—Dos hombres, dos infidelidades. —Exhaló un bufido—. ¡Buf! Entiendo que eso te haga desconfiar.

Blanca soltó una falsa carcajada.

—No es solo desconfianza. Es temor, Alfonso. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado si era yo? Si el problema era mío…

—No me lo creo —interrumpió él, negando con la cabeza.

Blanca alzó una ceja.

—¿Qué es lo que no te crees? ¿Que una mujer pueda dudar de sí misma cuando la traicionan?

—No —dijo Alfonso con firmeza—. No creo que tú tengas ninguna culpa. A veces la gente no está a la altura de lo que esperas.

Blanca lo miró, buscando leer en sus ojos si hablaba en serio o si era solo una respuesta diplomática.

—Tú lo ves fácil, ¿verdad? —le preguntó, con la voz rota—. Cuando te fallan siempre, empiezas a preguntarte si eres tú la que no sabe cómo retenerlos.

Alfonso guardó silencio, antes de hablar en un tono más dulce del que Blanca había escuchado hasta entonces.

—¿Eso pensaste de Rubén? ¿Qué no supiste retenerlo?

Blanca sonrió, pero era una sonrisa cargada de ironía.

—No lo sé. Supongo que sí. Me planteé incluso que… —dudó mucho ante de acabar la frase —… que yo no era buena en la cama —reveló, con timidez.

Alfonso clavó sus ojos en ella. Cuando Blanca lo miró, vio que su expresión no era de burla,

ni de incredulidad. Había algo en ellos que la hizo sentir vulnerable y cómoda al mismo tiempo.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó, despacio, como si sopesara cada palabra.

—Sí, a veces —murmuró Blanca, clavando la mirada en su copa.

—Blanca —dijo Alfonso, inclinándose hacia ella—. Si alguien te hace sentir así, no merece estar contigo. Y quien sea que haya tenido la suerte de tenerte y no te valoró… es un idiota.

Ella lo miró, sorprendida por su sinceridad. «… la suerte de tenerte», pensó. Le gustó su expresión. Se quedaron unos instantes en silencio, pero ya no era incómodo. Fue como si cada uno estuviera procesando lo que acababa de aprender del otro. Blanca se inclinó hacia la botella y sirvió un poco más de vino en ambas copas.

—Por los idiotas, entonces —dijo, levantando su copa—. Y podemos incluir a Mónica, que también te tuvo y no te supo retener.

Mientras asentía con la cabeza, complacido, Alfonso sonrió. Alzó la suya.

—Y por las segundas oportunidades.

El tintineo de las copas rompió el silencio de la noche. Por un instante, Blanca pensó que, más allá del dolor y la desconfianza, había algo. Alfonso no era lo que había imaginado. Y, tal vez, ella tampoco era lo que él pensaba.



El aire fresco de la noche seguía envolviéndolos en la terraza. La botella de vino había llegado a su fin, pero ninguno de los dos parecía tener intención de abandonar el momento. El silencio se interrumpió cuando Blanca habló en un tono despreocupado:

—Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos a la cama.

Alfonso, que había estado observándola con esa sonrisa que tanto la desconcertaba, alzó una ceja.

—Curiosa elección de palabras, profesora. ¿Debo interpretar algo en esa sugerencia? —dijo, con un deje de picardía que Blanca sintió como un leve pinchazo en el pecho.

Blanca parpadeó, y su mente empezó a dar vueltas más rápido de lo que su boca podía reaccionar. La combinación de su mirada intensa y el efecto del vino no ayudaban.

—¡Por supuesto que no! No es una sugerencia, es una frase… retórica. Ya sabes, de esas que se dicen por decir.

—¿Por decir? —replicó él, recostándose en su silla y cruzando los brazos con un aire divertido—. Parece demasiado interesante como para dejarlo pasar.

Blanca sintió el rubor subirle por el cuello, y desvió la mirada hacia la piscina, donde el reflejo de la luna jugaba en el agua.

«¿Por qué siempre tiene que darle la vuelta a todo?», pensó, apretando los labios para no soltar una respuesta más cortante de la necesaria. «Maldita sea, Blanca, controla tu lengua antes de que digas algo que suene como una invitación».

—Eres… agotador, Alfonso. Siempre buscas el doble sentido en las cosas. El vino te ha

jugado una mala pasada.

Él soltó una carcajada, de esas que resonaban más de lo necesario en la tranquilidad de la noche.

—Puede ser —admitió—. Aunque sospecho que no soy el único afectado por el vino.

—No cambies de tema —respondió, tratando de mantener la compostura, aunque su voz mostró una nota de nerviosismo.

Alfonso se inclinó hacia ella, y apoyó un codo en la mesa. La mirada que clavó en los ojos de Blanca, tenía ese brillo específico que ella había aprendido a reconocer como el preludio de una broma o algo más incisivo.

—Entonces aclaremos el tema —dijo, con una calma que solo logró inquietarla aún más—. Cuando sugeriste «vayamos a la cama», ¿estabas pensando en ir cada uno a su habitación, o tenías algo más en mente?

Blanca lo miró, entre exasperada y divertida. El alcohol que llevaba en el cuerpo acentuaba esa sensación de falta de inhibición. Había algo irritante en su constante capacidad para ponerla contra las cuerdas, aunque era innegable el magnetismo de la situación.

—A veces pienso que disfrutas cuando intentas confundirme, Alfonso —dijo, decidiendo devolverle el golpe con su propia arma—. Pero no te emociones, porque no hay nada ambiguo en mis palabras.

—¿Seguro? —insistió él, con una sonrisa que rozaba lo impertinente.

—Tan seguro como que siempre buscas llevarme la contraria.

Él levantó su copa vacía, como si brindara con el aire.

—Solo porque eres demasiado fácil de picar, Blanca —comentó sarcástico—. Pero acepto tu explicación. Al menos, por ahora.

«Por ahora…» pensó ella, mientras se ponía de pie, intentando mantener su dignidad intacta. «Claro, como si necesitara más razones para seguir dudando de él y de mí misma.»

—Es tarde, Alfonso. Buenas noches —dijo, girándose para caminar hacia la puerta.

—Buenas noches, Blanca —respondió él, con un tono tranquilo y un especial destello en su mirada.

Mientras ella desaparecía en la penumbra, Alfonso se quedó sentado, mirando la botella vacía. «¡Joder! Qué complicado puede ser no cruzar ciertas líneas…» pensó. Había algo en Blanca que lo atraía y le molestaba al mismo tiempo, como una pieza que no encajaba en su rompecabezas habitual.

Mientras Blanca caminaba por el pasillo, se obligó a calmar su respiración. «Nada de lo que ha dicho tiene importancia. ¡Nada!», se repitió. Pero la sonrisa que aparecía en su rostro decía lo contrario.

Cerró la puerta de su habitación con un ademán rápido, como si quisiese dejar fuera los

pensamientos que la atosigaban. Se desnudó, se puso un camisón, y se deslizó sobre la cama. El vino enturbiaba su mente, pero esta no cedía al sueño. Estaba nerviosa, y cada vez que cerraba los ojos, la bonita sonrisa de Alfonso y el cálido destello de sus ojos verdes reaparecían como un eco.

—Maldita sea —susurró, llevándose las manos al rostro—. Esto no está bien.

Se tumbó de lado y abrazó la almohada, como si fuera un escudo contra las emociones que comenzaban a despuntar. Desde que su matrimonio se había desmoronado, no había sentido nada ni remotamente cercano a lo que Alfonso lograba despertar en ella. Una atracción visceral, y no solo física, porque cada palabra suya era un desafío al que no podía resistirse.

—¡Es tan arrogante! —se dijo en voz alta, como si quisiera convencerse—. Tan…

Se quedó en silencio. La palabra arrogante no se ajustaba del todo a lo que él había mostrado esa noche. Había una inesperada sinceridad en su actitud, un aire de debilidad que la había desarmado.

Incapaz de soportar la inquietud que sentía, se sentó en la cama. «Esto es ridículo», pensó mientras se levantaba y tomaba una rebeca. Con pasos silenciosos, se dirigió hacia la terraza. El aire fresco le golpeó el rostro y despejó parte del mareo. Las luces del jardín dibujaban sombras en el suelo, y el reflejo de la luna sobre la piscina añadía un toque casi mágico al escenario.

Se apoyó en la barandilla, dejando que sus pensamientos fluyeran. Lo que había construido sobre Alfonso se tambaleaba. El hombre que creía conocer, ese que tanto se parecía a Rubén, se había transformado en alguien complejo, contradictorio, y también fascinante.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué él? —dijo en voz alta, cerrando los ojos con frustración.

—Esa es una buena pregunta.

El sobresalto la hizo girarse de golpe. Alfonso estaba allí, apoyado en el marco de la puerta de su habitación. La observaba con una pícara sonrisa. La suave luz de la luna acentuaba sus facciones, dándole un aspecto de escultura clásica.

—¿Siempre apareces así, de repente? —preguntó, llevándose una mano al corazón para calmar el sobresalto.

—Solo cuando creo que alguien necesita compañía —replicó él, acercándose con lentitud—. O cuando oigo preguntas intrigantes lanzadas al aire.

Blanca resopló e intentó recuperar el control.

—No era una invitación, si es lo que insinúas.

Alfonso se detuvo a un par de metros de ella y sonrió.

—¿Siempre te pones a la defensiva?

—Solo con quien lo merece.

—Vaya, ¿eso es un cumplido?

Blanca lo miró, y frunció los ojos.

—Si esperabas oír que estaba pensando en ti, te equivocas.

—Entonces, ¿qué pasaba por tu mente? —preguntó, y repitió sus palabras—: «¿Por qué ahora? ¿Por qué él?». ¿Eso qué significa?

Blanca vaciló un instante y miró hacia el jardín.

—Nada que tenga que ver contigo, Benavides. No todo gira en torno a ti.

—Quizás no todo, pero una parte… —Clavó sus ojos en los suyos—. Estoy seguro de que sí.

El silencio que siguió fue interrumpido por el sonido del viento entre los árboles. Alfonso se acercó un paso más, cruzando los brazos con un gesto relajado.

—Si no puedes dormir, podríamos continuar nuestra charla.

Blanca se giró hacia él, arqueando una ceja.

—¿Sobre tus conquistas, o quieres que hablemos sobre mis malas experiencias y mi pesimismo hacia los hombres? Parece una conversación prometedora.

Alfonso soltó una carcajada.

—Tú eliges el tema. Soy todo oídos.

Blanca lo miró con un toque de exasperación, pero también con algo que no había sentido en mucho tiempo: una curiosidad que iba más allá de las palabras. Sabía que estaba jugando con fuego, pero, por alguna razón, no quería apagarlo.

Alfonso se colocó a su lado.

—¿Sabes una cosa? —comenzó Alfonso, con un tono más reflexivo de lo habitual—. Después de lo de Mónica, me dediqué a salir. Fue mi forma de lidiar con la situación. —Su mirada se dirigió hacia el horizonte, como si reviviera los meses de descontrol—. Hubo muchas mujeres, demasiadas, pero ninguna significó nada.

Blanca se limitó a observarlo con una mezcla de sorpresa y recelo. No había esperado tanta franqueza.

—¿Y eso te ayudó? —preguntó, con una ceja arqueada y un matiz de sarcasmo.

Alfonso se rio, pero sin mostrar alegría.

—Por supuesto que no. Fue un vacío tras otro. —Se giró hacia ella, y su mirada adquirió una intensidad que la hizo sentirse expuesta—. Desde hace un año, no he estado con nadie. Me cansé de todo aquello. Estoy harto de relaciones sin sentido, de gente que solo te utiliza.

Blanca lo miró en silencio, esperando que continuara. Y lo hizo.

—No había encontrado a nadie que me atrajera lo suficiente, y no te hablo del físico, sino de lo que de verdad importa. —Hizo una pausa deliberada, dejando que las palabras calaran antes de añadir—: Al menos, hasta ahora.

Blanca sintió que el calor le subía al rostro, y dejó de mirarlo para que él no lo viera. Interpretó sus palabras, pero no estaba preparada para enfrentarlas. Optó por desviar el tema, aunque de forma tangencial.

—Yo… me divorcié hace tres. Desde entonces, tampoco he estado con nadie —afirmó, pero su voz mostró algo que Alfonso supo ver.

—¿Estás segura? —preguntó con una extraña sonrisa—. Lo dices como si no fuera del todo cierto.

Blanca lo fulminó con la mirada. No podía negar que el comentario había dado en el blanco, pero solo había sido una vez. Soltó un suspiro y se apoyó en la barandilla. Mientras sus palabras intentaban proyectar una firmeza que no lograba sostener del todo, se aferró a ella.

—Nadie de mi entorno me ha interesado desde entonces. —Aunque el tono seco y

contundente buscaba cerrar el tema, la tensión de sus manos desmentía su aparente calma—. Estoy demasiado resentida con los hombres como para intentarlo.

Alfonso giró la cabeza, estudiándola con esa mirada suya que parecía atravesarla.

—Hombres de tu entorno. Pero… ¿un desconocido? —dijo con un tono deliberadamente pausado.

Blanca alzó la vista, y sus ojos se abrieron como platos. Su desconcierto fue tan evidente, que Alfonso no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué preguntas eso? —Aunque intentó disimular, ya era demasiado tarde.

Antes de que pudiera negar cualquier insinuación, Alfonso volvió a la carga.

—¿Nunca lo has hecho con un desconocido?

El rubor inundó las mejillas de Blanca. Se inclinó hacia delante, para intentar ocultarlo.

—¡Claro que no! —exclamó, confundida y molesta a partes iguales.

Alfonso se encogió de hombros, pero la chispa de diversión en sus ojos no desapareció.

—Tu mirada me dice lo contrario, Blanca. Pero no te preocupes, yo también.

—¿Cómo que también? —preguntó, frunciendo el ceño, más irritada por su tono relajado que por las palabras.

—Tú sabrás. —Alfonso negó con la cabeza, como si le hablara a alguien que intentaba ocultar un secreto evidente—. Algo en tu cara me dice que es mentira.

Blanca apoyó ambas manos en la barandilla, intentando recuperar el control de la conversación.

—¿Tú lo has hecho con un desconocido? —espetó, cruzando los brazos con desafío.

Alfonso soltó una carcajada, y, con una tranquilidad que solo parecía irritarla más, respondió:

—Bueno, en realidad, con una desconocida. Aún no me gustan los hombres.

Blanca parpadeó mientras su mente procesaba las palabras. Una sonrisa cínica curvó sus labios.

—¿«Aún»? No pasa nada, no tienes que disimular. Supongo que se te ha escapado. Lo entiendo. —El tono de su voz estaba cargado de falsa comprensión, una provocación en toda regla.

Alfonso entrecerró los ojos, aceptando el desafío.

—¿Eres así de comprensiva siempre o… es que a ti te gustan los dos sexos?

Blanca arqueó una ceja, inclinándose hacia él, como si no quisiera dejar pasar aquella insinuación sin una respuesta contundente.

—No creo que sea asunto tuyo lo que me guste o deje de gustar. —Su voz fue un susurro, pero su mirada tenía la intensidad de quien no estaba dispuesta a ceder terreno.

El silencio que siguió se llenó de una energía que no necesitaba palabras para ser palpable. Alfonso la miró durante unos segundos más, con la sombra de una sonrisa en los labios. La batalla entre ellos no había terminado, y la victoria no estaba clara.

Alfonso se inclinó hacia ella, con una expresión de curiosidad y desafío.

—¿Y cuál es el prototipo de hombre que no buscas? —preguntó con un tono susurrante, pero cargado de intención.

Blanca se cruzó de brazos, como si quisiera protegerse de su mirada.

—Uno como tú. Seguro de sí mismo, acostumbrado a salirse con la suya, y que, probablemente, podría tener a cualquier mujer solo con chascar los dedos.

Alfonso no pudo evitar reír ante la descripción, y Blanca apretó los labios.

—¿Eso crees? —preguntó, con un tono retador—. ¿Que soy el típico hombre que debería estar en tu lista negra?

—Lo eres —respondió Blanca, sin dudar, aunque el brillo en sus ojos delataba cierta diversión—. Tú representas todo lo que juré evitar.

Alfonso apoyó la barbilla en una mano, observándola con detenimiento.

—¿Y si resulta que no soy como crees? —preguntó, con una voz que la hizo dudar—. Si fuera así, ¿estarías dispuesta a sacarme de esa lista?

Blanca sintió que en su interior se agitaba algo que no estaba preparada para reconocer. Optó por responder con otra pregunta.

—¿Y si resulta que lo eres?

El silencio que se instaló entre ellos, solo lo rompió el suave susurro del viento. Alfonso mostró una enorme sonrisa.

—Supongo que tendrás que averiguarlo. Para poder decidir.

Blanca se obligó a no apartar la mirada. Sentía que aquella batalla de voluntades iba mucho más allá de las palabras.

—Supongo que sí —replicó, con un atisbo de desafío en su voz.

Ambos sabían que las barreras entre ellos comenzaban a tambalearse. Y aunque no estaban listos para admitirlo, el juego había comenzado, y ninguno parecía dispuesto a retroceder.



Capítulo 5

La verdad en la oscuridad

Blanca se quedó mirando la luna. Pensó que solo podría saber si él era diferente, si era sincera, y, al fin y al cabo, que él supiera que había estado con un desconocido, no iba a cambiar nada.

—Está bien —comenzó ella, con un suspiro que parecía arrancado de lo más profundo—. Supongo que no tiene sentido ocultarlo.

Alfonso la miró con curiosidad, mostrando una preciosa sonrisa que era de triunfo.

—Te escucho.

Blanca se tomó un momento, como si estuviera organizando las palabras en su cabeza. Al final, clavó su mirada en él, decidida.

—Ocurrió hace más de dos años, un par de meses después de divorciarme. Estaba furiosa conmigo misma, con Rubén, con todo. Sentía que necesitaba… no sé, algo que me hiciera sentir viva.

Hizo una pausa, y Alfonso asintió, animándola a continuar.

—Estaba en un *pub*, uno de esos lugares donde no había ido nunca y no esperas encontrar a alguien que te conozca. Me senté en la barra, pedí una copa de vino, y entonces lo noté. Él estaba allí, al otro lado.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Era guapo, eso es cierto. Alto, bien vestido, y con una mirada que parecía atravesarme. Estuvimos cruzando miradas durante un rato, en realidad muy poco, hasta que se acercó. Traía su copa en la mano y me dijo: «¿Te apetece que brindemos por este inesperado encuentro».

Alfonso soltó una carcajada.

—¿En serio? ¿Esa fue su entrada?

Blanca se encogió de hombros.

—Fue suficiente. En ese momento, todo lo era. Hablamos un rato, lo justo para que la química hiciera el resto. Ni siquiera le di mi verdadero nombre. Era… lo que necesitaba en ese momento, ¿sabes? Sin pasado, sin futuro, solo el presente.

Los ojos de Alfonso brillaron con interés mientras la observaba, pero permaneció en silencio. Blanca se pasó una mano por la nuca. Aunque sus dedos temblaban, su voz se mantuvo firme.

—Terminamos en una habitación de hotel. Todo fue rápido, casi frenético. Ni siquiera recuerdo si él era bueno o malo, porque en ese momento no se trataba de eso. Solo quería escapar de la rabia, del dolor… de mí misma.

Su voz se quebró en la última palabra, pero se apresuró a recomponerse.

—Al día siguiente me desperté y lo vi ahí, todavía dormido. No me arrepentí, pero… me di

cuenta de que nada había cambiado. Todo seguía igual. Rubén seguía siendo un cabrón, yo continuaba rota, y esa noche de sexo no había solucionado mis dudas. Solo había sido una forma de escapar.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Alfonso, intrigado.

Blanca soltó una nerviosa carcajada.

—El chico se despertó. Quiso volver a quedar. Me insistió en que le diera mi número, pero me negué. Le dije que aquello era lo que era: un momento, un encuentro sin futuro. Él no lo entendió, o no lo quiso entender. Salí de allí y no volví a verlo nunca más.

Alfonso la miró en silencio durante unos segundos que parecieron eternos. De pronto, habló, con un tono lleno de matices.

—¿Y te sirvió de algo, Blanca?

Ella negó con la cabeza. Sus ojos mostraban una expresión cargada de ironía y tristeza.

—Me sirvió para darme cuenta de lo poco que sirve el despecho, Alfonso. Pero, si te soy sincera, también me enseñó algo importante. Que no estaba dispuesta a volver a conformarme con alguien como Rubén, un hombre que no me merecía.

Alfonso se quedó mirándola con una intensidad que hizo que Blanca se mostrara inquieta.

—Esa es una lección difícil, pero necesaria —dijo él, cargando su voz de una comprensión que la desarmó por completo.

Blanca apartó la mirada, tratando de encontrar en la oscuridad de la noche algo que le devolviera el control sobre la conversación.

—¿Tú qué habrías hecho? —preguntó de repente, más para desviar la atención que por curiosidad.

Alfonso alzó una ceja, con esa sonrisa ladina que Blanca comenzaba a reconocer.

—¿En tu lugar? Supongo que lo mismo, aunque no habría tenido el valor de negarme a repetir, si me lo hubieran pedido.

Blanca soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Eres imposible, Alfonso.

—Y tú, sorprendente, Blanca —comentó, y la miró con cierto descaro—. ¿Es verdad que tienes dudas sobre tu destreza con el sexo? Tu desconocido no parecía pensar lo mismo.

—Lo único que quería era repetir —soltó, alzando los hombros—. Eso es todo. Para los hombres es muy fácil.

—Tal vez, pero deberías recabar alguna opinión más, para poder tener la certeza.

Blanca abrió los ojos como platos. ¿Le estaba insinuando lo que pensaba? Con una voz cargada de sarcasmo, le dijo:

—¡Ya! Y me imagino que te ofreces como voluntario, ¿no?

—Bueno… estoy a mitad de camino entre tu entorno y un desconocido —argumentó convencido—. Soy imparcial. Eso me permite valorar, y poder darte una opinión sincera. ¿No te parece?

—¡Te crees muy listo, guapo! —exclamó divertida.

De repente, se dio cuenta de que se estaba excitando. La conversación, y la oferta de Alfonso la estaban poniendo mala. «¿Debo considerarlo?», se preguntó en décimas de segundo.

—No nos compromete a nada —argumentó él—, solo a eso, a que tengas una opinión sincera.

—Una nueva muesca en tu revolver. ¿Eso es lo que quieres, «forastero»?

—No es así como yo lo veo. Piénsalo: si soy un desconocido, no te sentirás culpable, y si estoy en tu entorno, soy amigo, y eso me excluye de tu círculo de interés —argumentó muy convencido—. Eso lo has dicho tú. Soy el candidato perfecto.

—Visto así… —preguntó, cada vez más mareada. Pensó que intentaba liarla. Decidió no tomar más vino. El que ya se había tomado, la acababa de llevar a una conversación que jamás hubiera pensado tener, y mucho menos con él. Le escuchó decir:

—¿Entonces qué hacemos? —le preguntó Alfonso—. ¿Dónde nos acostamos?

—Cada uno en su cama —dijo en contra de su voluntad—. Eso será lo mejor, al menos hoy.

Vio la decepción en sus ojos, pero supo que él había visto lo mismo en los de ella. Alfonso no la quiso forzar.

—Entonces… ¿solo somos amigos? ¿Sin derecho a roce?

—Solo amigos —respondió sin especificar

—Tendré que aceptarlo —comentó Alfonso—. Si es así, te diré que a mis amigas siempre les doy un beso de buenas noches.

Blanca se lo quedó mirando, intentando adivinar si era una trampa. Era evidente, pero le apetecía mucho más de lo que deseaba.

—Supongo que hablas de la mejilla —comentó, mientras sentía un pálpito de deseo entre sus piernas.

—Claro —respondió él—. Solo somos amigos.

Alfonso acercó su cara. Blanca lo recibió de frente, segura de que él vulneraría el acuerdo y la besaría en los labios, pero no lo hizo. Se sorprendió. Alfonso le giró la cara y la besó en la mejilla, dejando el rastro del viril perfume que ya conocía, muy diferente al del primer día. Le dijo:

—Buenas noches, «amiga».

Se dio la vuelta y se fue a su habitación.

Blanca se quedó allí, lamentándose de no haber accedido. Reprochándole, en silencio, que no hubiera insistido.

Muy desconcertada, regresó a su habitación y se metió en la cama. Entre el vino que se había tomado a lo largo de la noche, la conversación que acababan de tener, y el recuerdo de sus preciosos ojos llenos de promesas, puso una mano entre sus piernas y, en un par de minutos, encontró la paz que buscaba.

Durmió como una bendita.

Despertar en el conflicto

Domingo, 2 de julio de 2023

El domingo por la mañana, Blanca abrió los ojos y parpadeó un par de veces. La habitación de invitados del cortijo, con su elegante decoración y la terraza que daba al jardín, le devolvió la memoria de inmediato. La noche anterior llegó como si fuera un torrente que lo arrasa todo: el vino, las confidencias, las palabras de Alfonso cargadas de humor y algo más. «Insinuación», se dijo.

Se sentó en la cama y pasó las manos por su rostro. Su mente regresó a los momentos en la terraza, al descaro de Alfonso, a sus propias palabras, respuestas y silencios, que se acercaban de forma peligrosa a un terreno que había jurado evitar.

«Esto no puede estar pasándome», pensó mientras se ponía de pie y caminaba hacia la terraza. El jardín se extendía como una alfombra verde salpicada de flores. Blanca se cruzó de brazos mientras miraba hacia el horizonte.

—¿Qué demonios me pasa contigo, Alfonso de Benavides? —murmuró para sí misma.

La imagen de su rostro apareció en su mente sin pedir permiso. Sus ojos verdes, que siempre iban cargados de esa chispa de desafío, ahora insinuaban una calidez que no esperaba. El recuerdo del beso en la mejilla le arrancó una sonrisa involuntaria. Fue solo un gesto, pero había significado mucho más de lo que quiso admitir en ese momento.

«Le dije que solo éramos amigos», pensó, pero su mente le devolvió la pregunta: «¿De verdad me lo creo?».

Intentó apartar esa idea, pero otra surgió impetuosa: «Hace años que no siento esto por nadie. Esta atracción, la necesidad de estar cerca de él, de entenderle».

Recordó su conversación con su amiga Nieves en la terraza del parque, cuando ella le describió al Alfonso del instituto y le dijo que era alguien carismático y codiciado. «Y sigue siendo igual de encantador», admitió en silencio, aunque estaba segura de que, en su caso, ese encanto era una amenaza. Alfonso no solo era un hombre muy atractivo, también era alguien que tenía el poder de hacerla dudar de todo lo que había construido para protegerse.

La imagen de Rubén surgió como un espectro, interponiéndose entre ellos. «Es el mismo tipo de hombre», se dijo, intentando convencerse. Pero, cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía esa comparación. Alfonso podía ser arrogante, y era consciente de su atractivo, pero sus confesiones sobre su hermana, sobre Mónica, incluso su manera de abordar sus propias debilidades, no encajaban con la imagen de Rubén.

Se mordió el labio y cruzó los brazos con fuerza. «¿Y si estoy equivocada? ¿Y si no es cómo creo?» Ese pensamiento la aterraba, tanto como la posibilidad de que lo fuera.

Sacudió la cabeza, como si eso pudiera despejar los pensamientos que la asaltaban. Regresó al interior de la habitación y comenzó a vestirse para bajar a desayunar. Necesitaba distraerse, cualquier cosa que no fuera pensar en él.

Pero, mientras bajaba las escaleras, el sonido de su voz en la distancia hizo que su corazón diera un vuelco. Estaba en el salón, hablando con Macarena. Su tono era relajado, pero, incluso desde lejos, Blanca podía imaginar la preciosa sonrisa que siempre le regalaba a su madre

cuando se dirigía a ella.

«Este hombre va a volverme loca». pensó, deteniéndose un instante en el pasillo antes de obligarse a seguir. «Y yo… estoy empezando a dejar que lo haga».

Un desayuno cordial

Se alisó el vestido con las manos antes de entrar en el salón. Su corazón latía con fuerza, pero se recordó a sí misma que no tenía ningún sentido. Después de todo, solo era un desayuno. No obstante, cuando sus ojos se cruzaron con los de Alfonso, supo que no iba a ser uno más.

—Buenos días —dijo, esbozando una sonrisa mientras se sentaba a la mesa.

Alfonso respondió con una inclinación de cabeza, pero su mirada no se apartó de ella. Percibió su intensidad, y se preguntó si el aire fresco de la mañana era suficiente para enfriar el calor que sentía en las mejillas.

Macarena, siempre observadora, dejó el periódico que estaba leyendo y les dirigió una sonrisa afable.

—Parece que ambos tenéis buen aspecto esta mañana. ¿Os acostasteis pronto anoche? —preguntó, sin aparente doble intención.

Blanca sintió que la sangre le subía al rostro al instante. Alfonso solo sonrió, disfrutando del momento.

—Bueno, lo de acostarnos fue relativo —respondió él, girando la taza de café entre sus manos —. Pero tuvimos tiempo de aclarar ciertas cosas. Ahora somos amigos, ¿verdad, Blanca? —Sus ojos verdes se clavaron en los de ella, desafiándola a reaccionar.

Blanca le devolvió la sonrisa, intentando mantener la compostura.

—Eso parece —dijo, y se llevó un trozo de pan a la boca para no tener que hablar más.

Macarena, ajena al sutil juego entre ellos, asintió con aprobación.

—Me alegra oír eso. Nada como llevarse bien cuando hay convivencia de por medio.

—Muy de acuerdo, mamá —comentó Alfonso, con un tono que rozaba la picardía—. Aunque todavía estamos en el proceso de definir los términos de nuestra amistad.

Blanca tosió. No fue por el café, sino por la insinuación que encerraban sus palabras. Decidió no morder el anzuelo, y terminó su desayuno en silencio, ignorando la sonrisa divertida que Alfonso mantenía en su rostro.

Tras desayunar, Blanca subió a despertar a Laura, quien abrió los ojos con una energía que parecía renovada.

—¡Quiero ir a la piscina! —exclamó la niña, levantando las manos como si estuviera celebrando una victoria.

—Lo primero es vestirse, y después desayunar —le respondió con una sonrisa, ayudándola a salir de la cama—. Pero te recuerdo que, con la pierna enyesada, no podrás bañarte.

—Lo sé, ya me lo dijo la enfermera, pero quiero enseñarle a mi tío cómo lanzo mi flotador al agua —insistió Laura, muy contenta.

Una vez lista, Blanca y ella bajaron al salón, donde Macarena y Alfonso seguían conversando. Cuando Laura le expresó su entusiasmo por la piscina, Alfonso se mostró dubitativo al mirar por la ventana.

—Hay algunas nubes —comentó, pensativo.

—Pero no hace frío, tío, y no me voy a bañar. Además, Blanca me vigilará, para que no haga

locuras —dijo Laura con una expresión que lo habría convencido de cualquier cosa.

Alfonso intercambió una mirada con Blanca, que se encogió de hombros y sonrió.

—No puedo competir contra argumentos como ese. Cuando acabes de desayunar, nos vamos a la piscina —dijo, claudicando.



El jardín era un oasis de calma, con un precioso césped y la piscina reflejando las nubes dispersas en el cielo. Mientras Blanca y Alfonso colocaban las toallas cerca de Laura, ella, con su pierna escayolada, se sentó en una tumbona con un flotador en las manos.

—No sé quién está más emocionada por estar aquí conmigo, si tú o Laura —comentó Alfonso, mirándola con interés. Ella se quitó la camiseta, y se tumbó en la hamaca, con aquel excitante bikini blanco.

«¿Emocionada por estar con él?», se preguntó. Lo miró de reojo, notando lo bien que le quedaba el ajustado polo de manga corta que llevaba, y cómo resaltaba su musculatura. Su cabello oscuro se agitaba con la suave brisa. Se forzó en concentrarse en la niña.

—No me subestimes, Benavides. Soy muy capaz de controlar el entusiasmo que me supones —respondió, con una seductora sonrisa.

—Lo dudo —replicó él, con esa chispa en los ojos que tanto la desconcertaba.

Laura, ajena al intercambio, levantó el flotador. La niña disfrutaba, lanzando el flotador al agua, y recogiéndolo una y otra vez.

—¡Venid aquí! Quiero que veáis cómo flota.

Se levantaron y se sentaron en el borde de la piscina. Mientras hablaban de temas triviales, sus piernas se rozaron bajo el agua, sin pretenderlo.

Aunque ninguno hizo un comentario, lo notaron. No se expresó con palabras, pero en sus mentes flotaba la misma pregunta: ¿Hasta dónde llegará esto?

Aunque el día continuaba radiante, el cielo se empezaba a cubrir de algunas nubes. Laura estaba entretenida lanzando el flotador, mientras Blanca, desde el agua, se lo devolvía con una sonrisa.

Alfonso, sentado en una hamaca, se mantenía relajado, con las piernas estiradas y una revista entre las manos que apenas leía. De vez en cuando, alzaba la vista hacia Blanca, quien, a pesar de su concentración en la niña, irradiaba una frescura y naturalidad que lo atraían.

La tranquilidad del momento se rompió con la llegada de Lucía, que venía alegre, como siempre.

—¡Hola, familia! —saludó animada, acercándose con un bolso grande de playa colgado al hombro.

—Lucía, siempre tan puntual para colarte en la diversión —comentó Alfonso con una sonrisa, aunque en su tono había un deje de ironía.

Con un movimiento rápido, Lucía se quitó el vestido veraniego y se quedó con un bikini que no dejaba mucho a la imaginación. Alfonso alzó una ceja y se volvió hacia Blanca, quien había salido del agua. Al cruzar la mirada, ella vio un destello en sus ojos. Lo interpretó como deseo, y sintió un palpito de excitación.

—Es increíble cómo la piscina saca lo mejor de nosotros, ¿no crees? —dijo Blanca, con un tono que Alfonso reconoció al instante como irónico, pero que llevaba un deje de sensualidad que no le pasó desapercibido.

Lucía ignoró el comentario y se tiró al agua, provocando un chapoteo que hizo reír a Laura.

Mientras dejaba que las gotas de agua resbalaran por su piel, Blanca se recostó en la hamaca, junto a Alfonso, y se puso las gafas de sol. Sentía cómo la miraba de reojo, pero no le dio el gusto de reaccionar.

—Tío Alfonso, Teresa me está llamando —anunció Laura desde el borde de la piscina, apuntando hacia la casa.

—Ve, cariño. Luego seguimos jugando —le respondió Alfonso con una sonrisa.

Laura se fue hacia allí, y Lucía nadó hasta el borde, apoyando los brazos y mirando a Alfonso y Blanca con una expresión que mezclaba picardía y seriedad.

—Por cierto, Alfonso, ¿te has enterado de lo que Mónica va diciendo por ahí? —dijo, dejando la frase en el aire con una sonrisa que indicaba que sabía el impacto que tendría.

Alfonso levantó la vista de su revista, y su expresión cambió.

—¿Qué dice? —preguntó con un tono que, aunque controlado, mostraba su enfado.

Lucía inclinó la cabeza, disfrutando del protagonismo que le daba la información.

—Que nunca encontrarás a una mujer como ella. Según su opinión, es imposible mejorar lo que sentiste por ella, y la prueba más evidente es que no has salido con nadie desde entonces.

Alfonso dejó la revista en la mesa, junto a su hamaca, y cruzó los brazos. Todo su rostro se tensó.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, mesurando el tono de su voz.

Lucía salió de la piscina. Mientras se encogía de hombros, se quitó el exceso de agua con una

toalla

—Me lo ha dicho una amiga común. Ya sabes cómo son estas cosas en Jerez. Siempre hay alguien dispuesto a hablar de los demás.

Blanca, que había permanecido callada hasta ese momento, miró a Lucía y luego a Alfonso. Decidió intervenir.

—Hacer ese tipo de comentarios, dice más de ella que de ti, Alfonso. En realidad, Mónica es la que queda en mal lugar, peor que cualquier crítica que te haya podido hacer —comentó, con un tono calmado pero firme.

Él giró la cabeza hacia ella, sorprendido por su defensa.

—¿Tú crees? —preguntó, entrecerrando los ojos como si quisiera asegurarse de que no le estaba tomando el pelo.

—Por supuesto. —Blanca se encogió de hombros—. Que alguien tenga que justificar su ego a costa de otra persona, solo demuestra lo poco que tiene para poder presumir.

Lucía se rio, mientras se ponía la toalla sobre los hombros.

—Mónica siempre fue un poco dramática, ¿no? —añadió, con una sonrisa que intentaba ser inocente.

Pero Alfonso ya no estaba escuchando. Se recostó hacia atrás, y pasó una mano por su cabello. ¿De verdad era necesario que Mónica siguiera arrastrando su nombre por los rincones? Era como si no pudiera escapar de ella, y lo único que deseaba era dejar ese capítulo cerrado.

—¿Y qué piensas hacer, Alfonso? —preguntó Lucía con una curiosidad que no lograba disimular.

—Nada. Que diga lo que quiera. Al final, el tiempo pone a cada uno en su lugar —respondió, aunque la rigidez en su postura decía otra cosa.

Blanca lo observó. Pudo ver la tensión que reflejaba su rostro, y sus dos manos aferradas a la hamaca. Por un momento, pensó en consolarlo, pero algo en su orgullo la detuvo. ¿Por qué iba a ser ella quien lo hiciera sentir mejor?

Alfonso, como si hubiera leído sus pensamientos, se giró, intentando sonreír.

—¿Qué opinas, Blanca? ¿Crees que estoy condenado a vivir bajo la sombra de Mónica?

Blanca levantó una ceja y cruzó las piernas, adoptando una postura relajada.

—Creo que nadie está condenado a nada, excepto si permites que otros influyan en lo que sientes.

La respuesta pareció impactarlo más de lo que esperaba. Por primera vez, sintió que las palabras de Blanca no eran un ataque, sino un consejo disfrazado de ironía.

Lucía, notando la tensión, se apresuró a cambiar de tema. Alfonso y Blanca continuaron mirándose, como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

Celos entre líneas

Mientras los miraba, Lucía no podía evitar sentir una inquietud que la carcomía por dentro. Desde su hamaca, veía las miradas que Alfonso y Blanca intercambiaban, esas pequeñas chispas que brillaban con descaro incluso bajo la luz del día.

Blanca, sentada junto a Laura en el suelo, ayudaba a la niña con su juego de construcción. La pequeña, ajena a la tensión que se percibía, reía con entusiasmo mientras Blanca colocaba una pieza tras otra. Se fijó en Alfonso, que se había inclinado hacia delante en su hamaca, y las observaba con una expresión que Lucía no recordaba haber visto en él desde hacía años.

Apretó los labios y su mente empezó a dar vueltas. ¿Por qué la miraba así?, con ese brillo en sus ojos y esa mezcla de ternura y admiración. Pensaba que había enterrado todo eso después de la traición de Mónica.

—¿Pasa algo entre vosotros? —soltó de repente, rompiendo el silencio entre ambos.

Alfonso giró la cabeza hacia ella. Su expresión no era de sorpresa, sino de algo más cercano a la diversión.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió, apoyando la espalda contra la hamaca y colocando sus brazos a lo largo del cuerpo.

Lucía lo miró con detenimiento, tratando de leer entre líneas, de encontrar alguna grieta en su expresión.

—No me contestes con otra pregunta, Alfonso. Te conozco demasiado bien.

Él apenas mostró una sonrisa, pero no dejó que su mirada se apartara de Blanca, que en ese momento ayudaba a Laura a colocar una pieza roja.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó.

—Por supuesto.

Alfonso se encogió de hombros, como si no le diera importancia.

—Solo somos amigos, Lucía. Ya lo hemos dejado claro.

Sin convencerse del todo, Lucía frunció el ceño. Había algo en su frase que la puso alerta, una ambigüedad calculada que no podía ignorar. Antes de que pudiera insistir, Alfonso se levantó de su hamaca y recogió su toalla.

—Voy a por algo de beber. ¿Queréis algo? —preguntó, dirigiéndose a ambas.

Blanca alzó la vista desde el suelo, con una sonrisa.

—Nada para mí, gracias.

Lucía negó con la cabeza, observando cómo Alfonso desaparecía en dirección a la casa. Lucía no tardó en llenar el silencio que quedó tras él.

—Blanca, ¿puedo preguntarte algo? —dijo, levantándose de su hamaca y acercándose al lugar donde la profesora jugaba con Laura.

Blanca alzó la vista, y notó suspicacia en los ojos de Lucía. Desde hacía un buen rato, se había percatado de las miradas alternas que lanzaba hacia Alfonso y ella. «Aquí vamos», pensó, adivinando lo que venía a continuación.

—Claro, dime.

Lucía se sentó en el borde de la piscina, cruzando las piernas mientras jugaba con los pies en el agua.

—¿Pasa algo entre Alfonso y tú? —La pregunta salió directa, sin rodeos.

Blanca parpadeó un par de veces, pero recuperó la compostura al momento. Miró a Laura, que seguía entretenida con las piezas, y devolvió su atención a Lucía.

—¿Por qué todo el mundo me hace hoy esa pregunta? —preguntó a su vez, con una sonrisa que intentaba parecer convincente.

Lucía no se dejó engañar.

—Tal vez porque la forma en la que os miráis. No es la de «dos simples amigos». Eso es lo que me ha dicho Alfonso.

Blanca soltó una carcajada, intentando quitarle importancia.

—Lucía, te aseguro que no hay nada entre nosotros. Tiene razón, solo somos amigos. Eso es todo. —Hizo una pausa antes de añadir—. Además, Alfonso no es precisamente mi tipo.

Lucía arqueó una ceja, escéptica.

—¿No? ¿Y cuál es tu tipo, entonces?

Blanca se quedó en silencio un par de segundos, buscando en su mente una respuesta que no diera pie a más conversación.

—Digamos que alguien menos… complicado. —Su tono fue natural, pero sus palabras escondían un matiz que no pasó desapercibido.

Lucía la observó durante unos segundos, como si estuviera evaluando si creerla o no. Al final, se levantó y sacudió las manos.

—Bueno, si tú lo dices… —insinuó, con un tono que seguía cargado de dudas.

Alfonso regresó en ese momento, con un vaso de limonada en la mano. Miró a ambas mujeres y notó cierta tensión.

—¿Algo interesante de lo que debería enterarme? —preguntó, mientras levantaba una ceja.

Blanca negó con la cabeza. Se levantó del suelo y se acercó a su hamaca.

—Nada en absoluto. Lucía solo me preguntaba por mis gustos con respecto a los hombres —respondió, dejando caer la frase con un aire despreocupado.

Alfonso sonrió y sus ojos brillaron con picardía.

—¿Y qué le has dicho? ¿Algo halagador? —preguntó, siguiéndola con la mirada mientras se sentaba.

Blanca se recostó y se puso las gafas de sol.

—Que prefiero evitar las complicaciones —respondió, girando la cabeza hacia él con una leve sonrisa.

Lucía observó el intercambio en silencio, y sintió que su incomodidad aumentaba. «Aquí hay algo, aunque ninguno de los dos lo admita», pensó.

—Bueno, creo que ya es hora de que me vaya. Os dejo solos —dijo con recochineo, recogiendo sus cosas.

Blanca y Alfonso la despidieron con una sonrisa. Lucía se alejó, pero no pudo evitar sentir

una mezcla de celos y frustración. «¿Solo amigos? Esas miradas no engañan a nadie», se dijo.

Cuando la veterinaria se alejó lo suficiente, Alfonso dejó escapar un suspiro y se giró hacia Blanca.

—Eres buena para esquivar preguntas incómodas —comentó, divertido.

Blanca se encogió de hombros, ajustándose las gafas de sol.

—Digamos que es un talento innato. Además, ¿para qué dar explicaciones sobre algo que no existe?

—¿No existe? —repitió él, inclinándose hacia ella con una sonrisa que parecía desafiarla.

Blanca lo miró por encima de las gafas, y sus labios se curvaron en una sonrisa que intentó ocultar la picardía que encerró su tono de voz.

—Eso es lo que he dicho, Alfonso.

Blanca pensó que, en el fondo, no estaba segura de si intentaba convencerlo a él, o a sí misma.

Encuentro inesperado en el parque

En el parque, Laura, con su pierna escayolada, había logrado reunir a un pequeño grupo de amigos a su alrededor, que la escuchaban fascinados mientras presumía de su «gran aventura». Blanca y Alfonso, después de asegurarse de que la niña estaba cómoda y atendida por otras madres, caminaron hacia la terraza del bar que se encontraba en la entrada. Desde allí podían verla. Los parasoles tapaban el sol del mediodía que iluminaba las mesas. Algunas ya estaban ocupadas, por parejas, familias y grupos de amigos.

—¿Un vermú? —preguntó Alfonso mientras caminaban hacia una mesa vacía.

—Suena bien, aunque creo que después de lo de esta mañana me merezco algo más fuerte —bromeó Blanca, con una carcajada.

Aún no se habían sentado, cuando una voz femenina, melosa y cargada de intenciones, los interrumpió.

—Alfonso, cuánto tiempo.

Levantó la vista, y su expresión se endureció al instante. Frente a ellos estaba Mónica, impecable como siempre, con un vestido blanco ajustado que resaltaba su figura. Iba acompañada de una amiga, que parecía más interesada en su móvil que en lo que estaba ocurriendo.

—Mónica. —Su voz fue seca, casi cortante, pero mantuvo la compostura—. ¡Qué sorpresa!

Mónica, sin dejar de sonreír, deslizó su mirada hacia Blanca con descaro, evaluándola de pies a cabeza.

—¿Nos vas a presentar? —preguntó con falsa inocencia.

Alfonso se frotó la nuca, incómodo.

—Mónica, ella es Blanca, la profesora de Laura. Blanca, esta es Mónica.

Blanca alzó una ceja ante la frialdad que reflejaba su voz. «Así que esta es la famosa ex», pensó, mientras Mónica le tendía la mano con una fría sonrisa.

—Encantada, Blanca. —La voz de Mónica era suave, pero había un deje cortante tras cada palabra—. Ya entiendo, eres profesora —susurró sin querer, como si pensara con ella misma—. Siempre he admirado a quienes dedican su vida a los niños.

Blanca apretó su mano con firmeza antes de soltarla, y le devolvió la sonrisa, pero con un toque de sarcasmo. «¿Profesora?» ¡Te vas a enterar, guapa!», se dijo a sí misma.

—Gracias, Mónica. Lo piensa mucha gente —dijo, quitando importancia a su comentario—. En cambio, yo admiro a las mujeres que, después de… situaciones difíciles, saben rehacer su vida.

Los ojos de Mónica brillaron al instante. Antes de que pudiera responder, Alfonso intervino.

—¿Qué haces por aquí?

—Oh, ya sabes, lo de siempre. He venido con Ana —señaló a su amiga—, y vamos a tomar algo. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Laura está jugando con sus amigos. Blanca y yo la hemos traído.

Mónica miró hacia allí, fingiendo interés.

—Encantador. No sabía que fueras tan protector.

Blanca, que había permanecido en silencio hasta ese momento, decidió que era suficiente.

—Es una de las cosas que más admiro de él. Y lo cariñoso que es con la gente que quiere —dijo.

Se inclinó hacia Alfonso y se colgó de uno de sus brazos, mientras se lo acariciaba con los dedos de su otra mano. Fue un gesto deliberado, pero no excesivo. Lo suficiente para captar la atención de Mónica—.

Aunque los miró desconcertada, recuperó su compostura.

—¿En serio? No recuerdo que Alfonso tuviera ese tipo de cualidades cuando estábamos juntos.

—Quizás no supiste verlo —replicó Blanca, sin perder la sonrisa. Su tono era dulce, pero sus palabras llevaban veneno—. Tengo entendido que en tu vida había ciertos intereses que no lo incluían a él.

Mónica soltó una forzada carcajada y desvió la mirada hacia Alfonso.

—¿Vas a dejar que me hable así?

Alfonso, que había permanecido callado, se encogió de hombros, disfrutando del espectáculo.

—Creo que lo ha expresado muy bien.

Blanca asintió con la cabeza y clavó su mirada en la de él.

—Es un hombre maravilloso —comentó, mirándolo con fingida ternura.

Sin previo aviso, se abrazó a Alfonso. Fue un movimiento fluido y natural. Se quedó un instante quieta, con sus bocas enfrentadas apenas unos centímetros, y culminó la situación con un apasionado beso que dejó a Mónica y a su amiga sin palabras.

Alfonso no dejó traslucir su sorpresa, y respondió con pasión. Notó que su corazón se desbocaba, y apretujó el cuerpo de Blanca con un ardor que no recordaba.

Blanca, sin ningún pudor, sintió el juego de sus lenguas, y cómo el resto de su cuerpo se dejaba llevar por las sensaciones que su boca transmitía. Solo duró unos pocos segundos, lo máximo que el recato del lugar permitía, pero fue de una intensidad extrema.

Sus bocas se separaron de forma muy lenta, como si quisieran perpetuar el momento. Blanca lo finalizó con un suave pico y una sonrisa, y se giró hacia Mónica. Su rostro tenía una expresión que mostraba la confianza que en ese instante derrochaba.

—Lo siento, Mónica, pero Alfonso no es el hombre que creías conocer. —La miró con descaro y añadió—: Perdiste tu oportunidad. Ahora es la mía.

Mónica permaneció de pie, con los labios apretados y las manos aferradas a su bolso. No dijo nada, aunque sus ojos hablaron por ella. Dio media vuelta y, junto a su amiga, desapareció entre las mesas.

Blanca se sentó y respiró hondo. Alfonso, que no había dicho una palabra desde el beso, la miraba con una mezcla de asombro y diversión. Tomó asiento.

—¿Y eso? —preguntó con una maravillosa sonrisa.

Blanca se encogió de hombros, tratando de disimular el temblor en sus manos.

—No me gustan las mujeres arrogantes.

Alfonso soltó una carcajada.

—Tu método para enfrentarte a ellas, es muy efectivo.

Blanca lo miró, consciente de que se estaba ruborizando.

—No te acostumbres. Solo ha sido una… estrategia.

—¿Estrategia? —repitió él, alzando una ceja—. Pues déjame decirte que tienes un talento innato.

Blanca negó con la cabeza, intentando ocultar la sonrisa que comenzaba a asomar en sus labios.

—Ya basta, Alfonso. Esto no significa nada.

—Claro, claro. Nada de nada —dijo, pero la sonrisa en sus labios decía lo contrario.



Capítulo 6

Reflexiones tras el beso

El cálido aire del parque me envolvía, pero lo único que sentía era el escalofrío que recorría mi espalda. Me pasé una mano por el pelo, como si ese gesto pudiera ordenar el caos que había dentro de mí. Mónica ya no estaba, y Alfonso seguía sentado frente a mí, mirándome de reojo con esa sarcástica sonrisa que no lograba descifrar. ¿Satisfacción? ¿Diversión? ¿Asombro? Quizá un poco de todo.

Intenté concentrarme en el bullicio a mi alrededor, en las risas de los niños, el sonido de una bicicleta pasando, las conversaciones entre los otros padres… Era inútil. La escena se repetía una y otra vez en mi cabeza. El beso. Mi beso.

«¿Qué demonios acabo de hacer?», me pregunté.

«Ha sido la tensión», intenté convencerme. La casual presencia de Mónica, su arrogante actitud, su manera de mirarme como si no tuviera derecho a estar sentada a la mesa con él… Todo eso había encendido en mí, algo que, hasta ahora, creía bajo control. Y también estaba lo que nos había dicho Lucía, los comentarios sobre su absurda arrogancia de creer que Alfonso nunca sería feliz sin ella. «¿Quién se cree que es?». Resoplé.

Pero, si quería ser honesta conmigo misma, sabía que no solo era eso, porque desde la noche anterior no podía dejar de pensar en él. Su mirada, esa sonrisa irónica, el roce de sus labios al darme aquel inocente beso de amigos. En la mejilla, por supuesto. Había algo en él que, contra todo pronóstico, desmoronaba mis defensas. Ese hombre estaba haciendo tambalear la barrera que tanto me había costado construir. Y lo peor era que lo sabía.

Respiré hondo y traté de aclarar mi mente. Me había prometido, incluso jurado, que nunca más me permitiría sentir nada por alguien que encajara en el perfil de Rubén. Y Alfonso era, en algunas cosas, un clon de él. Atractivo, seguro de sí mismo, con ese aire de superioridad que me hacía querer odiarle… Pero, al mismo tiempo, mucho menos arrogante de lo que pensé en un principio. Ocultaba una profundidad que me intrigaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Interrumpió mis pensamientos.

—¿Estás bien? —Su voz era suave, pero cargada de intención.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos verdes fijos en los míos. Vi preocupación en ellos, pero también algo que me ponía nerviosa.

—Sí, claro. ¿Por qué no voy a estarlo? —Intenté mantener un tono normal, pero el temblor en mi voz me delató.

—No sé. Tal vez, porque acabas de besarme delante de mi ex novia. —Aunque su voz parecía indiferente, la chispa de diversión en su mirada me desarmó.

Me crucé de brazos, intentando recuperar la compostura.

—Ha sido un beso impulsivo. No lo analices demasiado.

—¿Impulsivo? —repitió, alzando una ceja—. Bueno, pues déjame felicitarte. Me ha parecido una estrategia muy agradable.

Le lancé una mirada de advertencia, pero ni se inmutó. Al contrario, disfrutaba de mi incomodidad. Maldito señorito andaluz, siempre llevándome al límite. Vio que no respondía y volvió a la carga, aunque con una maravillosa sonrisa.

—¿Crees que ha funcionado, Blanca? Porque te has quedado sin palabras —comentó con un toque burlón.

—Dímelo tú. —Me incliné hacia él, apoyando los codos sobre la mesa—. He conseguido que tu ex piense que no la necesitas. ¿No era eso lo que querías?

—Blanca… —Su voz se hizo más grave, y su sonrisa se desvaneció—. ¿Crees que eso es lo que me importa?

Le sostuve la mirada, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No lo sé, Alfonso.

Se inclinó hacia mí, y la distancia entre nosotros se redujo a unos pocos centímetros. El corazón me latía con fuerza, y me odié por ello.

—Lo único que me importa es saber por qué lo has hecho. No ha sido por Mónica, ni por mí. ¿Por qué lo has hecho?

Sentí que mi rostro ardía. Había muchas respuestas posibles, pero ninguna que pudiera decir en voz alta. La verdad era que, aunque no quisiera admitirlo, necesitaba saber qué se sentía al besarle. La idea llevaba horas rondando por mi cabeza, y, cuando tuve la oportunidad…

Pero no podía decirle eso. No debía.

—Ya te lo he dicho. Un impulso basado en una estrategia que estaba pensada para dejarle las cosas claras. Nada más. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba, pero su expresión me dijo que no me creía.

—¿Nada más? —murmuró, inclinándose un poco más—. Planificas muy rápido.

—Nada más —repetí, aunque la mentira sonó demasiado falsa.

Él sonrió, como si supiera lo que estaba pensando. Pero, en lugar de presionar más, se recostó en su silla y levantó el vermú que había pedido.

—Por las estrategias bien ejecutadas, entonces. —Alzó la copa hacia mí con un gesto despreocupado.

Lo miré durante un segundo antes de hacer lo mismo. Sabía que el juego entre nosotros crecía por momentos, y estaba aterrada.

Al brindar, nuestras miradas se cruzaron de nuevo, y dos cómplices y simultáneas sonrisas nos acompañaron mientras nuestras copas se entrechocaban. .



La comida en el cortijo transcurrió con placidez, y con Laura ocupando el centro de la

conversación, como era habitual. Mientras hundía su cuchara en su postre favorito, la niña dirigió su mirada a Blanca con entusiasmo.

—¿Sabes cuál es mi lugar favorito en la finca? —preguntó, mientras Alfonso observaba a su sobrina con una cómplice sonrisa.

—No, dime, ¿cuál es? —respondió Blanca, mirándola con cariño y dedicándole toda su atención.

—La cabaña de invierno. Es de madera y piedra, como una casita de cuento. A mamá le encantaba ir allí, siempre decía que era su lugar especial. —La niña hablaba con un brillo especial en los ojos—. Tío Alfonso, ¿podemos llevar a Blanca? Quiero que la vea.

Alfonso asintió, aunque con cierto recelo.

—Está en uno de los extremos de la finca, a más de media hora. Podríamos ir en coche, pero…

—¡No! —interrumpió Blanca antes de que él terminara—. Me gustaría ir a caballo. Tiene mucho más encanto.

—¿Y si empieza a llover? —preguntó Alfonso con una sonrisa, aunque su tono tenía un matiz de advertencia.

—Si empieza a llover, nos mojamos —contestó Blanca, encogiéndose de hombros, sin darle importancia.

Laura soltó una risa traviesa y miró a su tío con una súplica en los ojos.

—Por favor, tío Alfonso. Sé que a Blanca le va a encantar.

Alfonso suspiró, pero fue incapaz de negarse.

—Está bien. Se la enseñaré esta tarde. Pero recuerda que has quedado con Irene y su madre para ir al cine, así que Blanca y yo iremos solos. Además, no puedes montar a caballo.

Laura asintió con energía, emocionada por la idea de que Blanca conociera el lugar que tanto significaba para ella. «Debe ser un lugar lleno de recuerdos», pensó Blanca.

Al escuchar la mención de la madre de Laura, sintió una mezcla de curiosidad y respeto, y una primera punzada en el pecho.

La segunda fue cuando pensó que estaría a solas con Alfonso.



Cuando Irene y su madre fueron a recoger a Laura, poco después de la comida, el cielo comenzaba a cubrirse de nubes grises. Alfonso y Blanca se prepararon para salir. Los caballos estaban listos, y ella observó con aprecio la yegua blanca que volvería a montar.

—Esta era la favorita de Clara, ¿verdad? —preguntó Blanca mientras acariciaba suavemente el cuello del animal.

—Sí. Era la suya. Creo que le habría encantado saber que ahora la montas tú. —La sinceridad en la voz de Alfonso era inusual, y Blanca le lanzó una mirada cariñosa antes de montar.

—Te agradezco que lo pienses.

El camino hacia la cabaña comenzó con un ritmo pausado. El aire se iba cargando de humedad, y presagiaba la lluvia que aún se contenía. Mientras el paisaje iba cambiando, de los viñedos a un terreno más boscoso, la conversación fluyó entre ellos, oscilando entre el sarcasmo y la calidez.

—¿Siempre has sido tan competitivo, o lo has desarrollado con el tiempo? —le preguntó Blanca en tono burlón, rompiendo el silencio.

—Eso depende —respondió él, con una sonrisa que a Blanca le pareció encantadora—. ¿Me lo preguntas como rival o como aliada?

—Ni una cosa ni la otra. Solo soy una observadora imparcial, pero con cierta curiosidad.

—Entonces, digamos que siempre he tenido una ligera tendencia a querer ganar. Aunque contigo no me resulte fácil. —El tono de Alfonso era un elogio disfrazado, y Blanca no pudo evitar sonreír.

Mientras el paisaje se transformaba en colinas y árboles frondosos, la conversación se volvió más sincera y natural, y la atracción entre ellos, más palpable. Aunque Blanca intentaba ignorarlo, había algo en la manera en la que Alfonso la miraba, que la confundía.

A medida que avanzaban, el cielo comenzó a oscurecerse. Blanca alzó la vista, notando las nubes grises que se acumulaban.

—No sé tú, pero creo que nos estamos metiendo en una película de suspense. ¿No debería preocuparnos esa nube que parece querer tragarnos?

Alfonso se rio.

—¿Tienes miedo de un poco de agua?

—¿Miedo? Claro que no. Pero tampoco tengo intención de acabar empapada. Aunque imagino que para ti eso no sería un problema. Seguro que estás acostumbrado a cabalgar bajo tormentas mientras rescatas a damiselas en apuros.

—¿Te estás ofreciendo como damisela? —replicó él con una ceja alzada.

Blanca chasqueó la lengua.

—Ni lo sueñes, Benavides. Si me caigo del caballo, asegúrate de que no necesito que me rescates, porque no pienso pedírtelo.

En ese momento, las primeras gotas de lluvia hicieron su aparición.

—Esto se va a complicar. Vamos a darnos algo de prisa, ya estamos cerca —dijo, mientras ponía al trote a su caballo.

Blanca hizo lo mismo, y unos minutos más tarde, mientras la lluvia empezaba a arreciar, vio la edificación. Cuando llegaron a la cabaña, el aire olía a madera húmeda y tierra mojada. Aunque la lluvia aún no había empapado la tierra, caía con mucha fuerza. Alfonso desmontó con rapidez y se acercó a Blanca, para ayudarla.

—Puedo bajar sola —dijo ella, sujetando las riendas con firmeza.

—Estoy seguro de que puedes, pero, déjame que me comporte como un caballero —respondió, tendiéndole una mano.

Blanca vaciló un instante antes de aceptar. Alfonso la sostuvo por la cintura mientras ella deslizaba un pie al suelo. El contacto fue breve, pero suficiente para que ambos sintieran esa

chispa que surgía cada vez que estaban cerca o se rozaban.

Mientras Alfonso ataba a los caballos, Blanca se puso a correr hacia el porche y se refugió en él. Un instante después, Alfonso llegaba hasta ella.

La cabaña era preciosa, tal y como Laura la había descrito. La madera oscura contrastaba con los detalles en piedra, y las grandes ventanas dejaban entrar la luz al interior. El paisaje era maravilloso.

—Ahora entiendo por qué le gustaba tanto este lugar, —dijo mirando el entorno.

—Clara creía que este lugar es mágico. Tal vez tú entiendas por qué —dijo Alfonso mientras la guiaba hacia la puerta.

Blanca asintió en silencio. «Sí, es mágico», pensó, aunque no estaba segura de si lo decía por el lugar o la compañía. Alfonso añadió:

—Ella siempre me decía que la cabaña tenía alma —dijo, con un tono de nostalgia—. A mí también me gusta, pero no produce el mismo efecto en mí. Solo veo una casa preciosa y un paisaje idílico. Nada más.

Blanca se volvió hacia él y lo miró sorprendida.

—Quizá es porque nunca te has permitido encontrarla, Alfonso.

Él se la quedó mirando.

—Tal vez no he tenido la compañía adecuada para hacerlo —murmuró, sin apartar la mirada de ella.

Blanca sintió que su corazón latía más rápido. «Es un juego, solo un juego», se recordó.

—Si estás esperando que te ayude a conectar con el alma de la cabaña, será mejor que no cuentes conmigo. Yo soy más de escuchar mis propios silencios.

—Me encantaría compartirlos.

La frase quedó suspendida en el aire, como una invitación, un reto, o ambas cosas. Blanca desvió la mirada hacia la preciosa cabaña, e intentó recuperar el control de sus pensamientos.

«Esto está yendo demasiado lejos. Pero, maldita sea, ¿por qué me siento tan bien?».

La cabaña y el juego de seducción

Al entrar, Blanca quedó impresionada. El salón comedor, con un suelo de madera barnizada y paredes de piedra vista, estaba presidido por una chimenea que ocupaba gran parte de una de las paredes. Un sofá de piel negra, amplio y mullido, estaba colocado frente a ella, acompañado de una mesa baja de madera maciza.

La pequeña cocina office estaba equipada con utensilios sencillos, pero funcionales, y se encontraba en una esquina, separada del comedor por una barra de madera pulida. Al fondo, una puerta daba paso a la habitación, mientras que otra más pequeña indicaba el acceso al baño.

—Es preciosa —murmuró Blanca mientras pasaba los dedos por el respaldo del sofá, maravillada por los detalles—. Tiene un encanto especial.

—Fue la primera casa de mi bisabuelo. Vivió aquí cuando fundó la bodega y aún estaba soltero. Tras casarse con mi bisabuela, construyeron el cortijo —explicó Alfonso mientras se quitaba el sombrero y lo sacudía para liberar las gotas de lluvia—. A mi hermana le encantaba este lugar, y hace unos años, mi padre hizo que la reformaran.

Blanca sintió un nudo en la garganta al escuchar la mención de la hermana de Alfonso. Pudo imaginar a Clara refugiándose en este rincón, rodeada de paz.

La lluvia golpeaba con fuerza las ventanas, y el sonido del agua sobre el tejado se volvió un murmullo constante. De repente, sonó su móvil y Alfonso sacó su teléfono. Respondió a la llamada de su madre y le dijo que estaban bien.

—Estamos en la cabaña, mamá, acabamos de llegar —dijo con calma—. No te preocupes, tenemos agua y algo de comida, pero está lloviendo muy fuerte. Esperaremos a que pase el aguacero.

Cuando colgó, Alfonso se giró hacia Blanca con una sonrisa que parecía desafiar a la tormenta.

—Parece que tendremos que quedarnos un buen rato. ¿Te importa?

—No, en absoluto. Es mejor que mojarnos hasta los huesos —respondió, notando lo empapada que estaba su ropa.

Alfonso abrió un pequeño armario que había junto a la chimenea, y sacó una botella de vino. Blanca lo observó, divertida.

—¿Siempre tienes vino preparado en cualquier rincón de la finca?

—Ventajas de ser vinatero. —Le guiñó un ojo mientras dejaba la botella sobre la mesa.

—Sí, supongo que es una ventaja —respondió ella con un toque de sarcasmo.

Alfonso se acercó a la chimenea, que ya estaba preparada, y la encendió.

—Esto ayudará a que se nos seque la ropa —comentó mientras lo hacía.

Blanca pensó que no hacía frío, solo era el principio del verano, pero la calidez que daba un hogar encendido no podía reemplazarse con nada. Al fin y al cabo, el día era desapacible y el fuego crearía un ambiente romántico que los acompañaría de una forma perfecta. Le atrajo la idea.

Se sentaron en el sofá. Alfonso escanció el vino, y alzó la copa hacia Blanca.

—Por las tardes imprevistas.

—Por las tardes imprevistas —repitió ella, entrechocándolas.

Blanca tomó un sorbo, y se dejó envolver por la atmósfera que se respiraba allí dentro. El vino tenía un sabor intenso, con notas de frutos rojos y un toque especiado que dejaba un regusto muy agradable. La proximidad de Alfonso, combinada con la calidez del lugar, hacía que su mente divagara hacia terrenos peligrosos.

—¿Qué pensaría Clara si supiera que estamos aquí, bebiéndonos el vino de la familia? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Estoy seguro de que se reiría y me diría que no lo estropee —contestó él, también sonriendo. Su tono mostraba un matiz que Blanca no pudo ignorar.

—¿Estropearlo? ¿A qué te refieres?

Alfonso se giró hacia ella, apoyando un brazo en el respaldo del sofá. Sus verdes ojos brillaban con una intensidad que la hizo estremecer.

—A que no deje pasar la oportunidad de disfrutar de este mágico momento. —Su voz era grave y estaba cargada de una intención que no necesitaba explicación—. Quiero que estés bien.

Blanca sintió una inmediata atracción. Decidió que no iba a dejar que él llevara las riendas de la conversación.

—¿Y qué te hace pensar que no lo estoy? —preguntó, inclinándose un poco hacia él y sosteniéndole la mirada.

—Tengo dudas. Transmites mucho autocontrol.

Blanca soltó una carcajada y levantó una ceja.

—¿Autocontrol? ¿Eso es lo que crees? Tal vez, no me dejo llevar tan fácil como tú.

—¿Y quién ha dicho que yo me dejo llevar? —replicó Alfonso, acercándose un poco más—. Soy mucho más selectivo de lo que crees.

Blanca sintió que su corazón se aceleraba. «¿Es un desafío? Porque si lo es, está jugando con fuego», pensó mientras tomaba otro sorbo de vino para calmarse. Al igual que la noche anterior, su proximidad y sus miradas la estaban excitando.

—¿Debería sentirme halagada por estar aquí contigo? —preguntó, con un tono de voz cargado de sensualidad.

Alfonso sonrió, e inclinó la cabeza.

—Eso depende. ¿Te sientes halagada?

Blanca quiso responder con alguna réplica ingeniosa, pero el calor de la chimenea que él acababa de encender, el vino, y la intensidad de su mirada, hicieron que las palabras se quedaran atrapadas en su garganta. Clavó su mirada en la suya, soltó un suspiro y recostó su nuca en el cómodo sofá. Cerró los ojos y, al abrirlos, dijo:

—Eres insoportable, ¿sabes?

—Y tú, fascinante —contestó él sin dudar.

—Te gusta demasiado este juego —comentó, mientras volvía a mirarlo.

Alfonso sonrió.

—¿El de intentar seducirte? —preguntó, susurrando a su oído.

—Eres muy espabilado —respondió con voz entrecortada, mientras sentía crecer su excitación.

—Estoy desentrenado, Blanca. Hace demasiado tiempo que…

Se quedaron callados, pero el silencio no resultó incómodo. Conscientes de la proximidad del otro, ambos intentaban descifrar lo que había entre ellos.

El calor del fuego y la pasión

Blanca se bebió la copa de un trago, y él la imitó. Alfonso volvió a escanciar. Blanca, con la copa en la mano, sentía cómo la atracción entre ellos se hacía palpable. Cada mirada que cruzaban y cada pausa en la conversación, parecía añadir más leña al invisible fuego que ardía entre ellos.

Su mente era un torbellino: «¿Qué estás haciendo, Blanca? ¿Por qué no puedes mantener la distancia?». Pero otra voz, más impulsiva y mucho más honesta, le respondió: «¡Porque le deseas tanto como él a ti, joder!». No entendía cómo podía excitarla tanto sin haberla tocado. Sus ojos, su olor, su aliento…

Alfonso miraba a aquella mujer que le había roto los esquemas. La antipática profesora se estaba revelando como una mujer sorprendente, y con secretos muy similares a los suyos. Sus preciosos ojos azules, su oscuro y ondulado cabello, y aquellos labios que ya conocía por el intenso beso con el que le había sorprendido en la terraza del bar, lo estaban volviendo loco. «Necesito besarla, ya no puedo más», se dijo.

Antes de que pudiera iniciar el movimiento de aproximación, Blanca dejó su copa en la mesa, con una firmeza que captó la atención de Alfonso, y se incorporó. Lo hizo con un movimiento lento pero decidido. Ante su sorpresa, se colocó a horcajadas sobre él. Alfonso se quedó inmóvil, pero posó sus manos en sus caderas, como si temiera que cambiara de opinión. Con un brillo y una intensidad que hacía imposible apartar la mirada, sus ojos se clavaron en los de ella.

—¿Qué haces, Blanca? —preguntó en un susurro, con un tono de voz que no mostraba reproche, sino deseo.

—Lo que llevamos evitando desde hace días, Alfonso. Lo que deseamos los dos —respondió, casi sin aliento. Sus manos se posaron en sus hombros y sintió la firmeza de sus músculos bajo la tela de su camisa.

Alfonso no tuvo tiempo de responder. Antes de que pudiera decir nada, Blanca inclinó la cabeza, y, tras un instante de duda que pareció eterno, juntó sus labios a los de él en un beso cargado de pasión. La sensación fue inmediata: cálida, eléctrica, como si ambos hubieran estado esperando este momento desde hacía días.

Ese acto dejó atrás cualquier vestigio de prudencia. Alfonso abrió los labios, invitándola a explorar más, y Blanca aceptó sin reservas. Sus manos, que hasta entonces habían permanecido en sus hombros, se deslizaron hacia su cuello, enredándose en su cabello. La pasión entre ellos era innegable, un torbellino que los arrastraba sin remedio.

Cuando se separaron para tomar aire, sus frentes permanecieron juntas. Alfonso deslizó una mano por el costado de Blanca, deteniéndose en su cintura.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz ronca por el deseo.

Blanca lo miró, con los ojos encendidos, y esbozó una sonrisa que era mitad desafío y mitad rendición.

—¿Tú no lo estás?

Él respondió con un beso, esta vez más lento, pero igual de intenso, como si buscara saborearla. Sus manos empezaron a explorar su cuerpo con delicadeza, deteniéndose en cada curva, en cada uno de los rincones que, hasta ese momento, habían sido territorio prohibido.

Blanca sintió crecer su excitación de forma exponencial. El calor de los besos que compartían, despertaba en ella sensaciones que no recordaba. El deseo que provocaba en ella aquel insufrible señorito andaluz, la alteraba. Conseguía resucitar la pasión que creía perdida, la que solo conseguía con ella misma cuando jugaba en el interior de su bañera.

Estaba muy excitada, tanto como no recordaba, y la mano de él, que abandonó uno de sus muslos para posarse en su pecho, no ayudó a rebajar su paroxismo. Al notarlo, soltó un intenso gemido, y dio un golpe de caderas hacia él.

Alfonso sentía crecer, no solo su frenesí, sino también aquella parte de él que ya había despertado de su letargo. Notó la tensión en sus pantalones vaqueros, y los movimientos de Blanca, impulsando las caderas hacia él de forma rítmica, provocaban que el roce de sus entrepiernas se intensificara, desbordando cualquier contención.

Ella, a pesar del grosor de las telas que los separaban, percibió que la dureza de él incidía en su parte más sensible a través de las costuras. Empezó a desbocarse. Hacía tres años del decepcionante encuentro con aquel desconocido, demasiado tiempo sin estar con un hombre. Siempre sola, bajo sus sábanas, en su sofá, o en aquella bañera en la que le gustaba darse largos baños cargados de fantasías que siempre pensaba que nunca podría vivir.

Y allí estaba, con uno de los hombres más guapos que recordaba haber conocido, y gimiendo como una adolescente.

El calor de la chimenea parecía haberse duplicado y los envolvía en un ambiente casi irreal. Blanca sentía que su corazón latía con fuerza, no solo por la cercanía, sino por la intensidad de lo que estaban compartiendo. «Esto no solo es deseo, y me aterra saberlo», se dijo.

Alfonso, por su parte, estaba atrapado entre la incredulidad y la pasión. «¿Cómo puedo desear tanto a esta mujer?», se preguntó. Mientras sus lenguas danzaban unidas, le desabrochó un par de botones de su empapada blusa, y deslizó el sujetador hacia arriba, dejando libre sus pechos. Le acarició uno de los pezones, y ella lanzó un grito de placer. La suavidad de su piel, el aroma de su perfume mezclado con el humo de la chimenea… Todo en Blanca lo tenía al borde del abismo.

—Blanca… —susurró contra sus labios, como si quisiera decir algo más, pero no supiera encontrar las palabras.

—No digas nada, Alfonso —murmuró ella, cerrando los ojos y dejando que el momento hablara por sí mismo—. Solo… sigue.

Blanca apenas podía pensar. La racionalidad había quedado atrás desde el momento en que decidió cruzar aquella línea. Sus labios recorrían el cuello de él, dejando un rastro de besos que parecían quemar cada centímetro de la piel que tocaban. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntaba en un remoto rincón de su mente. La respuesta fue clara: «Lo que llevo días deseando hacer».

Alfonso la sostuvo con fuerza y la tumbó en el sofá. Se tendió a su lado. Colocó uno de sus muslos entre los de ella, y sus ojos buscaron los suyos. Blanca lo miró y se perdió en el magnetismo de su mirada. Alzó una mano, acariciando su mejilla con suavidad, sintiendo la textura de la barba bajo sus dedos.

La besó con la pasión que llevaba frenando durante demasiado tiempo, un beso que hablaba de todo lo que las palabras no podían expresar. Sus manos se deslizaron por su cintura, y acabó de desabrochar los botones de su empapada blusa, dejando al descubierto la piel de su torso.

Cuando sintió el contacto de sus labios en uno de sus pezones, Blanca cerró los ojos. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y empezó a mover la pelvis hacia él en un rítmico movimiento, frotándose con el muslo que incidía sobre su entrepierna. Percibió la erección, y la buscó con su mano. Al descubrir lo que escondía su pantalón, sintió un fuerte espasmo en la vulva y soltó un gemido que él acompañó al notar el contacto.

Alfonso se detuvo un momento para mirarla, como si quisiera grabar aquella imagen en su memoria.

—Eres preciosa, Blanca —murmuró—. Te deseo de una forma irracional.

En su tono había una mezcla de admiración y asombro que hizo que el corazón de ella latiera aún más rápido.

—Y yo a ti, Alfonso. Te he borrado de mi lista negra —respondió, con una sonrisa que pretendía ser sarcástica, pero que no pudo ocultar el temblor en su voz.

Alfonso soltó una carcajada, y se inclinó de nuevo para besarla. Fue un beso fugaz que le sirvió para argumentar:

—Tenemos la ropa empapada.

Blanca mostró una sensual sonrisa, asintió con la cabeza, y le dijo:

—Ya va siendo hora de que la pongamos a secar.

—Lo estoy deseando —respondió él.

Se levantaron del sofá y, sin dejar de besarse, se acercaron a la gruesa alfombra que había frente a la chimenea. Se quedaron en pie, y, con un rápido movimiento, se quitaron las botas de montar. Alfonso se acercó a Blanca y deslizó por sus hombros la blusa de ella, que, a su vez, desabotonó la de él y la dejó caer. La rodeó con sus brazos y soltó el cierre de su sujetador. Los pechos, generosos y con los pezones erectos, se mostraron ante él, firmes a pesar de su tamaño.

Se apartó unos centímetros y bajó la mirada hacia ellos, para observarlos. Sus ojos mostraron un destello de admiración. Ella, a su vez, no pudo dejar de notar el bulto que se formaba en su pantalón y que presagiaba una enorme sorpresa. La chispa en su mirada también resultó significativa, y él lo notó.

Juntaron sus cuerpos, y, mientras sus bocas se fundían en un cálido beso, sus manos buscaron la hebilla del cinturón de los vaqueros del otro, para descubrir lo que aún quedaba resguardado de su intimidad. Los dejaron caer al suelo.

Les faltó tiempo para desprenderse de las prendas. La más rápida fue ella, que lo hizo de pie. Alfonso se tumbó sobre la alfombra y encogió las piernas, para hacerlo, pero ella ya estaba encima de él y tiraba del pantalón para sacárselo.

Se la quedó mirando. La vio frente a él, erguida, y pensó que era una diosa. Su sensual cuerpo reunía todo lo que le gustaba de una mujer. Su pelo oscuro y ondulado, sus firmes pechos, las femeninas curvas que dibujaban aquella excitante silueta…, y aquellos preciosos ojos azules que lo miraban con un descaro y atrevimiento al que no estaba acostumbrado.

Blanca, aun con el pequeño tanga que llevaba, se sentó sobre sus muslos, en las caderas de él,

y apoyó las manos en el musculoso pecho de Alfonso, obligándolo a permanecer tumbado. Clavó sus preciosos ojos en los suyos, que se sintió intimidado con el fuego que mostraba su mirada.

Blanca incorporó su torso, y empezó a mover sus caderas hacia delante y hacia atrás, rozando su parte más sensible con la enorme protuberancia que él presentaba bajo su ropa interior. Cerró los párpados y soltó un fuerte gemido.

Alfonso, excitado por la pasión que ella mostraba, extendió los brazos y acarició sus pechos. Nada más notarlo, inclinó el cuerpo hacia él y sus bocas se encontraron. Al sentir cómo aquel émbolo friccionaba su sexo a través de las empapadas bragas, su excitación se multiplicó y se perdió en un mar de gemidos que la boca de él apenas conseguía silenciar.

Sus caderas arreciaron en sus movimientos contra él, y multiplicaron las caricias en su zona más sensible. Notó crecer su placer de forma irreversible, gimió, desatada, y, entre fuertes espasmos, tuvo un orgasmo demoledor.

Sexo en la cabaña

Mientras Blanca aún respiraba de forma agitada a un centímetro de su boca, que permaneció unida a la suya hasta el final, Alfonso apenas entendía cómo había podido reprimir el suyo. Se tuvo que morder la lengua, y apelar a un firmamento de dioses para que retuvieran el caudal que pugnaba por soltar. A pesar del ateísmo que su madre tanto le reprochaba, cuando lo consiguió, pensó que había sido un milagro divino.

Blanca, desfallecida, con sus pechos reposando sobre los de él, intentaba recuperar el aliento. Alfonso no quiso romper la magia de aquel momento, pero ella tardó casi un minuto en recuperarse lo suficiente para poder decir:

—¡Dios del amor bendito! Alfonso, esto ha sido…

—¿Maravilloso?

Blanca soltó una carcajada.

—Mejor que eso, pero no estoy acostumbrada. —Hizo un gesto con la cabeza, alzando los ojos—. Hace tres años que no… En fin, ya sabes…

Él asintió con la cabeza.

—Yo, desde hace uno —respondió.

—¿Y te has podido aguantar? —preguntó mientras abría los ojos y la boca, sorprendida—. Al final vas a ser un buen amante —afirmó mientras se reía.

—¿Eso es lo que somos ahora? ¿Amantes?

Ella afirmó con la cabeza y le mostró una sonrisa exenta de timidez. Alfonso insistió.

—¿Es cierto que me has borrado de tu lista negra? ¿A pesar de que reúno todos los requisitos para estar en ella? —preguntó orgulloso.

Blanca soltó una carcajada.

—¡Eres idiota! Pero tienes razón: te he borrado —comentó divertida—. Ya eres mi amante, y teniendo en cuenta el tiempo que llevo sin tener uno, te aseguro que te voy a exprimir.

Desplazó las caderas hacia atrás, hasta mitad de sus muslos, y dejó libres las de él. Bajó la vista hacia su entrepierna y pudo ver que su bóxer estaba mojado por la humedad que traspasaba sus bragas. Estaba adherido a un sexo de unas dimensiones que solo había visto en alguna película para adultos.

Clavó el azul de sus ojos en el verdor de los de él, y le susurró:

—Te aseguro que en… esto, no te pareces a mi exmarido. Creo que se sentiría cohibido —dijo con la voz quebrada.

Extendió la mano y se aferró a él por encima de la ropa. Notó un espasmo en su vulva y una pulsión en el miembro.

—Blanca… No sé cuánto voy a poder aguantar cuando…

—Eso no debe preocuparte. ¿Piensas que solo lo vamos a hacer una vez? Pensaba que eras más listo, vinatero.

Con su otra mano, tiró del elástico del calzoncillo, y dejó libre lo que deseaba tener dentro. Cuando cerró su mano sobre él, apenas podía abarcarlo. Pensó que, tras el largo período de

obligada castidad, y a pesar de su humedad, aquello no podría entrar.

Modificó su postura, y se acercó unos centímetros, los suficientes para rozar su punta en aquel botón que despertaba sus mejores sensaciones. Apartó el tanga, y juntó ambos sexos. Lo frotó varias veces con el suyo, exhaló un fuerte suspiro, y sus caderas empezaron a reaccionar. Cuando miró a Alfonso, este tenía una extraña mueca en el rostro y los ojos cerrados. Necesitaba hacerlo suyo. Le preguntó:

—¿Tienes protección?

Alfonso la miró con una extraña mezcla de asombro y decepción.

—Es lo primero que me meto en el bolsillo cuando se me ocurre ir a montar a caballo: ¡coger una caja de condones! —le dijo con ironía.

—¿¡No tienes!? —preguntó, gritó…

—¡No, coño! ¿Quién me iba a decir a mí que…?

Blanca abrió los ojos como platos.

—Ahora me doy cuenta de que tienes razón, Benavides: estás desentrenado.

—Ya te lo he dicho, profesora —dijo compungido—. Pero hay otras formas de…

—¡Soy un reloj! —le cortó Blanca.

Él la miró sin entender. Las sensaciones no le dejaban pensar. Ella, de forma cadenciosa, continuaba frotando sus sexos.

—¿Qué quieres decir? No es el mejor momento para hablar de tecnología.

—Pues que la regla me bajará en un par de días. Es muy difícil que… ya sabes.

—¿Estás segura? —inquirió esperanzado.

—¡Coño!, ¿¡tú estás tonto!? ¿No te he dicho que soy un reloj?

—¿Entonces…? —casi suplicó él.

—No hay peligro —respondió, convencida y con la voz entrecortada, acariciándose con la punta de aquel prodigioso miembro.

Lo miró, pidiendo su aprobación. En aquel momento, Alfonso le habría regalado la luna si se la hubiera pedido. Asintió, y ella inclinó su cuerpo hacia él. Se puso a cuatro patas y apoyó su frente en la suya. Elevó las caderas, para que el espacio fuera suficiente, y colocó el émbolo en su entrada.

Alfonso miró sus preciosos ojos azules, y la vio fruncir el ceño y abrir la boca cuando se dejó caer, con prudencia, y empezó a entrar en ella. Se sintió atrapado por aquel húmedo y estrecho conducto. Soltó un gemido, que ella acompañó. Sabía que no podría aguantar mucho, estaba demasiado excitado.

—Blanca… No podré…

Ella no dijo nada, no intentó que él se contuviera. Se dejó caer del todo, y, cuando entró hasta el fondo, lanzó un grito. Alfonso sujetó sus glúteos, y ella empezó a cabalgarlo de forma creciente. Treinta segundos más tarde, mientras experimentaba un desmesurado segundo orgasmo, escuchó los gritos de él, simultáneos a los suyos, y sintió los chorros de su esencia impactando en su interior.

Se quedaron desfallecidos, abrazados.

Pasó más de un minuto antes de que ninguno de los dos se pudiera recuperar. Permanecieron tumbados sobre la alfombra, con el sonido de la lluvia como única compañía. Al recuperar la normalidad, Blanca se acurrucó contra el pecho de él, sintiendo el ritmo ya tranquilo de su respiración. Él acariciaba su cabello, en silencio, como si no quisiera romper el hechizo de aquel momento.

—¿En qué piensas? —preguntó ella en voz baja, temiendo la respuesta.

Alfonso sonrió, y beso su frente con cariño.

—En que no tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí, pero no me arrepiento de nada.

Blanca cerró los ojos, dejando que sus palabras la envolvieran como una cálida manta. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió no pensar en el pasado ni en el futuro. Solo en el ahora, en aquel hombre que la hacía sentir viva de nuevo.

En aquel momento, ya no existían heridas ni barreras. Solo estaban ellos, el calor de la chimenea y la pasión que habían dejado libre



Capítulo 7

La excusa perfecta

Mientras el crepitar del fuego seguía llenando la cabaña con su cálido sonido, Blanca seguía recostada sobre el pecho de Alfonso. Sus dedos dibujaban círculos en su piel, mientras ambos disfrutaban del silencio tras el desborde de emociones. El mundo se había reducido a aquella pequeña cabaña, al calor del fuego y a la cercanía de sus cuerpos.

Hasta que el sonido del móvil de Alfonso rompió el hechizo. Blanca suspiró con resignación y levantó la cabeza, justo cuando él alcanzaba el dispositivo que estaba en la mesa cercana.

—Es mi madre —dijo, mostrando la pantalla.

Blanca sonrió, notando un leve brillo de nerviosismo en los ojos de Alfonso mientras deslizaba el dedo para responder.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

La voz de Macarena llegó clara desde el otro lado de la línea.

—Solo quería saber si estáis bien, hijo. Aquí ya ha dejado de llover, y me preguntaba si la lluvia por allí sigue igual.

Alfonso se levantó, y echó un vistazo por la ventana. Las gotas de agua resbalaban por los cristales, pero la tormenta había cesado. El cielo estaba gris, pero tranquilo. No obstante, una chispa traviesa cruzó por su mirada.

—Aquí sigue lloviendo fuerte, mamá. Es mejor que nos quedemos un rato más, tal vez una hora. No parece que vaya a parar.

Blanca lo miró sorprendida, pero su expresión se transformó en una mezcla de picardía e incredulidad. Se incorporó un poco, apoyándose en un codo, y le dirigió una mirada cómplice. Negó con la cabeza, cerró el puño, y abrió dos dedos en forma de V, indicando un dos.

Alfonso le lanzó un beso y asintió con la cabeza, pero no perdió el hilo de la conversación con su madre.

—¿Estáis seguros de que está tan mal? —insistió Macarena—. Aquí parece que el sol quiere salir.

Alfonso la tranquilizó con un tono despreocupado.

—No te preocupes, mamá. Está muy encapotado. No te extrañes si tenemos que estar más tiempo, tal vez, un par de horas, para asegurarnos. Si se hace muy tarde, nos haremos unos sándwiches.

Blanca ahogó una risa y se dejó caer de nuevo sobre la alfombra, mordiéndose el labio para no soltar una carcajada. «Dos horas… ¡Dios del amor bendito!». Tenía muy claro en qué iban a ocupar ese tiempo. La escuchó decir:

—De acuerdo, hijo. Cuidaos. Avisadme cuando volváis.

—Claro, mamá. Hasta luego.

Cuando Alfonso colgó, se giró hacia Blanca, y se encontró con su mirada burlona.

—Dos horas, Benavides —comentó, susurrando las palabras con toda la sensualidad que pudo.

Él se dejó caer junto a ella, y se recostó en los cojines de la alfombra.

—¿Qué piensas hacer durante esas dos horas? —preguntó Alfonso, inclinándose hacia ella con un destello divertido en sus ojos—. ¿Leer un libro junto al fuego? ¿Resolver un crucigrama?

Blanca le lanzó un cojín, que él esquivó con facilidad.

Alfonso alargó la mano, y capturó la muñeca de Blanca, acercándola hacia él. Los ojos azules de ella no necesitaban palabras para expresar lo que pensaba.

—Creo que ya sabes lo que pienso hacer, guapo.

—¿Siempre eres tan predecible? —murmuró, inclinándose hasta que sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia.

Al escuchar el tono grave y profundo de su voz, sintió un escalofrío recorrer su espalda. «Este hombre va a ser mi perdición». pensó, pero no pudo ignorar la oleada de deseo que la invadió al tenerlo tan cerca. Sonrió y deslizó una mano por su cintura.

—¿Predecible? Solo cuando estoy muy segura de lo que quiero.

Cerró los ojos y dejó que la cercanía de él la envolviera. Cuando volvió a abrirlos, su determinación brillaba tanto como la traviesa chispa en los de Alfonso.

—No perdamos el tiempo, Benavides. Tenemos dos horas, y te advierto que soy bastante exigente.

Alfonso soltó una carcajada y sus labios se juntaron en un beso que prometía que esas dos horas serían inolvidables.

En los campos, el cielo seguía gris, pero dentro de la cabaña, el mundo se llenó de fuego y pasión.

El regreso al cortijo

El camino de vuelta al cortijo transcurrió con el suave traqueteo de los caballos Blanca y Alfonso intercambiaban miradas furtivas, como si ambos estuvieran intentando descifrar los pensamientos del otro.

Alfonso rompió el silencio.

—¿Entonces? —preguntó, sin apartar la vista del camino—. ¿Qué hacemos con esto?

Blanca, que había estado perdida en sus pensamientos, levantó la vista hacia él, desconcertada.

—¿Esto? —repitió, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

Alfonso esbozó una media sonrisa.

—Blanca, no me vengas con evasivas. Lo que ha pasado en la cabaña no es algo que podamos ignorar.

Mientras jugueteaba con las riendas de su caballo, Blanca soltó un suspiro. «Tiene razón. Ignorarlo sería absurdo, pero enfrentarlo también parece una locura».

—No sé, Alfonso. Esto es complicado. Tú y yo… somos tan diferentes. Además, está Laura, está tu madre, está… todo. ¡Joder!

Él la miró de reojo, con un destello de determinación en sus ojos.

—Deberíamos ser honestos. Laura y mi madre deben saberlo. No quiero que esto se convierta en algo clandestino, como si fuera algo de lo que avergonzarse.

Blanca se quedó en silencio, reflexionando. «¿Honesto? ¿Cómo se supone que lo explicamos sin que parezca precipitado? ¿Y si no es más que un espejismo?».

—¿Y qué les decimos? —preguntó, girando la cabeza hacia él—. ¿Que decidimos dejarnos ir en mitad de un aguacero? ¿Que pasamos de la discusión al sofá en un parpadeo?

Alfonso se rio, aunque el tono de su voz sonó más serio de lo que quiso aparentar.

—Algo así, pero no hacen falta tantos detalles, ¿no crees? No me parecen necesarios.

Blanca estaba nerviosa. y no pudo reprimir una carcajada.

—Tal vez deberíamos esperar un poco antes de anunciar nada. Vamos a ver cómo evoluciona todo —sugirió, tratando de encontrar un punto medio.

—Es una opción —admitió Alfonso—. Aunque no soy muy bueno con los secretos.

«Claro que no. Eres un hombre demasiado directo. No te andas con rodeos», pensó Blanca, sintiendo una mezcla de admiración y desconcierto.

Al llegar al cortijo, la silueta de Laura apareció en el porche, apoyada en su muleta.

—¡Por fin! ¡Habéis tardado mucho! —exclamó, acercándose a ellos en cuanto desmontaron.

Mientras Alfonso la ayudaba a bajar del caballo, Blanca le dedicó una sonrisa.

—Hola, pequeña. ¿Qué tal lo has pasado? —preguntó Blanca, acariciándole el cabello.

—¡Genial! —respondió Laura, con la misma energía de siempre—. ¿Sabes qué? Irene y su mamá me han invitado a su apartamento en la playa. Quieren que vaya desde el miércoles hasta el domingo.

Blanca intercambió una mirada rápida con Alfonso, quien arqueó una ceja, divertido por el entusiasmo de la niña.

—Eso es fantástico, Laura —dijo Blanca, agachándose un poco para quedar a su altura—. Seguro que te lo vas a pasar genial. Pero ¿ya sabes que no te podrás bañar?

—Sí, la mamá de Irene me lo ha dicho —dijo sin darle mucha importancia—, pero podré jugar en la arena, y hacer castillos.

Blanca miró a Alfonso y este no parecía demasiado convencido. Le hizo un gesto con la cabeza, y él asintió en silencio. Escuchó a Laura de nuevo.

—Quiero que tú vengas conmigo, Blanca. ¡Por favor! —exclamó Laura, con los ojos brillantes de emoción.

Blanca titubeó, mirando a Alfonso de nuevo, en busca de su aprobación. Pero él, para su sorpresa, intervino con firmeza.

—Creo que Blanca debería quedarse aquí, Laura. Así podrá descansar un poco.

—¡Pero tío Alfonso! Blanca también necesita vacaciones, y la playa es preciosa. Por favor, por favor… —insistió la niña, tirando del brazo de Blanca.

Antes de que Blanca pudiera responder, Macarena apareció en la puerta. Su sonrisa dejaba entrever que estaba al tanto de algo que resultaba más que evidente. Decidió intervenir, con un tono calmado pero persuasivo.

—Laura, cielo, Blanca ha estado muy ocupada cuidándote. Quizás es el momento de que se tome un respiro aquí, ¿no te parece?,

Laura frunció el ceño, cruzando los brazos.

—Pero si no viene, no será lo mismo…

—Tendrás a tus amigos allí —dijo Alfonso, agachándose para mirarla a los ojos—. Y Blanca estará aquí esperándote cuando vuelvas.

Blanca observó la escena, sintiéndose agradecida por la intervención de Macarena. Pero al mismo tiempo, no podía ignorar el leve rubor que ascendía por sus mejillas bajo la mirada cómplice de la madre de Alfonso. «Sabe algo. Estoy segura de que lo sabe». pensó, mientras intentaba mantener la compostura.

Al final, Laura cedió, aunque lanzó una última mirada suplicante a Blanca.

—Vale… pero solo si me prometes que, cuando vuelva, estaremos juntas todo el tiempo.

Blanca sonrió y asintió.

—Prometido.

Mientras Laura volvía a la casa, Alfonso se giró hacia Blanca con una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, parece que Macarena está de nuestro lado.

Blanca lo miró a los ojos, y no pudo evitar reír.

—Lo está, y eso aún me pone más nerviosa.

Alfonso se inclinó hacia ella. En un tono juguetón, le susurró:

—Entonces, ¿decidimos mantener el secreto un poco más? Aunque me está costando no hacer público lo obvio.

Blanca sintió un escalofrío al escuchar el matiz en su voz, pero se obligó a responder con sarcasmo para desviar la atención.

—Más te vale, Benavides. Porque si lo estropeas, juro que te arrepentirás.

Él se rio y se inclinó un poco más.

—Lo tomaré como un desafío.

Mientras se dirigían hacia la casa, Blanca no pudo evitar pensar que, mantener el secreto, iba a ser mucho más complicado de lo que parecía.

Cena con sospechas

El salón comedor del cortijo estaba iluminado con la cálida luz de las lámparas antiguas. Los platos de comida que llenaban la mesa, desprendían aromas caseros, y el ambiente disfrutaba de una tranquilidad engañosa.

El silencio inicial, solo roto por el tintineo de los cubiertos y las preguntas entusiastas de Laura sobre su próximo viaje a la playa, se convirtió en un incómodo preludio de lo que estaba por venir.

—Es curioso lo de la tormenta de esta tarde —comentó Macarena, cortando un trozo de carne con precisión—. He hablado con Matías, el dueño del cortijo cercano a la cabaña, y me ha dicho que allí había dejado de llover hacía más de dos horas.

Aunque lo hizo con calma, como si lo estuviera esperando, el comentario hizo que Alfonso levantara la vista de su plato. Blanca, en cambio, sintió que el rubor subía a sus mejillas. «Esto empieza mal. Muy mal», pensó mientras clavaba la vista en su copa de vino.

—¿Ah, sí? —respondió Alfonso, fingiendo indiferencia—. Pues nosotros no vimos que parara. Hasta poco antes de que volviéramos, estuvo lloviendo con fuerza.

—Qué raro —dijo Macarena, con una sonrisa sarcástica—. Matías me ha dicho que incluso estuvo paseando, porque salió el sol. No sé, la cabaña no está tan lejos como para que el tiempo cambie tanto.

Blanca tomó un sorbo de vino, esperando que el líquido apagara el nerviosismo que amenazaba con delatarla. Alfonso, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, mirando a su madre con una expresión serena.

—El clima en esta zona es caprichoso, mamá, ya lo sabes. Además, ¿quién dice que Matías no está exagerando? Seguro que ni siquiera salió de su casa.

Macarena arqueó una ceja, nada convencida.

—Matías no suele mentir, Alfonso. Y tú tampoco. Bueno, no solías hacerlo. —Lanzó una mirada rápida a Blanca, quien sintió que la incomodidad en la mesa era casi tangible.

«Esto va a acabar mal. Me conoce desde hace una semana y ya está sospechando. No se le escapa nada», pensó Blanca, mientras intentaba aparentar serenidad.

—¿Por qué tanto interés en la lluvia, mamá? —preguntó sarcástico, esbozando una leve sonrisa—. No creo que sea tan importante, ¿no?

—No lo es —respondió ella, manteniendo la compostura—. Aunque sí es interesante que os quedarais tanto tiempo allí. Supongo que no tuvisteis más remedio, ¿verdad?

Blanca se sintió como si la miraran con rayos X. Decidió intervenir antes de que Alfonso pudiera responder.

—La verdad es que la cabaña es muy acogedora, Macarena —dijo con una sonrisa nerviosa —. Me sorprendió lo bien conservada que está. Me pareció un refugio perfecto para esperar a que pasara la tormenta.

Macarena no apartó la mirada de Blanca, como si estuviera evaluando cada palabra.

—Eso está bien. Aunque me imagino que el tiempo se os hizo largo. ¿Hablaríais mucho, supongo?

—Un poco —intervino Alfonso, rescatándola—. Blanca se interesó por la historia de la cabaña. Le conté lo de mi bisabuelo y su construcción. Fue una charla tranquila, nada más.

Macarena inclinó la cabeza, como si estuviera saboreando la respuesta.

—Qué interesante. Me alegra saber que habéis compartido una tarde tan… educativa.

Blanca sintió que le faltaba el aire. «¿Por qué tiene que ser tan perspicaz? Esta mujer es un detector de mentiras con patas».

—Hablando de temas interesantes —dijo Alfonso, cambiando de tema con habilidad—. Mañana por la mañana tengo que ir a Bilbao. Una reunión importante con el distribuidor de la zona norte. Volveré el miércoles al mediodía.

Macarena alzó las cejas, sorprendida por el repentino anuncio.

—¿Tan pronto? No me habías dicho nada.

—Es una reunión que surgió de improviso. Pero no os preocupéis, todo está bajo control aquí. Blanca y Laura estarán bien acompañadas, al igual que tú. Vosotras tres sois lo único que me preocupa.

Blanca levantó la vista, atrapada por la mención de su nombre. «¿Qué se supone que significa eso? ¿Está insinuando algo delante de su madre?».

Macarena asintió, y los miró a ambos de forma alternativa.

—Espero que la reunión vaya bien —dijo, ignorando la tensión que notaba entre ellos—. Es una lástima que tengas que irte precisamente ahora.

Alfonso se rio, aunque su tono resultó enigmático.

—Es cierto. Pero hay cosas que, aunque las dejes atrás, siempre están esperándote cuando vuelves.

Blanca evitó mirarlo, pero sintió que el comentario iba dirigido a ella. «¿Dejar atrás? ¿A qué se refiere exactamente? ¿A mí? ¿A lo que ha pasado en la cabaña?».

No consiguió interpretar si era un halago o una advertencia. ¿Esperaba que estuviera allí a su vuelta, o prefería pasar página y hacer como si no hubiera pasado nada? Al fin y al cabo, él mismo le había explicado que, cuando pasó lo de Mónica, había tenido muchas relaciones fugaces.

«¿Yo también lo he sido?», se preguntó. No se lo pudo quitar de la cabeza.

La conversación fluyó con más normalidad, pero Macarena no dejó de lanzar miradas inquisitivas, como si estuviera intentando conectar las piezas de un rompecabezas. Blanca se sentía como si caminara sobre un alambre. Tenía que mantener el equilibrio, diferenciar lo que había pasado de lo que debía aparentar.

Al final de la cena, mientras recogían los platos, Macarena lanzó una última frase que dejó a Blanca y Alfonso sin palabras.

—Espero que el próximo aguacero no os pille tan desprevenidos. Aunque la cabaña es muy acogedora para resguardarse. ¿No os parece?

Blanca sintió que el rubor le subía de nuevo, y evitó responder. Alfonso, por su parte, sonrió con calma y dijo:

—No te preocupes, mamá. La próxima vez, te llevaré a ti. Así podrás juzgar por ti misma.

Macarena no respondió, pero su enigmática sonrisa, clamaba a los cuatro vientos que no se creía ni una sola palabra. Mientras subía las escaleras hacia su habitación, Blanca supo que la calma en el cortijo iba a ser efímera. «Si alguien más empieza a sospechar, esto se va a complicar, y mucho».

Reflexiones y despedidas

Lunes, 3 de julio de 2023

El lunes amaneció despejado, burlándose de las tormentas del día anterior. Blanca se despertó más tarde que de costumbre. La noche anterior le había costado conciliar el sueño. Aunque pensó en acercarse a su habitación, se sintió tan desconcertada que no lo hizo.

Tenía miedo. No quería volver a sufrir un rechazo, y no podía sacarse de la cabeza las palabras de Alfonso en la cena. «Dejar atrás…» «Siempre están esperándote». ¿Qué significaba aquello? Continuaba sin saber si tenía que sentirse halagada o inquieta.

Tras vestirse con un sencillo vestido de lino azul, bajó al comedor, donde encontró a Macarena y a Laura ya desayunando. Alfonso aún no había aparecido.

—Buenos días, Blanca —la saludó Macarena—. Hoy hace un día estupendo, sin nubes —especificó con una sarcástica sonrisa..

Blanca respondió con cortesía, intentando ocultar el nerviosismo que le provocaba enfrentarse a otra ronda de posibles insinuaciones. Laura, ajena a la tensión, hablaba animadamente sobre su próximo viaje a la playa.

—¡Blanca! ¿Sabes que Irene me ha dicho que podemos construir castillos de arena gigantes? —exclamó la niña entusiasmada, con la cara iluminada por la emoción.

Blanca sonrió y asintió, aunque su mente estaba en otro lugar. Se preguntaba si Alfonso había salido temprano o seguía en su habitación.

Como si hubiera leído sus pensamientos, apareció en ese momento, impecable, con una camisa blanca y vaqueros oscuros. Blanca se esforzó en no apartar la mirada. No quería dar la impresión de que tenía algo que esconder.

—Buenos días —saludó con su habitual tono tranquilo, aunque sus ojos se detuvieron en ella un segundo más de lo necesario.

—Buenos días, hijo. ¿Listo para el viaje? —preguntó Macarena, alzando una ceja.

—Solo me falta desayunar y despedirme de vosotras —dijo mientras se sentaba a la mesa.

Desayunaron casi en silencio. Cuando Laura acabó, Macarena le dijo a la niña que podían salir al jardín, que hacía un día precioso. Los dejaron solos.

Blanca miró a Alfonso y su expresión era seria, aunque había un atisbo de suavidad en su mirada.

—Me encantaría comentar algo contigo antes de irme —le dijo él.

Blanca asintió.

—Sobre lo que pasó en la cabaña… —empezó Alfonso, con un tono que mezclaba sinceridad y cautela—. No quiero que pienses que para mí fue algo sin importancia.

Blanca lo miró, tratando de leer más allá de sus palabras.

—¿Y qué fue? —preguntó, con toda la firmeza que fue capaz de imprimir a su voz.

Él se tomó un momento antes de responder.

—Algo que no esperaba, pero que no puedo ignorar. Aunque mi pasado pueda hacerte pensar

lo contrario, no soy alguien que se tome estas cosas a la ligera. Lo que pasó… no fue solo el momento.

Blanca sintió que su corazón latía más rápido. No esperaba que él se abriera de esa manera, y no sabía cómo responder.

—Alfonso, yo… —empezó, pero se detuvo. No sabía qué decir. Estaba muy confundida entre lo que sentía y lo que temía—. Creo que ambos necesitamos tiempo para aclararnos.

Alfonso asintió, aunque su expresión mostraba algo de frustración.

—Tal vez tengas razón. Pero quiero que sepas que no estoy jugando contigo. Y cuando vuelva, espero que podamos retomar esta conversación. —Se inclinó un poco hacia ella y clavó sus ojos en los de ella—. ¿Estarás aquí cuando regrese, esperándome?

Blanca sintió que se le secaba la garganta. No podía responder con seguridad, pero algo en la sinceridad de sus palabras la hizo asentir.

—Estaré aquí, esperando —respondió, sin aclarar el qué.

Alfonso sonrió, y dijo algo que la desarmó por completo.

—Eso es suficiente por ahora.



Cuando Alfonso subió al coche para ir al aeropuerto, Blanca lo observó desde el porche y se sintió vacía. «¿Qué demonios me está pasando?», pensó. «Se suponía que esto iba a ser una relación profesional, algo temporal. ¿Por qué todo se ha vuelto tan… personal?».

Macarena apareció a su lado, sosteniendo una taza de té. No dijo nada durante unos minutos, hasta que el coche de Alfonso desapareció por completo.

—Es un buen hombre, Blanca —dijo de repente, mirando hacia el horizonte—, pero ha sufrido mucho. No sé qué está pasando entre vosotros, pero, sea lo que sea, espero que no le hagas daño.

Blanca se quedó helada. No sabía qué responder. Solo pudo asentir, sabiendo que Macarena, una vez más, había leído más allá de las apariencias.

Cuando volvió al interior del cortijo, Laura se acercó a ella, emocionada por sus planes para el día. Pero Blanca apenas podía concentrarse. Su mente estaba llena de imágenes de Alfonso, de su sonrisa, de sus palabras, y del extraño vacío que había dejado su partida.

Confesiones bajo el sol

El cielo despejado de la tarde invitaba a la calma. Blanca y Laura estaban en la piscina y la niña le daba de comer a su muñeca, mientras Blanca la vigilaba desde una tumbona. Laura insistió en que Blanca se metiera en el agua, pero ella, con una sonrisa indulgente, decidió quedarse observándola, disfrutando de la tranquilidad.

—¡Mira, Blanca! —exclamó Laura, lanzando el flotador lejos de sí misma—. ¡Ve a buscarlo!

—¡Ni lo sueñes, traviesa! —respondió Blanca, riendo y negando con la cabeza.

El sonido de unos pasos interrumpió el momento. Lucía apareció al otro lado de la terraza, vestida con una blusa blanca y unos pantalones cortos. Llevaba unas gafas de sol que se quitó al verlas.

—¡Hola, chicas! —saludó con un aire animado, dejando su bolso en una silla cercana—. Parece que os lo estáis pasando bien.

Blanca le devolvió el saludo con una sonrisa y le ofreció sentarse.

—Sí, Laura me ha convencido para disfrutar de la piscina. Aunque no parece necesitar mucha compañía —comentó, señalando a la niña, que seguía entretenida con sus juegos.

Lucía se sentó en una tumbona y cruzó las piernas con naturalidad. Su mirada recorrió el espacio, como si buscara algo. Blanca no perdió la oportunidad.

—Alfonso se ha ido de viaje esta mañana —dijo con aparente indiferencia, observando la reacción de Lucía.

La veterinaria alzó las cejas y dejó escapar un suspiro.

—Sí, lo sé. Me lo comentó. A Bilbao, ¿verdad?

—Exacto —respondió Blanca, tomando un sorbo de su botella de agua. Se tomó unos segundos antes de añadir—: No sé si preguntarte, Lucía.

Ella se la quedó mirando.

—¡Cuánta intriga! Supongo que es algo sobre Alfonso. ¿Qué quieres saber?

Blanca se llenó de decisión.

—Me han llegado rumores sobre él, de su vida tras lo de Mónica. Nada muy claro, solo cuchicheos. ¿Es cierto que salía mucho de fiesta?

Lucía la miró con cierta sorpresa, pero también con un brillo de interés en sus ojos.

—¿Quién no lo haría después de algo así? —respondió, encogiéndose de hombros—. Fue un golpe muy duro para él, Blanca. Se refugiaba en las fiestas y… bueno, digamos que nunca le faltaron opciones. Las mujeres siempre han perdido la cabeza por él, yo la primera —dijo, soltando una carcajada—. Es guapo, un hombre de éxito, y tiene ese aire misterioso que nos vuelve locas.

Blanca arqueó una ceja, intentando mantener un tono indiferente.

—¿Y eso no te molestaba? Tú misma has dicho que sois muy amigos.

Lucía soltó una risita, aunque había un matiz de incomodidad en su expresión.

—Por supuesto que sí. Estaba celosa, aunque nunca lo admitiría frente a él. Pero sé lo que hay

entre nosotros, él siempre se encarga de repetirlo. Siempre hemos sido solo amigos, aunque… —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. A veces, cuando me miraba, me hacía dudar. Había algo en sus ojos, como si me viera de una forma diferente. Pero nunca pasó nada.

Blanca sintió una extraña mezcla de alivio y curiosidad.

—¿Y ahora? —preguntó, intentando parecer indiferente—. ¿Sientes lo mismo?

Lucía la observó detenidamente, como si tratara de leer algo en su rostro.

—No, Blanca. Creo que esas miradas ya no son para mí. —Su tono era dulce, pero había un trasfondo de melancolía en sus palabras—. Diría que hay otra que ha captado su atención.

Blanca sintió cómo se le tensaba el cuerpo, pero intentó mantener una expresión neutral.

—¿Qué quieres decir con eso?

Lucía sonrió y se inclinó un poco hacia ella.

—Oh, vamos, Blanca. No hace falta ser un genio para verlo. Alfonso te mira de una forma que no había visto en años. ¿Te gusta?

Blanca abrió los ojos con fingida sorpresa, pero el leve rubor que subió a sus mejillas la traicionó.

—Eso es absurdo, Lucía. Apenas lo conozco, y somos demasiado diferentes.

Lucía le mostró su mejor sonrisa.

—Eso no responde mi pregunta.

—Porque no hay nada que responder —insistió, evitando su mirada mientras tomaba otro sorbo de agua.

Lucía soltó una carcajada, divertida por la evidente incomodidad de Blanca.

—Como quieras. Pero te lo advierto: Alfonso no es fácil. Si te gusta de verdad, sigue adelante, pero piénsalo bien. No quiero que le vuelvan a hacer daño.

Aunque su corazón latía con fuerza, Blanca frunció el ceño. Pensó que era la segunda persona que le decía lo mismo. Sabía que Lucía había tocado un punto que ella misma intentaba ignorar. «¿Me gusta Alfonso?». Pensó que la idea era demasiado obvia, incuestionable.

En la mente de Blanca

La tarde del lunes pasó como un suspiro, una sucesión de momentos cotidianos que, de alguna manera, lograban calmar la maraña de pensamientos que tenía en la cabeza. Laura, con su energía inagotable, la había mantenido ocupada entre juegos en el parque, conversaciones con Irene y su madre, y una vuelta tranquila al cortijo. Pero, al caer la noche, cuando todo estaba en calma, los pensamientos volvían a llenar los silencios.

Blanca se sorprendió a sí misma reflexionando sobre lo cómoda que se estaba sintiendo con Macarena. Desde su llegada, la mujer había sido amable, aunque siempre con ese toque reservado propio de alguien que analiza todo antes de abrirse del todo. Pero algo había cambiado. «¿Es cosa mía, o su trato es más cercano?», se preguntó. Suponía que ese cambio tenía mucho que ver con Alfonso. O, mejor dicho, con lo que Macarena veía entre ellos.

«¿Tan evidente es?». Blanca se llevó una mano a la frente, tratando de organizar sus ideas. La convivencia en el cortijo era más familiar, como si hubiese pertenecido a aquel lugar desde siempre, pero ese pensamiento la inquietaba tanto como la reconfortaba.

Macarena la miraba diferente, con una mezcla de calidez y curiosidad que la desarmaba. Como si la mujer ya hubiese sacado sus conclusiones sobre lo que pasaba entre ella y Alfonso. Y Blanca no podía negarlo. «¿Qué es lo que está viendo Macarena? ¿Son nuestras miradas? ¿Algún gesto que delata lo que aún no hemos definido?». Blanca sentía que la relación con Alfonso era un huracán de emociones que la había cogido por sorpresa, y lo peor de todo es que estaba lejos de disiparse.



Martes, 4 de julio de 2023

El martes transcurrió con una rutina similar: paseos con Laura, conversaciones en el parque, y pequeños momentos en los que Blanca pudo desconectar de sí misma. Pero, al anochecer, con la casa en silencio, se encontró sumida en los pensamientos que intentaba evitar. Alfonso ocupaba cada rincón de su mente, y por más que quisiera convencerse de que todo había sido un arrebato, sabía que no era cierto.

«Alfonso… ». Cerró los ojos un momento, evocando su rostro. Aquel hombre que le parecía el compendio de la arrogancia y la frialdad, ahora se presentaba ante ella como alguien muy diferente. Era sensible, muy apasionado y, sobre todo, adoraba a Laura. Eso era imposible negarlo.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó mientras negaba con la cabeza. «Esto no entraba en mis planes. No aquí, ni ahora, y, por supuesto, no con él». Pero, cuanto más intentaba negarlo, más evidente era. Alfonso la atraía, y no solo físicamente, sino de una forma que nunca había conocido. Lo que llegó a experimentar por Rubén era un juego de niños comparado con lo que ahora sentía por él.

Al principio, solo vio a un hombre muy seguro de sí mismo, casi demasiado, y con una actitud que le resultaba insoportable. «Un arrogante señorito andaluz», se repetía. Pero, poco a poco, su

forma de verlo había cambiado. Ahora le parecía alguien vulnerable, con cicatrices que trataba de ocultar, pero que estaban ahí. Y eso la desarmaba.

—Esto no tiene ningún sentido… —murmuró en la penumbra de su habitación, pero el recuerdo de lo ocurrido en la cabaña la hizo estremecerse—. ¿Qué tengo que hacer?

No tenía respuestas, pero una cosa era cierta: Alfonso ya no era el hombre que había creído conocer al principio. Era mucho más. Y eso era lo que la aterraba.

Invitación inesperada

Miércoles, 5 de julio de 2023

La luz del miércoles por la mañana inundaba el salón del cortijo, donde Blanca, Macarena y Marisa compartían una tranquila taza de té. Marisa, una mujer enérgica y elegante, de cabello plateado, perfectamente recogido y con una voz que transmitía autoridad y simpatía a partes iguales, estaba poniéndolas al día sobre los preparativos de la fiesta del Consejo Regulador de los Vinos de Jerez.

—Esta noche todo el mundo estará allí, Macarena —comentó Marisa mientras daba un sorbo a su té—. La fiesta no sería lo mismo sin Alfonso. Sabes que es una figura importante para los productores de la región, en especial por todo el trabajo que está haciendo para mantener la reputación de los vinos.

Macarena asintió, pero con un gesto de resignación.

—Lo sé, pero ya sabes que a Alfonso estas cosas no le gustan demasiado, en especial desde que… bueno, ya sabes —añadió con un deje de pesar en la voz, evitando mencionar el nombre de Mónica—. No obstante, creo que han cambiado algunas circunstancias —añadió Macarena con una sonrisa cómplice, mirando de reojo a Blanca.

Blanca, que escuchaba en silencio mientras revolvía su té, levantó la vista al escuchar la indirecta. «Ya estamos con las insinuaciones», pensó, tratando de mantener su rostro impasible.

Marisa se giró hacia Blanca, quien empezó a sentirse como el centro de atención de un espectáculo que no había pedido protagonizar.

—Blanca, cariño, ¿por qué no lo acompañas? —sugirió Macarena con una naturalidad desconcertante.

Blanca casi se atraganta con el té. Dejó la taza sobre el platillo con cuidado, mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Yo? No sé si eso sería una buena idea… además, está Laura. No puedo dejarla sola toda la noche.

—Por favor, no digas tonterías —intervino Macarena, sonriendo con dulzura—. Teresa puede ocuparse de la niña. Siempre lo ha hecho. Además, tenemos el intercomunicador. Si pasara cualquier cosa, puedes volver enseguida.

—Pero… —intentó protestar Blanca, buscando una salida rápida—. No sé si a Alfonso le apetecerá que le acompañe. Quizás tenga otros planes, o prefiera ir con… otra persona.

El silencio que siguió fue tan elocuente que Blanca deseó no haber dicho nada. Macarena la miró con las cejas alzadas, como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—¿Otra persona? —repitió Macarena con incredulidad—. Blanca, por favor. Conozco a mi hijo mejor que nadie. Si eso fuera así, ya me lo habría dicho. Y créeme, no hay ninguna otra persona a la que quiera llevar esta noche. —Giró la cabeza hacia Marisa, y le dijo—: Ya hablaré con él.

Blanca sintió cómo el color subía a sus mejillas. Les dijo:

—De todos modos, igual no quiere ir, o no está de acuerdo en que vaya yo.

Mientras Macarena negaba con la cabeza, divertida, Marisa soltó una risita. Le dijo:

—Habla con él, Blanca, por favor. Si tiene que ir solo, no irá, porque no le gusta ir a este tipo de eventos. Ya no. Estoy segura de que tú eres la mejor compañía que podría llevar. No tendrás que insistir demasiado.

Blanca bajó la mirada hacia su taza, revolviendo el té como si en el líquido pudiese encontrar la respuesta que necesitaba.

—¿Qué me dices, Blanca? —insistió Macarena—. Te aseguro que es importante para Alfonso y para el cortijo. Solo será una noche, y Laura estará bien.

Blanca suspiró, sin encontrar ninguna excusa. «¿Qué puedo decir? Si me niego, parecerá que estoy huyendo».

—Está bien, Macarena. Lo hablaré con Alfonso —dijo.

Marisa sonrió y levantó su taza de té en un gesto de aprobación.

—¡Qué bien! Además, una fiesta de este tipo siempre tiene su encanto. Estoy segura de que te divertirás más de lo que crees.

Blanca trató de devolverle una sonrisa, aunque por dentro se sentía como si hubiese caído en una trampa cuidadosamente preparada. «¿Divertirme? Me daré por satisfecha si logro sobrevivir a esto sin que Alfonso y yo acabemos siendo el centro de todas las miradas».



Capítulo 8

Una invitación

La biblioteca del cortijo, bañada por la luz matutina, era un refugio de tranquilidad. Laura estaba sentada en el suelo y ensamblaba las piezas de un colorido puzle. con entusiasmo. Blanca, sentada a su lado, la ayudaba, aunque sus pensamientos estaban lejos, dando vueltas a las insinuaciones de Macarena sobre la fiesta y los recuerdos de los últimos días.

El sonido de los firmes pasos de Alfonso interrumpió la calma. Apareció en la puerta, con una sonrisa relajada y un brillo en los ojos que Blanca no le había visto antes.

—¡Tío Alfonso! —gritó Laura, dejando las piezas de lado y abrió los brazos, para abrazarlo. Él la alzó con facilidad y la giró en el aire, haciendo que la niña estallara en risas.

—¡Vaya bienvenida! Creo que tendré que irme más a menudo para que me recibas así —bromeó, mientras dejaba a Laura en el suelo y sus ojos se encontraban con los de Blanca. Ella le devolvió una leve sonrisa, tratando de ocultar el nerviosismo que le provocaba la conversación pendiente.

—¿Qué tal la reunión? —preguntó Blanca, recogiendo una pieza del suelo y fingiendo interés por el puzle.

—Muy bien. Productiva y rápida. Todo ha salido como esperaba —contestó Alfonso, sin apartar la mirada de ella.

Laura tiró de la manga de su camisa, reclamando su atención.

—Tío Alfonso, después de comer me voy a la playa con Irene y sus papás. ¡Voy a hacer castillos de arena! —anunció emocionada.

—¿Ah, sí? ¿Y ya has hecho la maleta? —preguntó él, acariciándole el pelo.

—No, pero Blanca me ayudará, ¿verdad? —dijo la niña, mirando a Blanca con ojos brillantes.

—Claro que sí —respondió, con una sonrisa que ocultaba lo mucho que le inquietaba la conversación con Alfonso.

En ese instante, apareció Macarena en la puerta, con su habitual elegancia. Alfonso se acercó a ella y la besó.

—Marisa ha estado aquí esta mañana —le dijo—. Me ha recordado que esta noche es la fiesta del Consejo Regulador. Le he pedido a Blanca que te acompañe.

Blanca sintió cómo Alfonso desviaba su atención hacia ella, buscando confirmación.

—¿Es cierto? —preguntó, con un destello de curiosidad en sus ojos.

Blanca asintió con timidez.

—Macarena me lo ha sugerido, pero… —hizo una pausa, mirando a Alfonso directamente—. Creo que antes deberíamos hablarlo.

Macarena, satisfecha con la respuesta, sonrió de forma discreta.

—Estoy segura de que no habrá problema. Os dejo para que lo discutáis —dijo, saliendo con la misma elegancia con la que había entrado.

Mientras Alfonso la miraba expectante, Blanca se levantó del suelo, y se alisó la falda con las manos.

—Laura, sigue con el puzle. Enseguida vuelvo, ¿vale? —le dijo a la niña con cariño, antes de salir de la biblioteca con Alfonso detrás de ella.



Ya en el salón, Alfonso se la quedó mirando.

—¿Qué pasa, Blanca? Te veo rara. ¿Tienes alguna duda? —preguntó con un tono que mezclaba curiosidad y desconcierto.

Blanca se giró hacia él, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Es solo que… después de todo lo que ha pasado entre nosotros, no sé si quieres que permanezca aquí —confesó, sintiendo que el corazón le latía con fuerza—. Quizás prefieres que vuelva a mi vida y deje esto atrás.

Alfonso la miró como si no pudiera comprender lo que acababa de escuchar. Dio un paso hacia ella, y redujo la distancia entre ambos.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó desconcertado, con un matiz de preocupación—. ¿Te he dado alguna razón para que lo creas?

Blanca bajó la mirada, luchando contra el impulso de evitar el tema.

—Es solo que… no sé qué significa todo esto para ti, Alfonso. Y no quiero ser una complicación más en tu vida.

Él suspiró, llevándose una mano al cabello en un gesto de frustración.

—¿Complicación? Blanca, hacía mucho tiempo que no sentía esto por nadie —admitió con la voz cargada de sinceridad—. Lo que pasó entre nosotros, en la cabaña… Para mí no fue algo sin importancia, fue real. No sé por qué tienes dudas.

Blanca alzó la vista, sorprendida por sus palabras. Sus ojos buscaban una señal que le dijera que estaba siendo sincero.

—¿Estás seguro? —preguntó en voz baja.

Alfonso se acercó aún más, quedando a escasos centímetros de ella.

—Tan seguro como de que quiero que me acompañes a esa fiesta esta noche. Pero no solo para cumplir con las apariencias, sino porque quiero estar contigo.

Blanca se sintió muy feliz.

—Está bien —dijo, regalándole una sonrisa—. Te acompañaré.

Alfonso sonrió aliviado. Se inclinó hacia ella, y le dijo:

—Entonces haremos que sea una noche interesante. Te lo prometo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curiosa, girando la cabeza y entrecerrando los ojos.

—Ya lo verás, pero te aseguro que la vas a recordar siempre.

—¿Te vas a portar bien? —preguntó preocupada.

—Al final de la noche te pediré tu opinión. Esas fiestas son un coñazo, pero estoy seguro de que te gustará lo que se me ha ocurrido —le dijo con una extraña sonrisa.

Ella no pudo evitar reír, aunque su mente seguía llena de preguntas. Y más después de aquella afirmación.

El vestido perfecto

La comida transcurrió con una tranquilidad que Blanca agradeció. Laura, emocionada por su próximo viaje a la playa, no paraba de hablar, mientras Alfonso se mostraba relajado y divertido, participando en la conversación con pequeños comentarios que hacían reír a su sobrina. Blanca notaba que la mirada de Macarena se detenía en ellos cada cierto tiempo, con una expresión que parecía analizar cada gesto.

«Lo sabe, o al menos, lo sospecha», pensó Blanca.

Cuando Alfonso se levantó para llevar a Laura a terminar de preparar su mochila, Macarena aprovechó el momento para acercarse a Blanca.

—Entonces, ¿ya sabes qué te vas a poner esta noche? —preguntó con interés.

Blanca negó con la cabeza, sintiéndose un poco abrumada.

—La verdad es que no tengo nada que sea adecuado para una fiesta como esta. No he traído ropa de ese estilo. Tendré que ir a Jerez para…

Macarena la interrumpió, y sonrió de una forma cálida, casi cómplice.

—No te preocupes por eso. Aún conservo los vestidos de Clara. Eran preciosos, y creo que podrían quedarte de maravilla.

El corazón de Blanca dio un vuelco. No esperaba una oferta así, y menos de algo relacionado con Clara, alguien que, aunque nunca había conocido, sentía que ocupaba un lugar importante en la vida de Alfonso y de toda su familia.

—¿Estás segura? No quiero… —empezó a decir, pero Macarena la interrumpió con un gesto firme de la mano.

—Por supuesto que estoy segura —le dijo con una sonrisa—. Ven conmigo.

Subieron juntas las escaleras hacia una de las habitaciones que Blanca no había visto. Macarena abrió la puerta con cuidado, como si temiese perturbar algo al otro lado. La habitación de Clara parecía congelada en el tiempo: muebles de madera clara, cortinas blancas que dejaban pasar la luz, y una atmósfera cargada de recuerdos.

Blanca observó el espacio con respeto, sintiendo un nudo en la garganta al imaginar lo que significaba para Macarena estar allí.

—Siempre he querido mantenerlo tal como a ella le gustaba —explicó, con una mezcla de orgullo y melancolía—. Alfonso también quiere que esté así. Es como un pequeño santuario para todos nosotros.

Abrió el armario y, al hacerlo, dejó al descubierto una fila de vestidos, todos perfectamente protegidos en fundas de plástico.

—Tenía un gusto exquisito para la ropa —dijo Macarena, sacando uno de los vestidos y mostrándoselo a Blanca. Era de un color rojo oscuro, elegante y con un diseño clásico—. Creo que este te quedaría precioso.

Blanca lo tocó con cuidado, maravillada por la textura de la tela, pero algo llamó su atención detrás de él.

—¿Y ese? —preguntó, señalando un vestido negro, con detalles de pedrería en el escote y un corte que parecía hecho para resaltar cada curva.

Macarena sacó el vestido con una sonrisa.

—Este era uno de sus favoritos. Lo usó en una fiesta importante, y todos hablaban de lo guapa que estaba. Creo que a ti te quedará igual de bien.

Blanca lo tomó entre sus manos, casi sin aliento. La idea de probarse algo que había pertenecido a Clara la llenaba de respeto, pero también de una extraña conexión con la familia.

—Pruébatelo. Estoy segura de que será perfecto.

En el baño de la habitación, Blanca se lo puso con cuidado. La tela del vestido se deslizó sobre su cuerpo como si estuviera hecho a medida. Cuando se miró al espejo, tuvo que admitir que nunca había llevado algo tan elegante ni tan favorecedor. Respiró hondo antes de salir.

Al verla, Macarena se llevó una mano a la boca, y sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Macarena, ¿estás bien? —preguntó Blanca, preocupada.

La mujer asintió, dejando que las lágrimas cayeran por su rostro mientras sonreía.

—Es solo que… te queda perfecto, Blanca. Es como si Clara te lo hubiera prestado, y estoy segura de que lo habría hecho. — Se la quedó mirando, y le dijo, emocionada—. Os hubierais llevado tan bien…

Blanca se sintió conmovida, pero también abrumada por la intensidad del momento. Dio un paso hacia ella y tomó sus manos.

—Gracias por confiar en mí para esto. Es un honor llevar algo que significaba tanto para ella y para ti.

Macarena asintió, apretando sus manos con fuerza.

—Eres una buena chica, Blanca, y estoy segura de que Alfonso también lo sabe.

Blanca sintió el rubor en sus mejillas, pero no dijo nada. En ese instante, las palabras sobraban.

—Entonces, ¿este será el vestido? —preguntó Blanca, intentando aligerar el ambiente.

—Sin duda alguna —respondió Macarena, mientras se secaba las lágrimas con delicadeza.

Blanca se miró al espejo una vez más, y sintió una mezcla de nerviosismo y emoción. «Esta noche va a ser más importante de lo que nunca imaginé», pensó, mientras el vestido negro reflejaba la luz suave de la habitación.

Expectativas y revelaciones

Mientras Alfonso se ajustaba el nudo de la pajarita frente al espejo, el vapor aún cubría los azulejos del baño. Aunque su reflejo le devolvía la imagen de un hombre pulcro y seguro, con cada detalle del esmoquin perfectamente colocado, le invadía una tormenta de pensamientos y emociones. «¿Qué demonios me está pasando?», se preguntó.

Desde que Blanca estaba en el cortijo, su vida había tomado un giro inesperado. Lo que en un principio consideró una simple atracción física, algo pasajero y manejable, ahora lo tenía al borde de perder el control. Jamás, ni siquiera con Mónica, había experimentado esta mezcla de deseo, admiración y… ¿qué era lo otro? ¿Esperanza?

Mónica. Su recuerdo se coló en su mente como una sombra, pero no logró nublar lo que ahora sentía. La relación que tuvo con ella fue intensa, eso no podía negarlo, pero solo estaba basada en lo físico y en la conveniencia, una relación construida sobre un pedestal tan frágil que se rompió con la inesperada traición.

En cambio, Blanca era muy distinta, en lo físico y en su forma de ser. Lo desafiaba, y al enfrentarse a él lo hacía sentir vivo. Incluso cuando lo ponía de los nervios con sus respuestas irónicas. Sonrió. Y, en ese instante, la visualizó con su bikini blanco, o desnuda frente al fuego, sobre aquella alfombra que jamás podría olvidar.

El recuerdo de la cabaña se coló en su mente con una claridad abrumadora. La sensación de su piel bajo sus manos, el calor de sus cuerpos entrelazados, sus gemidos ahogados por la lluvia que golpeaba las ventanas.

Y, por si fuera poco, el sorpresivo beso que le había dado frente a la arrogante Mónica, y cómo la había dejado en ridículo con su forma de actuar y responder. Blanca era muy inteligente, de eso no tenía ninguna duda, al igual que no la había en la belleza de su rostro, tan femenino, y con aquellos preciosos ojos azules que lo miraban con una mezcla de desafío e invitación. Cerró los suyos, permitiéndose revivir todos esos recuerdos.

Al abrirlos, su expresión era otra. Más firme, más resuelta. Más feliz.

—Vamos, Benavides. Disfruta de esta noche. Haremos que sea especial —se dijo en voz alta, mientras cogía su colonia y rociaba un poco en su cuello. El aroma familiar y masculino lo envolvió.



Bajó las escaleras hacia el salón, sintiendo la suavidad del esmoquin ajustado a su cuerpo. La finca estaba tranquila, apenas se escuchaban los ruidos lejanos del personal atendiendo los últimos detalles de la cena. Se dirigió a la pequeña bodega y descorchó una botella de vino.

Se sirvió una copa y se dejó caer en uno de los sofás de cuero negro. La luz del final de la tarde entraba a través de las ventanas, bañando la estancia con un brillo mortecino. Alfonso tomó un sorbo del vino, dejando que el líquido acariciara su paladar antes de tragárselo lentamente.

No podía dejar de pensar en cómo sería verla bajar las escaleras, vestida con uno de los vestidos de Clara. La imagen lo perturbaba y lo excitaba a partes iguales. «Va a estar preciosa.

Lo sé. Y yo voy a tener que fingir que no quiero besarla cada vez que me mire».

Mientras su mirada se perdía en la copa de vino, su mente volvía una y otra vez a esa inexplicable conexión que había surgido entre ellos. Blanca no era como ninguna mujer que hubiera conocido antes. No intentaba impresionarlo, ni se deshacía en halagos como otras. Era tan diferente que le encantaba.

«Y justo por eso me está volviendo loco», se dijo.

Suspiró y dejó la copa sobre la mesa. Por mucho que intentara disimularlo de cara a los demás, había algo en su interior que tenía muy claro: estaba completamente perdido por aquella mujer.

Ahora solo faltaba saber si ella estaba dispuesta a perderse con él.

Perdido en aquellos pensamientos, escuchó el suave eco de los tacones en las escaleras. Alzó la vista y apareció Blanca. Por un momento, Alfonso se olvidó de respirar.

El vestido de Clara, ajustado en la cintura y con una caída perfecta que rozaba el suelo, resaltaba las curvas de Blanca con una elegancia que lo dejó atónito. El tono oscuro del tejido contrastaba con la luminosidad de su piel, mientras que los sutiles destellos de su maquillaje destacaban la profundidad de sus ojos y el suave rubor de sus mejillas. Llevaba el pelo suelto, cayendo sobre sus hombros, y en su cuello lucía una sencilla cruz de oro, el único accesorio que, hasta ese momento, había considerado suficiente para cualquier ocasión.

Alfonso se levantó despacio, procesando lo que veía. «¿Cómo puede ser tan hermosa?». pensó, sin poder apartar los ojos de ella. Blanca, por su parte, notó la intensidad de su mirada y sintió un leve calor en las mejillas.

—¿Demasiado? —preguntó Blanca con un tono nervioso, alisando la falda del vestido con las manos.

Alfonso negó con la cabeza, casi sin palabras.

—Es perfecto. Tú estás perfecta —dijo con voz más grave de lo habitual.

Blanca sonrió, aunque en su interior había un torbellino de emociones. «¿Por qué me mira así? No es la primera vez que me arreglo, pero… nunca nadie me ha mirado de esta manera».

Macarena apareció desde la cocina, deteniéndose en seco al ver a Blanca.

—¡Por el amor de Dios, Blanca! Pareces una princesa —exclamó, llevándose una mano al pecho—. Clara estaría encantada de verte así —añadió, con la voz entrecortada por la emoción.

Blanca sonrió, pero el nudo que sentía en su garganta le impidió responder. Sabía cuánto significaba ese vestido, y que Macarena aprobara que ella lo usara la llenaba de gratitud.

—Antes de que salgamos, tengo algo para ti —intervino Alfonso, acercándose a un aparador donde había dejado una pequeña caja envuelta en terciopelo azul. La tomó con cuidado y se la tendió.

Blanca lo miró, confundida.

—¿Qué es esto?

—Un préstamo —respondió Alfonso con una sonrisa suave—. Ha sido idea de mi madre, pero no puedo estar más de acuerdo. Era de Clara, y ahora pertenece a Laura. Estoy seguro de que a la niña le encantaría que lo llevaras esta noche.

Blanca abrió la caja con cuidado, y se quedó sin aliento. Dentro, descansaba un delicado juego de gargantilla y pulsera con pequeños brillantes que parecían captar y reflejar cada rayo de luz de la habitación.

—Es… es precioso —murmuró, levantando la mirada hacia Alfonso.

Él asintió, acercándose un paso más.

—Lo es. Estarás preciosa con él.

Blanca sintió que el rubor subía nuevamente por su cuello. «¿Cómo puede ser tan encantador y devastador al mismo tiempo?». pensó, mientras con manos inseguras cogía la gargantilla.

—Macarena, ¿me ayudas, por favor? —pidió, sin atreverse a mirar a Alfonso mientras hablaba.

Macarena se acercó con una sonrisa. Sujetó la gargantilla y se la colocó alrededor del cuello con delicadeza.

—Perfecta —sentenció Macarena con lágrimas contenidas—. Blanca, no tengo palabras. Mi hija sería muy feliz sabiendo que alguien como tú va a llevar esto.

Alfonso cogió su teléfono y, con un gesto rápido, capturó el momento en una foto.

—Esto hay que inmortalizarlo. Laura se pondrá como loca cuando lo vea —dijo con una sonrisa orgullosa, enviando la imagen a la niña.

—Mándamela a mí también, por favor —pidió Blanca, intentando controlar el temblor en su voz.

Macarena también sacó su móvil y tomó varias fotos desde distintos ángulos, asegurándose de captar la emoción en los ojos de Blanca y la forma en que Alfonso no podía dejar de mirarla. Los hizo ponerse juntos y les hizo varias más.

Blanca bajó la vista hacia la gargantilla y luego miró a Alfonso, quien seguía de pie frente a ella. La miraba con una intensidad que la hacía sentirse vulnerable y poderosa al mismo tiempo. «¿Por qué tengo la sensación de que estoy cruzando un límite del que no podré regresar?».

Por su parte, Alfonso no dejaba de preguntarse cómo había sido capaz de mantener las distancias hasta ahora. «Si se queda mirándome así un segundo más, no seré capaz de resistirme».

—¿Estás lista? —preguntó, ofreciendo su brazo con una sonrisa que intentaba parecer tranquila, aunque su corazón estaba desbocado.

Blanca asintió, colgándose de él. Al contacto, ambos sintieron la chispa familiar que los había conectado desde el principio.

—Vamos a deslumbrar, ¿no crees? —dijo Blanca, recuperando algo de su habitual sarcasmo, aunque no podía ocultar la sonrisa en sus labios.

—Tú lo harás. Yo solo seré un tipo con suerte al que has dejado que te acompaña.

Blanca soltó una carcajada, y se encaminaron hacia la puerta, dejando a Macarena detrás. Con una sonrisa cómplice, murmuró para sí misma.

—Están hechos el uno para el otro.

Una noche para recordar

El coche de Alfonso circulaba por la carretera en dirección a Jerez. Blanca, sentada a su lado, lo observaba de reojo. Vestía un elegante esmoquin que parecía hecho a medida, y el aroma de su colonia, ese toque amaderado y masculino, inundaba el interior del vehículo. «Parece salido de una revista de chicas», pensó, mientras se ajustaba la gargantilla y se esforzaba por no parecer demasiado nerviosa.

—Estás muy callada —comentó Alfonso, mientras giraba la cabeza hacia ella.

Blanca levantó la vista, y esbozó una sonrisa.

—Estoy disfrutando del trayecto. Es una noche preciosa.

Alfonso asintió. Sus ojos brillaban con una chispa de complicidad.

—Es cierto, pero te advierto algo: esta noche va a girar en torno a ti.

Blanca arqueó una ceja, intrigada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando entres en esa terraza, todos se van a dar cuenta de que tengo la suerte de ir contigo.

Blanca sintió el calor en sus mejillas, pero decidió responder con su habitual sarcasmo para no ceder terreno.

—Es cierto. Siento celos de ti. Todos los hombres presentes pensarán que eres muy afortunado.

Alfonso soltó una carcajada.

—No tengo ninguna duda de eso. Tal vez te sorprenda, pero alguna mujer también te tendrá envidia —respondió sarcástico, y acercó una de sus manos al muslo de Blanca. Empezó a acariciarlo.

—Estoy convencida. Sé que eres muy popular entre las féminas —comentó cínica, mientras sentía que un repentino calor se apoderaba de ella.

—Eso se acabó —aseguró, mientras su mano, que acariciaba su muslo mientras hablaba, se acababa posando en la parte más sensible de ella.

Blanca soltó un gemido y abrió las piernas. Los dedos de Alfonso empezaron a presionar su pubis. Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones. Pensó que tenía una habilidad extrema para saber dónde había que incidir con más intensidad.

Notó que sus caderas tomaban vida propia, moviéndose con una ligera cadencia, y que sus pezones no podían mantenerse impasibles y se marcaban en la fina tela del vestido. Tuvo un momento de lucidez, y pensó que en ese momento le importaba una mierda no llevar sujetador, pero si le ocurría durante la fiesta, y Alfonso era especialista en despertarlos de su letargo, podía representar un problema.

El aumento de la intensidad y velocidad de la mano de Alfonso incidiendo sobre su sexo, la sacó de ese instante de reflexión. Soltó un fuerte gemido. Si él no paraba…

—Alfonso, cielo… ¿pretendes que me corra aquí? —dijo entre espasmos—. ¡Para, por favor!

«Cielo», pensó Alfonso. Era la primera vez que ella lo llamaba de esa forma. Sintió un nudo

en el pecho. Giró un instante la cara hacia su rostro y ella mostraba una mirada suplicante. Claro que le encantaría provocar su orgasmo, pero sabía que no era ni el momento ni el lugar. La noche era muy larga.

Apartó su mano con suavidad, y le lanzó un beso desde la distancia. Ella acercó su boca a la suya y lo materializaron en un rápido pico. Blanca aprovechó el momento para llevar su mano a la entrepierna de él, y soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que te hace gracia, cariño? —preguntó irónico

Tampoco a Blanca le pasó desapercibido el apelativo, y con toda la felicidad que sentía en aquel instante, le dijo:

—Que yo estaba preocupada por mis pezones, porque se marcan a través de la ropa —dijo, mientras los rozaba con sus dedos y, con su otra mano, sujetaba aquella parte de él que tensaba el pantalón—, pero espero que no te pongas cachondo durante la fiesta, porque tendremos un problema.

Alfonso se puso a reír.

—Igual nos echan de la fiesta, preciosa. Sería memorable.

—Nos comportaremos —dijo comprensiva.

—No pongas la mano en el fuego.

—¡¡Alfonso…!! —exclamó Blanca, escandalizada.

El trayecto continuó hasta que llegaron al Recreo de San Luis. Era una casa señorial jerezana del siglo XIX, rodeada de bellas zonas ajardinadas. Su fachada, de color teja, y sus muros recubiertos de hiedra, le daban un aspecto imponente. Una mezcla de arquitectura tradicional y detalles modernos que le otorgaban un aire único. En la entrada un gran cartel anunciaba el evento de esa noche.

—Es aquí —dijo Alfonso—, pero, antes de bajar, tengo otra cosa para ti.

Blanca frunció los ojos, confundida. Vio que él se llevaba la mano al interior de su chaqueta y extraía una caja alargada, muy parecida a la que contenía el juego de gargantilla y pulsera que le habían prestado. Lo miró con extrañeza.

—¿Esto es para mí? ¿Otro préstamo?

—No, esto es un regalo.

Blanca no entendía nada. Lo miró y él le hizo una seña, para que lo abriese.

Cuando lo hizo, sin tener ni idea de lo que se iba a encontrar, soltó una carcajada que él acompañó. Del estuche extrajo una tira con seis preservativos de la talla XXL. Se lo quedó mirando.

—Ya veo que has sido previsor. ¿Son todos para hoy? —le preguntó irónica.

—¡Coño, Blanca! ¿Sabes que hay seis?

—¿No te ves capaz? —le preguntó, provocadora.

Alfonso no dudó.

—Contigo, me veo capaz de todo.

—Y yo soy capaz de que lo consigas, cielo, pero, por si acaso…

Metió la mano en su bolso y sacó otros tres. Alfonso movió la cabeza de lado a lado.

—¿Sabes que estás loca? —dijo, mientras se le escapaba la risa.

—Lo sé, cielo: ¡por ti!

La carcajada de ambos fue una explosión de felicidad.

Alfonso bajó del coche y rodeó el vehículo, para abrirle la puerta a Blanca. Ella aceptó su mano para bajar, y cuando sus ojos se encontraron, ambos sintieron esa chispa familiar que había estado presente desde la cabaña.

—Gracias. Eres todo un caballero —murmuró, intentando no concentrarse demasiado en cómo su tacto la hacía sentir.

—Solo esta noche. No te acostumbres —respondió Alfonso con una pícara sonrisa.

Caminaron hacia la terraza principal, donde el evento ya comenzaba a llenarse de invitados. El lugar era espectacular: largas mesas decoradas con manteles negros, y centros de mesa con arreglos florales, en tonos dorados y blancos. Las luces colgaban de las guirnaldas que cruzaban la terraza, y creaban un ambiente íntimo y sofisticado. La música suave de un cuarteto de cuerda flotaba en el aire, añadiendo un toque elegante al ambiente.

—Es impresionante —dijo Blanca mientras observaba los detalles, desde las sillas blancas perfectamente alineadas hasta los camareros que circulaban con bandejas de aperitivos.

—Lo es. Pero esta noche, nada aquí lo será tanto como tú —comentó él.

La entrada de Alfonso y Blanca no pasó desapercibida; las conversaciones disminuyeron un poco mientras las miradas se dirigían hacia ellos. Alfonso, vestido de forma impecable y con su innata seguridad, y Blanca, radiante con el vestido de Clara. Formaban una pareja que llamaba la atención.

Marisa, al verlos llegar, se apresuró a recibirlos con una sonrisa sincera.

—¡Por fin! ¡Qué alegría veros aquí! —dijo. Les dio dos besos, y luego se volvió hacia Blanca —. Y tú, preciosa, estás espectacular. Alfonso tiene buen ojo.

Blanca sintió cómo el calor subía a sus mejillas, pero sonrió con timidez.

—Gracias, Marisa. Todo esto es impresionante —dijo con admiración.

—Tú también, Blanca, te lo aseguro. Solo hay que ver cómo te miran —comentó con picardía, mirando a algunos de los hombres que estaba allí.

Marisa no perdió tiempo y, mientras Alfonso se alejaba unos metros para saludar a un grupo de hombres, tomó a Blanca del brazo con familiaridad.

—Ven conmigo, quiero presentarte a algunas personas. Están deseosas de conocerte.

Blanca, un poco nerviosa, pero dispuesta a seguirle el juego, se dejó guiar. En un rincón del salón, un grupo de mujeres charlaba de forma animada.

—Chicas, os presento a Blanca. Es la acompañante de Alfonso de Benavides —dijo Marisa, con un tono que insinuaba más de lo que decía.

Blanca percibió la calidez en sus sonrisas y el tono amable con el que la recibieron. Las mujeres la miraron con curiosidad y admiración, y una de ellas exclamó:

—¡Vaya suerte tienes, querida! Alfonso es, sin duda, el hombre más guapo de todos los bodegueros de Jerez.

El comentario arrancó risas cómplices, y Blanca, sintiéndose más cómoda, se unió a ellas.

—No puedo decir que no esté de acuerdo con vosotras —respondió con un guiño, lo que provocó una nueva ronda de risas.

Las mujeres, más relajadas, comenzaron a preguntarle por ella. ¿También estaba en el sector del vino? ¿Trabajaba en la bodega? Blanca negó con una sonrisa.

—Soy profesora. Estoy en el cortijo cuidando de Laura, la sobrina de Alfonso.

En ese momento, una voz conocida interrumpió la conversación.

—¡Blanca! —exclamó una mujer mientras se acercaba. Blanca la reconoció enseguida: era la madre de uno de sus alumnos. Se saludaron con cariño, lo que provocó murmullos entre las otras mujeres.

—No sabía que estabas aquí. ¡Qué sorpresa tan agradable! —dijo la madre, lanzando una mirada curiosa hacia Alfonso, que se acercaba a ellas.

Antes de que Blanca pudiera hacer ningún comentario, algo que agradeció, Alfonso se unió al grupo. Las mujeres lo saludaron con afecto, algunas con un evidente tono coqueto. Blanca notó que los ojos de tres mujeres, que estaban sentadas a cierta distancia, no se apartaban de ellos, especialmente de ella. El escrutinio era evidente.

Cuando él sugirió que fueran a la barra a pedir algo de beber, Blanca aprovechó para despejar su curiosidad.

—Alfonso, ¿quiénes son esas tres mujeres que no dejan de mirarnos? —preguntó mientras señalaba con la cabeza hacia ellas.

Él siguió la dirección de su mirada. Las observó apenas un segundo, y se encogió de hombros.

—Nadie importante. Supongo que están celosas de lo guapa que estás esta noche —respondió con su preciosa sonrisa.

—No lo sé, parecen muy interesadas en nosotros.

Alfonso bajó un poco la voz, inclinándose hacia ella.

—Puede que sea envidia. O curiosidad. Por lo que veo, varios hombres también están pendientes de ti, pero tú solo te fijas en las mujeres. Estás celosa. —añadió con tono divertido.

—¡Serás…! —Movió la cabeza de lado a lado—. No lo soy, salvo que me den razones para ello, y entonces… Mejor no te lo digo, no te va a gustar —comentó, soltando una carcajada.

Blanca estaba feliz. Sintió cómo la incomodidad se desvanecía y era reemplazada por un pequeño cosquilleo. Se dio cuenta de que los papeles se habían invertido, y ahora era ella quien atraía la atención.

—Tal vez piensan que no encajo aquí —respondió, para provocarlo.

—Encajas como un guante, Blanca. De hecho, haces que este lugar sea aún mejor.

El comentario, dicho con una mezcla de sinceridad y seducción, dejó a Blanca sin palabras por un momento. Alfonso levantó su copa para brindar.

—Por estas noches, que, a veces, nos sorprenden —dijo.

Blanca alzó la suya, con una sonrisa que reflejaba la mezcla de emociones que sentía.

—Por las sorpresas, entonces.



Capítulo 9

El ambiente del salón seguía animado, pero Alfonso y Blanca se habían apartado un poco de la multitud. Con una copa de vino en la mano, cada uno, disfrutaban de la compañía mutua, aislados del bullicio. La conversación fluía con una sorprendente naturalidad, aunque ambos mantenían una leve tensión, casi imperceptible.

De repente, las tres mujeres que Blanca había observado antes, se acercaron a ellos. Sus tacones resonaban sobre el suelo del salón, y sus sonrisas intentaban parecer naturales. Aurora, alta, esbelta y muy rubia, lideraba el grupo con una manifiesta seguridad. Raquel, de cabello oscuro y ondulado, caminaba justo detrás, mientras que Pilar, más reservada y muy elegante, las seguía con cierta timidez.

—¡Alfonso! —exclamó Aurora con un tono que sonó demasiado familiar. Extendió la mano hacia él, pero su gesto fue tan cercano que bien podría haberse tratado de una caricia disimulada —. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Alfonso respondió con una educada sonrisa, aunque su mirada no pudo ocultar cierta incomodidad.

—Aurora, Raquel… —dijo con tono cordial, y luego giró hacia la tercera mujer—. Y tú creo que eres Pilar, ¿verdad? He visto fotos tuyas.

Pilar asintió y extendió la mano.

—En casa de mi hermano, supongo. Miguel me ha hablado mucho de ti. Sé que sois muy amigos.

—Es cierto. Miguel es un hombre excepcional —respondió Alfonso con amabilidad. Hizo un gesto con la mano, señalando la fachada del edificio, y añadió—: Tiene el mejor salón de banquetes de todo Jerez.

Aurora interrumpió la conversación, intentando recuperar el protagonismo.

—Nosotros también somos amigos de toda la vida, ¿verdad, Alfonso? —dijo con un brillo insinuante en los ojos, ignorando de forma deliberada la presencia de Blanca.

Blanca, que hasta el momento se había mantenido en un discreto segundo plano, decidió no ceder más terreno. Se adelantó y colocó su mano en el brazo de Alfonso, con un gesto natural pero firme.

—Hola, soy Blanca —dijo, esbozando una sonrisa que buscaba ser amable, pero que tenía un trasfondo claramente territorial.

Aurora la miró, evaluándola. Con una sonrisa casi burlona, respondió:

—Encantada, Blanca —saludó, con un tono de voz cargado de matices—. No sabía que Alfonso venía acompañado.

—Es raro que no te hayas dado cuenta, Aurora, porque hace un rato, no dejabas de mirarnos —matizó Blanca, harta de su arrogancia—. Parece que tienes dudas de que Alfonso encuentre a

una mujer que quiera acompañarlo. —Giró la cabeza hacia él y mostró una sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Estoy segura de que muchas de las que hay aquí, desearían estar en mi lugar.

Aurora no encajó bien el golpe, pero antes de que dijera nada, Alfonso comentó:

—Son sorpresas que nos da la vida, Aurora —respondió Alfonso sin apartar su mirada de Blanca, y asintió con la cabeza.

Aurora prefirió callar y solo acertó a decir:

—Siempre he pensado que no te gustaba venir a este tipo de eventos, Alfonso. Solías decir que eran aburridos.

—Digamos que depende de la compañía —respondió él, lanzando una mirada a Blanca que no pasó desapercibida.

—Eso explica muchas cosas —respondió Aurora con un tono cargado de insinuación.

Raquel intervino, intentando suavizar la situación.

—Bueno, siempre es agradable verte, Alfonso. Y también a tu acompañante… —Miró a Blanca con una sonrisa educada—. Estás muy guapa esta noche.

—Gracias —respondió Blanca, devolviéndole la sonrisa, aunque no pudo evitar notar que Raquel evitaba un contacto visual directo.

Mientras observaba con una mezcla de curiosidad y reserva a sus amigas y a Alfonso, Pilar fue la única que permaneció en silencio.

Las tres mujeres se retiraron, dejando tras de sí un aire de incomodidad.

Blanca, que había estado procesando cada palabra y gesto, no pudo contenerse más.

—¿Quién es Aurora? —preguntó con aparente indiferencia, aunque su tono lo desmentía.

Alfonso se giró hacia ella, alzando una ceja.

—Una historia del pasado. Muy fugaz, te lo aseguro.

—¿Fugaz? —repitió Blanca, y mostró sus dudas—. No lo parecía.

Alfonso suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Lo fue. Y hace más de un año, antes de que se casara. Fue algo sin importancia, Blanca.

Blanca lo observó, intentando descifrar si decía la verdad. Había algo en la forma en que Aurora lo miraba, que no cuadraba con una historia fugaz. Sin embargo, decidió no insistir.

—Está bien. Aunque… —hizo una pausa, jugueteando con su copa—, no sé si ha llegado a encajar tanta… fugacidad.

Alfonso soltó una carcajada, relajando el ambiente.

—¿Estás celosa, Blanca?

—¿Debería estarlo? —respondió ella, arqueando una ceja con un toque de desafío.

Él se la quedó mirando y, con un tono serio y cargado de intención, le dijo:

—No, Blanca. Créeme, no tienes motivos para estarlo.

Blanca sonrió, pero en su interior seguía reflexionando. Aurora no era una amenaza, aunque sí un recordatorio de que Alfonso tenía un pasado que, aunque él decía que no tenía importancia, seguía provocando ecos en el presente.



El ambiente en la mesa era relajado, con una agradable conversación que, a pesar de ser entre desconocidos para Blanca, resultaba acogedora gracias a la amabilidad de las parejas que compartían la velada con ellos. Alfonso, sentado a su lado, se mostraba cómodo, aunque cada cierto tiempo desviaba la mirada hacia ella, asegurándose de que se sintiera a gusto.

—Alfonso, nos tienes intrigados —comentó uno de los hombres, un tipo robusto y de cabello canoso llamado Enrique, que había sido socio de su padre—. ¿Cómo es que hasta ahora no nos habías presentado a esta preciosa dama?

Blanca sonrió, tímida, mientras Alfonso se mostraba orgulloso.

—Es que es algo… muy reciente —dijo él, con un tono deliberadamente ambiguo.

—Pues enhorabuena —intervino Carmen, la esposa de Enrique, mirando a Blanca con entusiasmo—. No le dejes escapar, querida. Te lo digo por experiencia: los hombres como Alfonso no son fáciles de encontrar.

Blanca sonrió, agradeciendo el cumplido y sintiendo la mirada de él.

—Supongo que tienes razón —bromeó, mirando a Alfonso de reojo—. Es demasiado encantador, y, a veces, eso puede ser un problema.

—Un problema que muchas desearían tener —replicó Carmen con un guiño cómplice.

El otro hombre en la mesa, Javier, dueño de otra de las bodegas, tomó la palabra.

—Bueno, Blanca, ahora, al verte, entiendo por qué se le ve tan feliz esta noche —comentó, señalando a Alfonso.

Teresa, su esposa, miró a Blanca con amabilidad y dijo:

—Es cierto, Alfonso. No puedo evitar felicitarte. Blanca parece una mujer maravillosa. —Se la quedó mirando—. ¿También te dedicas al vino?

Blanca negó con la cabeza. Con su voz dulce y calmada, dijo:

—No, qué va, soy profesora de infantil. Estoy cuidando a Laura, su sobrina.

—¡Ah, Laura! —exclamó Enrique, con una sonrisa—. Esa niña es un torbellino, pero se nota que tiene mucho de su madre. Clara era igual.

La mención de Clara hizo que la mesa se sumiera en un breve silencio cargado de respeto. Alfonso tomó un sorbo de su copa antes de romperlo.

—Sí, Laura tiene mucho de su madre. Fue ella quien pidió que Blanca la cuidara. Se ha roto una pierna y la lleva escayolada. Quiere muchísimo a su profesora.

—Eso es muy importante —comentó Carmen, sonriendo con calidez—. Una niña siempre sabe quién la quiere de verdad.

Blanca se sintió agradecida por el comentario, pero no esperaba que la conversación tomara un giro tan personal.

—¿Y tú, Blanca? —preguntó Teresa con curiosidad—. ¿Tienes hijos?

El rostro de Blanca se tensó durante un instante, pero lo disimuló mientras se obligaba a sonreír. Nadie, excepto Alfonso, lo supo ver.

—No. Ya tengo bastante con los veinte niños que hay en mi clase —comentó, forzando una carcajada.

Tras las risas de todos, llegaron los primeros platos y se pusieron a cenar.



Mientras estaban esperando el postre, las dos mujeres se fueron al cuarto de baño, y los hombres se levantaron para hablar con unos amigos que estaban en otra mesa. Blanca y Alfonso se quedaron solos. Alfonso no sabía cómo abordar el tema. Eligió cuidadosamente las palabras y le dijo:

—Antes, cuando ha salido el tema de los hijos… no sé…

Blanca se dio cuenta de que él había notado su turbación. Asintió con la cabeza y le dijo:

—Estuve embarazada, una vez, pero… lo perdí a los cinco meses —confesó con la voz entrecortada. Alfonso giró la cabeza hacia ella, captando un matiz de dolor en su tono.

—Lo siento mucho —dijo, extendiendo su mano para apretar la suya en un gesto de consuelo.

—Gracias —respondió ella, al sentir que su calidez era sincera.

Alfonso, le dijo, tras un breve momento de reflexión.

—Mónica quería tener un hijo… incluso antes de casarnos. Estaba obsesionada, pero yo no me sentía preparado.

Blanca lo miró, notando la sombra que cruzaba su rostro al mencionar a su ex.

—¿Te arrepientes de no haberlo hecho? —preguntó ella, con un tono de voz lleno de curiosidad.

Él tomó un sorbo de vino antes de responder, y mantuvo la mirada fija en la mesa.

—No sé si llamarlo arrepentimiento… —admitió, alzando la vista hacia Blanca—. Creo que tener un hijo es una gran responsabilidad. Cuando me lo pidió, no estaba seguro de que nuestra relación fuera tan estable como para asumirlo. Y ahora sé que era cierto.

Blanca asintió, procesando sus palabras.

—Ahora tienes a Laura —dijo, regalándole una sonrisa—. Eso también es una responsabilidad enorme. ¿Te pesa cuidar de ella?

Alfonso negó con la cabeza sin titubear.

—No, qué va. Cuidar de Laura no es una carga. Es lo que debo hacer. Si las cosas hubieran sido al revés, Clara habría hecho lo mismo por mí.

Blanca sintió una calidez inexplicable al escuchar esas palabras. Había algo en la sinceridad de Alfonso que la hacía verlo bajo una luz completamente distinta.

—Es una suerte para Laura tenerte —dijo, con una sonrisa que Alfonso agradeció.

La mesa volvió a llenarse y sirvieron los postres. No obstante, las confesiones que acababan de compartir seguían presentes. Blanca estaba pensando que él no solo era el hombre atractivo que todos envidiaban, sino alguien que tenía una sensibilidad que nunca se atrevía a mostrar.

Y Alfonso sentía que la honestidad y sinceridad de Blanca lo desarmaba. Cada vez estaba más seguro de que ella representaba algo que nunca había buscado, pero que ahora ya no podía ignorar.



La música había cambiado su compás, y con él, la atmósfera del salón. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con la cadencia de los acordes más animados, y la energía en la sala se transformaba en un preludio de lo que prometía ser una noche de fiesta y baile.

Alfonso, sentado junto a Blanca, se llevó la copa a los labios con una calma que contrastaba con la intensidad de sus pensamientos. Había calor en el ambiente, y él, con un gesto natural, se soltó la pajarita y abrió el primer botón de la camisa.

Blanca lo miró de reojo y tuvo que reprimir un suspiro. El gesto despreocupado, sumado a la forma en que la luz tenue del lugar resaltaba sus rasgos marcados, lo hacían irresistiblemente atractivo.

Y no era la única que lo notaba. Varias mujeres en la sala le dirigían miradas furtivas, algunas sin disimulo alguno. Blanca tuvo que contener una sonrisa ante el descaro de algunas. Pero entonces, sintió algo que la sorprendió, y no eran celos, ni incomodidad, sino un extraño orgullo.

Hasta que se dio cuenta de que ella también era el centro de atención. Hombres de distintas edades y estilos la miraban de forma fugaz, algunos con curiosidad, y otros con lo que le parecía una evidente admiración.

—¿Te has fijado en cómo te miran? —murmuró Alfonso, con un deje de diversión en la voz.

—¿Los hombres o las mujeres? —preguntó ella, fingiendo indiferencia—. Creo que ellas lo hacen con envidia.

Alfonso dejó la copa en la mesa y la observó con intensidad.

—Ellas no me interesan, y ellos tampoco, por supuesto. —Su tono de voz se volvió más grave —. Aunque reconozco que me siento algo celoso por la expectación que causas. Solo lo supera lo orgulloso que estoy de que sea así.

Blanca sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¡Orgullo! La misma palabra que ella acababa de pronunciar en su mente. ¿Ambos se sentían así? Pensó que estaba con el hombre más atractivo de la fiesta, ¡y superarían el centenar!

Y no solo eso. También estaba convencida de que era el mejor amante, y, sin ninguna duda, el mejor dotado. Nada más pensarlo, sintió un pálpito en su vulva y tuvo que lanzar un suspiro. Alfonso la excitaba de una forma irracional, se estaba poniendo enferma. De repente, le escuchó decir:

—Blanca, no me mires de esa forma, porque no me podré levantar.

Ella soltó una carcajada y él la miró enfadado.

—¡No sé por qué te ríes, coño! —exclamó mosqueado—. ¿Crees que es broma?

Blanca se acercó a su oído y le susurró:

—Porque se me están mojando las bragas, cielo —le dijo, excitada—. Me apetece mucho que

estemos solos.

Alfonso arqueó una ceja, y su sonrisa se volvió insinuante.

—Me encantará cumplir tu deseo.

Blanca desvió la mirada hacia la pista de baile, buscando despejar su mente del efecto que él tenía sobre ella, y vio a Aurora, la mujer que se le había insinuado antes. Desde el otro extremo del salón, los miraba con descaro. Ni se molestaba en disimularlo.

—El mío lo tengo claro. Y creo que a tu amiga Aurora también le encantaría estar a solas contigo, para…, ya sabes —dijo, haciendo un gesto con la cabeza en su dirección.

Alfonso siguió su mirada y chasqueó la lengua con fastidio.

—No es mi amiga.

—Eso no cambia que quiera lo que quiere.

—Pues se va a quedar con las ganas.

—Eso espero —respondió, con una satisfecha sonrisa.

Alfonso cogió su mano, la miró a los ojos y le dijo:

—Todo eso se acabó, cariño. —Tomó su rostro entre las manos, acercó su boca, y le dio un beso dulce y sensual—. Ella no me interesa, ni ninguna otra mujer. Solo estás tú, Blanca.

Blanca se lo quedó mirando. Aquello le parecía un sueño, pero no quería volver a pasar por lo mismo.

—No sé, Alfonso —dijo, mostrando sus dudas—. ¿Te ves capaz de serle fiel a una mujer? Ya sabes que…

—Te aseguro que los tres únicos orgasmos que he tenido con una mujer en los últimos doce meses, los tuve en la cabaña, contigo —respondió con rotundidad—. Y de eso hace ya demasiados días.

Blanca soltó una carcajada.

—¿Demasiados? —preguntó con una sonrisa un gesto pícaro.

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, cielo ¡Son demasiados días! —confirmó, asintiendo con la cabeza—. Tienes toda la razón. Cuando volvamos…

—No, cariño. No llegaremos a ese punto —la cortó él.

Blanca frunció el ceño, extrañada.

—¿No? —le preguntó, antes de que él negara con la cabeza.

—Ven conmigo.

Antes de que ella pudiera responder, sintió su mano tomándola de la muñeca con firmeza, pero sin brusquedad. Blanca actuó como un autómata. Se levantó y algo en su zona sensible se removió. «¿En qué está pensando este insensato?», se preguntó.

La llevó a través del salón con seguridad, sin detenerse a saludar a nadie. Cruzaron un pasillo lateral que desembocaba en una zona apartada del establecimiento. La iluminación era tenue, solo iluminada por las luces de seguridad. Había un guardarropa, que estaba cerrado por una cortina negra, y un cuarto de baño, con la puerta entornada.

—Alfonso… —Blanca lo miró con una mezcla de deseo y precaución—. Puede venir alguien.

Él la empujó hacia el interior, tras la cortina, y la acorraló contra la barra de madera que servía de mostrador en el guardarropa. Su cuerpo se alineó con el de ella, atrapándola sin posibilidad de escape.

—Poca gente conoce este lugar —murmuró, con la voz impregnada de una peligrosa sensualidad—. Es parte de una sala que solo se utiliza en invierno. Nunca hay nadie.

Blanca tragó saliva, sintiendo cómo la calidez de su aliento rozaba su piel. Sus ojos verdes, encendidos de deseo, la desafiaban a resistirse, pero, si de algo estaba segura, era de que ni podía, ni quería hacerlo



La penumbra del guardarropa los envolvía, intensificando la sensación de clandestinidad y excitación. Alfonso tenía el cuerpo de Blanca atrapado entre la barra de madera y su torso. Sus labios descendían por su cuello, hambrientos, mientras sus manos exploraban su espalda desnuda bajo el vestido.

Blanca apenas podía contener los gemidos que amenazaban con escapar de su boca. Sentía el calor de Alfonso en cada centímetro de su piel, la urgencia de sus caricias, el latido frenético de su corazón la ahogaba.

Alfonso deslizó las manos por sus muslos, empujando la tela hacia arriba, con urgencia. Estaba demasiado desatado para necesitar románticos preámbulos, y Blanca lo agradeció. Mientras sentía la mano de él apoderándose de su entrepierna, bajó la suya, y se aferró a través del pantalón al enorme bulto que presentaba.

—Dime que me deseas, Blanca.

Aunque su voz era una orden, iba disfrazada de súplica. Blanca apenas podía respirar. El aire estaba lleno del deseo que los consumía.

—Tanto como tú a mí —apenas pudo decir, mientras jadeaba por sus caricias.

Alfonso no estaba para juegos. Sujetó su y la besó con una ferocidad primitiva. No fue un beso tierno, ni contenido, sino un choque de bocas hambrientas, de lenguas enredadas, de alientos entrecortados.

Mientras una de sus manos seguía incidiendo en el vértice de sus piernas, la otra recorrió la curva de su espalda, aferrándola contra él, dejando que sintiera la evidencia de su deseo. Blanca gimió contra su boca, y le escuchó decir:

—Dios, Blanca… me vuelves loco —murmuró contra su piel, besando su cuello, su clavícula, bajando hasta el nacimiento de sus pechos.

—Espera un momento… —le pidió ella, buscando el bolso que había dejado sobre el mostrador. Cogió uno de los preservativos que llevaba, y lo dejó en el mostrador.

Mientras lo hacía, Alfonso apartó sus bragas a un lado, e introdujo un par de dedos en su interior. Al notarlo, Blanca soltó un grito. Alfonso, con extrema habilidad, encontró el lugar que desataba su control e incidió en él, con un movimiento rítmico que desbordó toda la contención

de Blanca.

Al mismo ritmo que su placer crecía de forma imparable, su boca se abría, intentando coger aire. Mientras sentía los dedos de él, entrando y saliendo, jugando con ella de una forma que la volvía loca, empezó a mover la pelvis hacia él.

Alfonso dejó de sujetarla por la espalda, y, con su mano libre, buscó la hebilla de su cinturón. Lo desabrochó y dejó caer sus pantalones al suelo. Se bajó el bóxer y su miembro surgió impetuoso de su encierro. Blanca se aferró a él con una de sus manos, y, con la otra, se llevó el estuche del condón a su boca, para desgarrar el envoltorio.

No tuvo tiempo de hacerlo. Alfonso se la cerró con un apasionado beso, y aumentó la velocidad e intensidad de las caricias en su vulva. Blanca no pudo aguantar. Tuvo un intenso orgasmo, y lanzó un grito que él apenas logró ahogar con su boca sobre la suya. Se quedó desmadejada, intentando recuperar el resuello.

Notó que Alfonso sujetaba su muñeca y cogía el preservativo. Lo desprecintó, y, mientras ella lo observaba respirando de forma agitada, se lo colocó. Cogió a Blanca por las axilas, y la elevó en el aire, como si fuera una pluma. La sentó en el mostrador, abrió sus piernas y la sujetó por debajo de sus muslos. Ella pasó los brazos por detrás de su nuca, colgándose de él, y Alfonso tiró de ella, dejándola en el aire, sujetándola.

Sus dos sexos quedaron enfrentados. Él dio un golpe de caderas, y la punta golpeó el centro de su vulva. Blanca, tras el quejido, soltó una de sus manos y la bajó, para apartar su ropa interior y dejar libre el camino que él quería tomar, el que ambos deseaban recorrer.

Entró en ella muy despacio, manteniendo el control. La humedad de Blanca, y la mesura con la que él actuó, permitieron la fusión de aquellas dos partes que, en ese instante, eran el centro de todo. Alfonso quedó atrapado en un espacio que, aunque no parecía suficiente, se cerró alrededor de él con ligeras contracciones. Blanca se sintió llena, y cerró las piernas tras su espalda.

Empezó a embestirla de forma progresiva, manteniéndola en el aire, y a ella le empezó a faltar el resuello. Creció su placer y respondió con el mismo ímpetu. Apenas unos segundos más tarde, mientras notaba que su segundo orgasmo se aproximaba de forma inevitable, le escuchó decir:

—Blanca… No puedo…

Ella cerró los ojos, y pensó: «¡Coño, ni yo!».

—Yo tampoco… Ahora, cielo… ¡Ahora!

Cuando empezó su grito, Alfonso se apresuró a cerrar su boca con la suya, y profirió otro, también ahogado. Tras la convulsión, las separaron, para tomar aire, y se perdieron en un largo beso dulce y sincero. Blanca reclinó la cabeza sobre su hombro, y Alfonso le acarició el pelo.

La dejó con suavidad en el suelo y desensambló sus cuerpos. Mientras él se quitaba el preservativo, le hacía un nudo, y se lo guardaba en un bolsillo de la chaqueta, Blanca se ajustó la ropa interior y se bajó la falda del vestido. Alfonso se subió los pantalones y, cuando se acababa de abrochar la hebilla y se disponían a salir de allí, un sonido los congeló en seco.

Se quedaron inmóviles. Alfonso reprimió una maldición entre dientes, y Blanca abrió los ojos como platos. Unas voces femeninas se acercaban. Al instante, Alfonso ajustó la cortina negra que los ocultaba. Blanca sintió su respiración contra su oído, y, aunque la situación debería haberla enfriado, el roce de su cuerpo aún encendido la mantenía en vilo.

Las mujeres entraron en el baño contiguo, pero dejaron la puerta abierta. Eso permitió que sus

voces resonaran con claridad. Nada más oírlas, Blanca y Alfonso se miraron entre ellos.

—Aurora, ¿qué hacemos aquí? —Se escuchó la voz de Raquel, que mostró un tono burlón.

—Vamos a retocarnos el maquillaje —respondió con cinismo—. ¿Tú qué crees? Aquí no nos molestará nadie, y podemos hablar con tranquilidad.

—Pues si vas a retocarte, hazlo bien, querida, porque desde que ha llegado Alfonso con la profesora, pareces más amargada que de costumbre —se burló, la que Blanca supuso que era Pilar.

Aurora, con todo su desprecio, dijo:

—No me hagáis reír. ¿De verdad creéis que esa mosquita muerta le interesará mucho tiempo a Alfonso?

Blanca sintió cómo él se tensaba tras ella. Su agarre en la cintura de ella se endureció, pero no dijo nada.

—No sé, Aurora… —intervino Raquel—. Tengo la impresión de que la mira de otro modo.

—¡Por favor! —espetó Aurora con un deje de burla—. Alfonso es un dios en la cama. ¡Y tú también lo sabes, joder! Te aseguro que esa pobre profesora no sabrá ni cómo manejarlo.

Aunque Blanca sintió una extraña sensación en el estómago, ya no eran vestigios del deseo que aún vibraba en su cuerpo, los provocaba la rabia y la humillación que sentía en ese instante.

—A Alfonso le gustan demasiado las mujeres, pero nunca se compromete con ninguna —siguió Aurora—. Tengo que reconocer que, aunque es un amante insaciable, se aburre demasiado rápido.

Blanca vio que Alfonso contenía la respiración.

—Bueno, tienes razón, eso no se puede negar —comentó Raquel, convencida—. Alfonso es muy fogoso. Y sabe hacer una cosa con su boca que… ¡uf! —Soltó una carcajada—. Mira que llevo años con mi marido, y jamás…

Hubo un coro de risitas cómplices. Blanca cerró los ojos, intentando mantener la calma. Su cuerpo ya no ardía. Los celos y el desconcierto lo habían enfriado. Solo le faltó oír lo que mencionó Pilar.

—Mónica fue la única que lo pudo cazar —comentó, y su tono dejó claro que lo decía con admiración—. Y todas sabemos que fue por el sexo.

Blanca tragó saliva y abrió los ojos como platos. Se giró hacia Alfonso, y tenía los ojos clavados en ella. Pilar lo aclaró.

—Antes de que ella estuviera con Alfonso, uno de mis hermanos salió con Mónica, y me explicó que en la cama era una bomba, lo mejor que había conocido.

El silencio en el interior del guardarropa era demoledor. Blanca apenas respiraba, y Alfonso, detrás de ella, se mantenía en una tensa quietud.

Aurora suspiró de forma exagerada.

—Si Alfonso quiere divertirse con la profesora, que lo haga. Pero no tardará en aburrirse. Solo espero que, cuando pase, recuerde lo que dejamos pendiente.

Hubo un murmullo de aprobación, risitas ahogadas y el sonido de los tacones alejándose.

Blanca no se movió. Su cuerpo, que antes ardía del deseo, ahora estaba rígido. Su mente

intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

Alfonso deslizó una mano por su brazo y la atrajo hacia él. Su boca se acercó a su oído.

—Dime lo que piensas, Blanca —susurró preocupado.

Ella inspiró profundamente antes de responder.

—Pienso que quiero salir de aquí, desaparecer.

No especificó si, solo del guardarropa, o también de su vida.

Nada más llegar al salón, Alfonso tuvo la misma sensación de cuando se pierde una batalla. El rostro de Blanca estaba serio, concentrado. Supo que lo que pasaba por su mente era un torbellino de emociones, desconfianza y dudas.

—Quiero que me lleves a casa.

—Blanca…

—Alfonso: ¡quiero que me lleves a casa, por favor! —dijo, mientras cogía su móvil—. O llamo a un taxi.

Alfonso alzó los brazos en forma de rendición.

—¡Vale!, vale —aceptó—. Te lo prometo, Blanca, pero quiero pedirte algo. Dame solo cinco minutos. —Intentó coger su mano, y ella lo rechazó—. Necesito hablar contigo. Quiero que también me escuches a mí y no solo a ellas. Si tras ese tiempo quieres irte, lo entenderé —comentó, utilizando el único argumento válido que tenía.

Blanca estuvo a punto de decir que no. Solo la frenó la súplica que vio en sus ojos.

—Tienes cinco minutos, ni uno más.

Alfonso miró en derredor, y le dijo:

—Vamos al jardín, a aquella zona arbolada —le susurró señalando el lugar. Le tendió una mano que ella ignoró.

El aire fresco del jardín no logró apaciguar el ardor que Blanca sentía en el pecho. Caminó unos pasos por la grava sin mirar a Alfonso. Aunque se había comprometido a escucharlo, las palabras de Aurora, Raquel y Pilar aún resonaban en su cabeza como un eco.

—Cinco minutos —dijo al llegar, con voz firme—. Eso es todo lo que tienes.

Alfonso se frotó la nuca y soltó un suspiro antes de mirarla.

—No puedo cambiar mi pasado, Blanca.

—No, pero podrías haberme contado la parte en la que te acostaste con mujeres casadas, y que, por lo visto, aún suspiran por ti.

Alfonso cerró los ojos un instante, como si intentara contener su frustración.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Qué me acuesto con cualquiera sin importarme nada?

—No lo sé, Alfonso. ¿Debería pensarlo? Porque, según lo que acabo de oír, no pareces un hombre de principios.

Alfonso soltó una irónica carcajada y negó con la cabeza.

—Así que ahora crees que soy un libertino sin moral —dijo incrédulo—. Interesante.

Blanca se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—¿Me equivoco?

Alfonso se pasó la lengua por los dientes, como si estuviera conteniendo las ganas de replicar con más dureza de la necesaria. Dio un paso hacia ella, obligándola a alzar la vista.

—No eres estúpida, Blanca. Sé que te cuesta confiar en los hombres, al igual que a mí en las mujeres, pero si pensaras que soy ese tipo de persona, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Ah, ¿no?

—No. Estarías metida en un taxi camino al cortijo, sin mirar atrás.

Blanca apretó los labios. Se maldijo, porque tenía razón.

Alfonso notó su vacilación y aprovechó la grieta en su coraza.

—Lo que pasó con esas mujeres fue hace más de un año, ya te lo he dicho, y fue antes de que tú entraras en mi vida. ¿De verdad me vas a juzgar por algo que ocurrió mucho antes de conocerte?

Blanca sintió que su respiración se volvía más errática. No quería ceder tan fácilmente, pero sus argumentos se desmoronaban con rapidez.

—No es solo lo que hicieron, Alfonso. Es lo que dijeron de ti. Que nunca te comprometes. Que no eres de los que se quedan.

Alfonso se quedó en silencio por un momento, como si procesara sus palabras. Luego, con un tono más suave, más íntimo, dijo:

—Tienes razón, y siempre había sido así. Hasta ahora.

Blanca alzó la mirada, atrapada por la intensidad de sus ojos verdes.

—¿Hasta ahora? —preguntó en un susurro.

Alfonso dio otro paso hacia ella, reduciendo la distancia entre sus cuerpos.

—Ya no soy el hombre que ellas recuerdan, Blanca. Contigo soy diferente.

Blanca sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Diferente cómo?

Alfonso inclinó la cabeza y la miró con una mezcla de deseo y aplastante sinceridad.

—Diferente a que, cuando me miras, me importa lo que ves. A que, cuando me tocas, no pienso en nadie más. Solo existes tú.

Blanca sintió que su garganta se cerraba. No quería creerle. No podía. Pero, maldita sea, lo hacía.

—Yo…

—Dame una oportunidad, Blanca —dijo Alfonso, acercando su mano a la de ella, sin llegar a tocarla—. No al hombre que fui, sino al que soy contigo. Ahora y siempre.

Blanca bajó la mirada a la mano de Alfonso, a los dedos que se mantenían a un suspiro de los suyos.

«Mierda…», pensó. Porque, en el fondo, ya había decidido qué hacer.

Suspiró y, sin decir una palabra, deslizó sus dedos sobre los de él.

Alfonso cerró la mano, atrapándola con suavidad. Y en ese instante, Blanca supo que estaba equivocada. Él tenía razón. No había nada por lo que batallar.



Capítulo 10

El regreso al salón fue en silencio. Blanca sentía el calor de la mano de Alfonso sobre la suya, y sabía que era el ancla que habría rechazado unos minutos atrás. Pero ahora no. No después de lo que acababan de hablar. Aunque Alfonso confiaba en que aquello era una victoria, seguía algo indeciso, porque ella aún no había abierto la boca.

Se detuvieron cerca de la barra, alejados de la multitud. Blanca sentía el pulso acelerado. Había tomado una decisión. Le iba a dar una oportunidad, pero le pondría las cosas claras.

—Acepto, Alfonso —dijo, sin rodeos.

Alfonso la miró, con los labios entreabiertos, como si no esperara que fuera a decirlo tan pronto. Ella, al momento, lo aclaró.

—No obstante, hay algo que te exijo a cambio.

—Dime.

—Sinceridad absoluta —recalcó, clavando su mirada en la suya—. No quiero mentiras, ni verdades a medias. Prefiero una verdad que duela, a una mentira que me haga dudar.

Alfonso asintió, sin tener que pensarlo.

—De acuerdo.

—Aunque me moleste —especifico ella—. Aunque sepa que me va a doler. ¿Lo entiendes?

—Blanca… —Su tono fue un susurro contenido.

—¡No! Te lo digo en serio. Si quiero confiar en ti, necesito saber algunos detalles.

Alfonso deslizó una mano por su nuca y la acarició, con una ternura que la desarmó por un instante.

—Está bien. Te lo prometo. Pregunta lo que quieras.

Blanca cerró los ojos un segundo, asimilando sus propias palabras. «Estoy loca. ¿Me va a doler lo que le voy a oír?».

Tomó aire y, con la decisión ya tomada, dejó caer la pregunta que la atormentaba.

—Después de Mónica, ¿con cuántas mujeres has estado?

Alfonso frunció el ceño, pero no se mostró sorprendido. Sabía que aquella pregunta llegaría en algún momento.

—¿Realmente quieres saberlo?

—Te lo acabo de decir. No quiero dudas ni mentiras.

Alfonso desvió la mirada un segundo, mientras pensaba. Luego la volvió a mirar, con la sinceridad reflejada en sus ojos verdes.

—Seis… —dijo. tras pensar unos segundos. Luego frunció el ceño y añadió—. Bueno… siete.

Blanca sintió un nudo en el estómago. Contaba con una respuesta difícil, pero escuchar el

número en voz alta la descolocó.

«Siete mujeres. Siete mujeres distintas. Y yo aquí, haciéndome la ilusa».

—¿Siete? —repitió, intentando mantener el control en su voz.

—Sí.

—¿Siempre una sola noche?

—Siempre.

Blanca desvió la mirada al suelo, intentando calmar la punzada de celos irracionales que le recorría la piel.

—¿Alguna de ellas está aquí?

Alfonso la miró con ciertas reservas, y su mandíbula se tensó antes de responder.

—Sí.

Blanca soltó el aire con lentitud.

—¿Cuántas?

—Tres.

Blanca cerró los ojos un instante. No debería sorprenderle. Sabía en qué mundo se movía Alfonso, sabía lo atractivo que era y lo que despertaba en las mujeres. Y, sin embargo, ahí estaba, sintiendo una rabia que no tenía derecho a sentir.

—¿Me vas a decir quiénes son?

—No.

Blanca entrecerró los ojos, cruzándose de brazos.

—¿No? ¿Y eso?

—Porque no quiero que estés aquí, en medio de una fiesta, comparándote con ellas o intentando descubrir por qué estuvieron conmigo —explicó, con el mismo tono sereno de siempre—. Ellas no tienen importancia.

—¿Y si me cruzo con ellas y me sonríen de esa forma de «yo sé algo que tú no»?

—Entonces yo seré el primero en recordarles que ahora estás tú, solo tú.

Blanca no pudo evitar que una pequeña sonrisa curvara sus labios. Pero no iba a ceder tan fácilmente.

—Eso ha sido elegante.

Alfonso sonrió como sabía hacerlo.

—Estoy aprendiendo.

Blanca lo miró un instante más. Aunque sentía el peso de sus propias emociones, la honestidad de Alfonso la calmaba más de lo que la alteraba.

—Vamos a dejarlo, de momento —dijo, para acabar—. Pero que no se te olvide lo que me has prometido: siempre serás sincero.

—Y lo seré.

Blanca asintió y, antes de que pudiera arrepentirse, deslizó su mano en la de él.

Alfonso la miró, sorprendido.

—¿Eso significa que me perdonas mis pecados?

—Significa que quiero dejar de pensar en cuántas han pasado por tu cama —dijo, tirando suavemente de su mano—. Me centraré en lo que va a pasar en la mía.

Alfonso soltó una carcajada de felicidad, y la atrajo con fuerza hacia él.

—Me gusta tu forma de pensar, profesora —dijo, mientras sus labios buscaban los suyos.

Tras el beso, Blanca le dijo:

—Hay una última condición, Benavides.

—¡Acepto! —respondió de forma espontánea.

Blanca se rio.

—¿No quieres saber cuál es?

—Estaría bien —dijo despreocupado—, aunque ya te la he concedido.

—Quiero que me expliques eso de la boca, lo que no sabe hacer el marido de Raquel.

—¿Aquí?

—¡No, coño! —soltó Blanca, junto con una carcajada—. ¿Cuánto tardamos hasta la cabaña?

—Media hora —respondió al momento—. Allí te lo explico en profundidad.

—Ya estás tardando —dijo mientras se levantaba, tras sentir el primer espasmo en su entrepierna.

Lo tomó de la mano y lo arrastró hacia la salida. Durante el recorrido, Blanca se dio cuenta de que, desde una de las mesas, Aurora y Raquel los miraban y hablaban entre ellas. Le dijo a Alfonso:

—Discúlpame un momento.

Se soltó de él, que la siguió, y se acercó a la mesa en la que estaban las dos chicas. Pensó que, para lo que iba a decir, era mejor que estuvieran solas. La presencia de sus maridos lo hubiera complicado todo, pero supuso que estarían en la barra pidiendo algo de beber. Llegó hasta ellas, que la miraron sorprendidas, y, mientras clavaba sus ojos en los suyos, apoyó sus manos en la mesa.

Alfonso llegó en el preciso instante en el que Blanca empezaba a hablar.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó de forma retórica—. Cuando habéis ido al baño y os habéis puesto a cotillear sobre nosotros, Alfonso y yo estábamos en el guardarropa que hay junto a la entrada. —Vio sus caras de desconcierto, y se recreó al decir—: Me acababa de pegar un polvo increíble. Una auténtica locura, ya sabéis. ¡Buf! —añadió, soltando un bufido—. Aún tengo las piernas temblando.

Aurora y Raquel la miraban desconcertadas. La primera la miraba desafiante, y la otra se había puesto roja como un tomate.

—Tal vez solo sea algo efímero, como has dicho, Aurora, pero si algo tengo claro es que os habría gustado estar en mi lugar hace un rato. No podrá ser —comentó, alternando su mirada entre ambas—. Yo, «la pobre profesora», voy a ser la que lo exprima hasta la saciedad. No os deseo buenas noches, porque no os las merecéis.

Se giró en redondo, le dio un beso en los labios a Alfonso, que estaba alucinado, y salió hacia el aparcamiento.

El coche de Alfonso se deslizaba por las calles iluminadas de Jerez en dirección a la carretera que llevaba al cortijo. Blanca, aun con el pulso acelerado, miró la cara de satisfacción de Alfonso mientras conducía.

—¿Orgulloso de mí? —le preguntó con un tono juguetón, sin disimular el fuego que aún le ardía en la mirada.

Alfonso soltó una carcajada, desviando la vista de la calle durante un instante, para mirarla.

—Mucho más que eso. Me ha excitado que te pusieras tan guerrera, Blanca.

Ella sonrió con una mezcla de orgullo y diversión.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Tienes que explicarme algo —dijo Alfonso, girando el volante con suavidad—. ¿Qué te ha llevado a enfrentarte a ellas así? Sé que lo que dijeron era una mierda, pero…

Blanca tomó aire y apoyó la cabeza en el asiento, mirando el reflejo de las luces en la ventanilla.

—Supongo que ha sido una combinación de cosas. —Giró la cabeza y lo miró con seriedad—. No he querido que esas dos dijeran la última palabra. Me indigna la idea de que se sientan superiores, y que sigan creyendo que tú eres su entretenimiento cuando les apetece.

Alfonso se mantuvo en silencio, escuchándola.

—¿Y sabes qué? —añadió Blanca, mientras mostraba una sonrisa de satisfacción—. Me he dado cuenta de que no te quiero compartir con nadie.

El silencio se instaló entre ellos. Blanca miró a Alfonso, y este apretó los labios mientras sus manos se afianzaban en el volante.

—Me gusta cómo ha sonado eso —murmuró, con una sonrisa de felicidad.

—¡Pues ya lo sabes, amiguito! Toma nota —le ordenó, con una carcajada.

En ese momento, el móvil de Blanca vibró en su bolso. Al ver el nombre en la pantalla, frunció el ceño.

—Es la madre de Irene —comentó, antes de contestar—. Hola, Alicia. ¿Ha pasado algo? ¿Laura está bien?

—Hola, Blanca. Sí, está muy bien, no te preocupes. Irene y ella se lo están pasando en grande —La voz de la mujer sonaba animada—. Te llamo porque Laura ha insistido en que quería hablar contigo antes de irse a dormir. Hemos llamado al cortijo, porque quería explicarte lo que hemos estado haciendo, y su abuela le ha dicho que habías salido a cenar con su tío. Está muy contenta, porque dice que eso significa que sois novios.

Blanca intercambió una mirada con Alfonso, que alzó una ceja con diversión.

—Pásamela —dijo, sonriendo.

Hubo un breve sonido de fondo antes de que la vocecita entusiasta de Laura resonara en la línea.

—¡Blanca!

—Hola, princesa. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Hemos ido a la playa y hemos jugado a muchas cosas —le dijo muy contenta. Le explicó todo lo que había hecho allí, y, tras la larga perorata, afrontó lo que su inocencia le pedía —. Dime la verdad… ¿Tú y mi tío ya sois novios?

Blanca soltó una carcajada y miró a Alfonso, que conducía con una expresión entre divertida y expectante.

—Eres una niña muy curiosa, ¿lo sabías?

—¡Sí! Pero dime, ¿ahora eres mi tía?

Blanca se mordió el labio, buscando una respuesta diplomática.

—Cariño, eso no funciona tan rápido.

—¿Por qué no? —Laura no parecía dispuesta a conformarse con evasivas—. Os habéis ido juntos, como en las películas.

Alfonso se rio y presionó un botón en el coche para activar el altavoz.

—A ver, princesa, déjame ayudarte con esta duda existencial.

—¡Sí, tío! Dime la verdad. ¿Blanca es mi tía?

Blanca cruzó los brazos y, con un brillo divertido en los ojos, esperó la respuesta de Alfonso.

Él carraspeó y adoptó un tono reflexivo.

—Digamos que estamos trabajando en ello.

Blanca puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar reírse.

—¿Eso qué significa? —preguntó Laura, exasperada.

—Significa que, si las cosas siguen así de bien, es posible que algún día lo sea, princesa —respondió Alfonso con una voz muy dulce.

Laura chilló de alegría al otro lado del teléfono.

—¡Sí! ¡Lo sabía!

Blanca se llevó una mano a la frente, riendo.

—No sé qué voy a hacer contigo, Laura.

—Lo único que tienes que hacer es quedarte con mi tío, Blanca. Es guapo, ¿verdad?

Blanca se tapó la cara con la mano y Alfonso estalló en carcajadas.

—Mucho —admitió Blanca, sintiendo cómo la ternura se mezclaba con la emoción.

—¡Pues ya está! —exclamó la niña—. ¡Qué fácil es el amor!

Alfonso y Blanca se miraron y sonrieron, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, las cosas fluían con una naturalidad inesperada.

—Duerme bien, princesa —le dijo Alfonso—. Te queremos.

—¡Buenas noches! Os quiero —respondió la niña antes de colgar.

Blanca dejó escapar un suspiro y miró a Alfonso, con una enorme sonrisa en los labios.

—Tu sobrina es una romántica empedernida.

—Lo sé —dijo él, inclinándose ligeramente hacia ella—. Y, si te soy sincero… me ha contagiado.

Blanca sintió un escalofrío, y sin saber qué responder, miró por la ventanilla. Ella también estaba notando los efectos del virus. Con aquel hombre al lado, no podía ser de otra forma.

El camino hasta la cabaña se le iba a hacer largo.



La oscuridad de la noche envolvía el camino y las luces del coche cortaban la penumbra, iluminando la senda que se extendía entre los árboles. La lluvia de la tarde había dejado un aroma fresco en el ambiente, y el leve traqueteo del vehículo sobre el camino de tierra acompañaba sus pensamientos… o, mejor dicho, los de Blanca.

Había algo que no podía quitarse de la cabeza.

Pilar. Su comentario. Mónica. La fogosidad.

Por mucho que quisiera ignorarlo, aquella frase se había quedado grabada en su mente. Se suponía que iba a disfrutar del momento, de la emoción de ir a la cabaña con Alfonso, del deseo latente entre ellos. En lugar de eso, su cabeza daba vueltas en un bucle absurdo de inseguridades.

Alfonso debió notarlo, porque su mirada se desvió hacia ella durante un instante, antes de volver la vista a la carretera.

—Llevas un buen rato callada. Demasiado, para ser tú. —Aunque el tono era relajado, mostraba un matiz de curiosidad.

Blanca pestañeó y giró la cabeza hacia él.

—Estoy pensando.

—Eso ya me lo he imaginado. La pregunta es… ¿en qué?

No sabía si confesarlo. Pensó que a él le sonaría ridículo, y que la haría mostrarse insegura. Pero algo en la forma en que la miró por el rabillo del ojo, con su preciosa sonrisa y ese aire de hombre que parecía saberlo todo, la empujó a sincerarse.

—En Mónica.

Alfonso frunció levemente el ceño, sin dejar de mirar la carretera.

—Eso no me lo esperaba.

—¿Y qué esperabas? —dijo ella en un tono irónico—. No puedo quedarme indiferente después de oír lo que dijeron en el baño.

—No he pensado que te iba a afectar.

—No me afecta. —Mintió. Luego bufó y sacudió la cabeza—. Bueno, tal vez un poco.

Alfonso no contestó de inmediato. Parecía estar eligiendo sus palabras con cuidado.

—¿Por qué?

Blanca suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Porque no quiero que me compares con ella.

En ese momento llegaban a la cabaña. Alfonso frenó el coche y apagó el motor. Se giró hacia ella, con el codo apoyado en el volante y una sonrisa cargada de incredulidad.

—¿Compararte? Blanca… —Sacudió la cabeza y su expresión se tornó más seria—. Lo importante no es la fogosidad, que, por cierto, tú la derrochas, sino en cómo la utilizas. Y te recuerdo que Mónica la utilizó con otro.

Blanca clavó su mirada en la suya, sintiendo una sensación extraña en el pecho.

—Ya, pero eso no significa que no fuera… buena en la cama.

—No lo voy a negar, joder, pero… ¿Tú crees que eres mala? —le preguntó. En un derroche de sinceridad le dijo—: Eres mucho mejor de lo que piensas, Blanca. Quítate de la cabeza la idea de que no eres una buena amante. Rubén y el otro, fueron unos idiotas por perderte de esa forma —le dijo, mientras se inclinaba un poco hacia ella, con una chispa de provocación en la mirada —. Yo no cometeré el mismo error.

Blanca soltó una carcajada. Aunque estaba muy feliz, se quedó sin palabras. No porque no quisiera responder, sino porque su cerebro se colapsó tras procesar la frase.

Alfonso sonrió satisfecho, disfrutando de su desconcierto.

—Vamos dentro, cariño. Empieza a hacer frío.

Antes de que ella pudiera reaccionar, salió del coche. Blanca tardó unos segundos en abrir la puerta y seguirlo. Mientras lo hacía, pensó: «¿Crees que soy buena? ¡Pues hoy te vas a enterar!».

Alfonso apenas pudo ver la sonrisa que mostraba al salir del coche. No sabía lo que le esperaba.



La cabaña los recibió con su imponente presencia de piedra y madera. Alfonso abrió la puerta, encendió la luz y se dirigió a la chimenea, para encender el fuego.

Cuando Blanca entró, se sentó en el sofá, y se fijó en él. En sus fuertes manos colocando la leña, en la forma en que el resplandor de las llamas iluminaba su perfil. Mostraba una seguridad y una calma que la ayudaron a entender que lo único que importaba en ese momento no era Mónica, ni Pilar, ni las habladurías. Solo ellos.

Dejó escapar un suspiro y avanzó hacia él, para abrazarlo. No era el momento de pensar, sino de sentir. Se acercó a él con la seguridad de quien ha tomado una decisión irrevocable. Sus manos rodearon su cuello, enredándose en su pelo, y sus labios se juntaron en un beso ardiente, desafiante, cargado de intenciones.

Estaba muy excitada por todo lo que había pasado aquella noche: el sexo en el guardarropa, los comentarios de aquellas tres brujas, lo que le había soltado a Aurora al salir de la fiesta… Estaba desatada.

Tenía ganas de jugar con él. Que supiera que ella era mejor que Mónica y que cualquiera de las otras mujeres que había conocido, porque, estar con él era lo mejor que le había pasado en su

vida. Le dijo:

—Hoy quiero que sea una noche especial.

Alfonso tenía una mirada divertida y llena de deseo.

—Eso me gusta. ¿Estás pensando en algo en concreto?

Blanca se separó apenas unos milímetros. Sus ojos brillaban traviesos.

—¿Cuál es tu mayor fantasía, Alfonso?

Él sonrió, con esa expresión indescifrable que tanto la descolocaba.

—Ya la he cumplido, Blanca: estar contigo.

Ella cabeceó. Esa no era la respuesta que quería. Le dijo:

—¡¡Fantasma!! —Se puso a reír—. Sé que eso te gusta, y a mí también, pero no eres sincero.

Él pasó un pulgar por su mejilla, deslizando la caricia hasta sus labios.

—¿Cuál es la tuya, princesa?

Blanca le sostuvo la mirada. Con una sonrisa felina, le susurró:

—Ser la dominante.

Alfonso soltó una carcajada que resonó en el salón.

—Eso ya lo eres, te veo bastante mandona.

—¿Eres idiota? —preguntó enfadada—. ¡Me refiero al sexo, coño!

Él la miró divertido, antes de que una sonrisa apareciera en sus labios.

—Ya lo he entendido, solo bromeaba. ¿Eso te pone…?

—¡Mucho! —exclamó, excitada—. No lo he hecho nunca. Rubén era muy soso, siempre lo hacíamos igual. ¡Buf! —resopló y alzó los hombros.

—¿Te apetece tener a un hombre a tu merced? ¿Un esclavo sexual?

Blanca mordió su labio inferior con un destello de satisfacción en sus ojos.

—¡No sabes cuánto!

Alfonso se apoyó en la mesa, disfrutando del tono decidido que mostraba la voz de Blanca.

—Ya lo tienes. Esta noche soy tuyo, pero…

—Sí, ya lo sé, cielo —dijo en un tono de reproche—. Eres como un libro abierto. El próximo día te tocará a ti.

Alfonso alzó una ceja, divertido y expectante.

—¿Y qué tienes pensado, «ama»?

Blanca soltó una carcajada, ronca y sensual.

—De momento, que nos metamos en la ducha. Quiero sentirme limpia para lo que te voy a obligar a hacer. —Y, ante su sorpresa, añadió—: Quiero saber si Raquel decía la verdad.

La frase encendió una chispa en Alfonso, que sintió su deseo crecer de forma exponencial. Parpadeó y su mente viajó al comentario de Raquel en el guardarropa. «… sabe hacer una cosa con su boca que… ¡uf!».

Vio que Blanca se daba la vuelta, con aire de seguridad, y comenzaba a andar hacia el cuarto

de baño. Al llegar a la puerta, se giró y le preguntó:

—¿Está encendido el calentador?

—Sí. El otro día no lo apagué.

—Eres muy listo. No lo hagas, al menos hasta que me vaya a mi piso —comentó mientras se reía. Le guiñó un ojo y le preguntó—. ¿Tienes cuerdas?

Alfonso se volvió a reír. Aquello iba a ser algo apoteósico. Se humedeció los labios y esbozó una sonrisa.

—Puede que haya algo por aquí que nos sirva. Voy a mirarlo —respondió, mientras se quitaba la camisa y Blanca se extasiaba con su musculoso torso.

Blanca, sobreexcitada, dejó caer su vestido al suelo y se mordió el labio. Se quedó en ropa interior y, con aire felino, avanzó hacia donde estaba. La excitación de Alfonso se percibía en la protuberancia de su pantalón. Al llegar hasta él, sujetó su miembro con fuerza y, mientras soltaba una carcajada, le dijo:

—Por lo que veo, esto te excita, Benavides. ¡Date prisa!

Alfonso se puso a buscar.



Tras aquella noche tan llena de emociones, Blanca dejó que el agua caliente se deslizara por su piel y relajara sus músculos. Cerró los ojos, disfrutando de la sensación, hasta que escuchó la voz grave de Alfonso detrás de ella.

—Lo encontré. —Su tono tenía un matiz de diversión mientras alzaba un rollo de cuerda—. No sé qué planeas hacer conmigo, pero debo admitir que estoy intrigado.

Blanca se giró lentamente, dejando que el agua empapara su pelo y resbalara por su cuerpo desnudo. Mientras él dejaba la cuerda a un lado y se quitaba la ropa, con la misma seguridad con la que hacía todo, lo miró con atención.

«¡Dios, qué hombre!», pensó. Su cuerpo era puro poder contenido. Cada músculo estaba definido, cada línea de su torso parecía hecha para tentar. Y ella no tenía ninguna intención de resistirse.

—Aún no lo has descubierto todo de mí, Benavides —murmuró con una sonrisa enigmática, llevándose las manos a la piel húmeda de su cuello, descendiendo por su clavícula hasta sus pechos.

Mientras entraba en la ducha, Alfonso no apartó la mirada de ella. Sus ojos verdes la miraban expectantes. Se acercó sin prisa, hasta que el calor de su piel se mezcló con el vapor del agua.

—Me gusta aprender cosas nuevas, princesa. Y tengo la impresión de que esta noche voy a descubrir varias.

Blanca sintió el cosquilleo del deseo recorrer su vientre. Tomó el gel de baño y dejó que la espuma se deslizara entre sus dedos antes de comenzar a recorrer su pecho con movimientos lentos. Sus palmas resbalaron sobre la piel húmeda de Alfonso, sintiendo la firmeza de sus músculos, disfrutando del contacto.

Cuando sus manos descendieron por su abdomen, él cerró los ojos un segundo y dejó escapar un leve suspiro.

—¿Siempre te tomas tantas molestias en asegurarte de que alguien esté limpio? —bromeó, con la voz ronca por el deseo.

—Solo cuando quiero devorarlo después —respondió ella, alzando la mirada con un destello de picardía.

Alfonso se rio y deslizó las manos por su espalda, recorriéndola con lentitud. La escuchó gemir. La estrechez del espacio hacía que cada roce fuera más intenso que el anterior. Con el sonido del agua cayendo, y el roce de sus cuerpos, se besaban con creciente pasión, aunque cada caricia prometía más de lo que el reducido espacio les permitía.

Blanca sintió que su respiración se volvía más agitada. Quería más, pero allí dentro no había espacio para lo que deseaba que le hiciera.

Separó sus labios de los de él y deslizó los dedos por su mejilla, obligándolo a mirarla.

—Esto se me queda pequeño, cielo.

Alfonso la atrapó por la cintura con una firmeza que la hizo jadear, e introdujo su miembro por el triángulo que formaban sus entrecerradas piernas.

—Podría hacerlo contigo en cualquier sitio. Donde quieras —comentó él.

—Y yo, pero prefiero hacerlo bien. Y aún me tienes que demostrar algo que he oído, y este no es el mejor lugar.

Con una última mirada de desafío, lo apartó y salió de la ducha. Tomó la toalla y se secó. La colgó en la percha y, con toda la naturalidad del mundo, desnuda, salió del baño dejando que Alfonso la viera marcharse.

Se adentró en la habitación y se tumbó sobre la cama, sobre las sábanas. Dejó la mirada fija en la puerta, esperando. «¡Dios, solo de pensarlo, me pongo mala!», se dijo a sí misma. Colocó una de sus manos en el pecho, presionándolo con delicadeza, y la otra la bajó el vértice de sus muslos. Mientras sus ojos se perdían en el resplandor del fuego que se filtraba a través de la puerta, empezó a acariciarse.

Alfonso no tardó en aparecer. Su alta y poderosa silueta, se recortó contra la tenue luz de la chimenea. Su expresión era la de un hombre dispuesto a entregarse a lo que ella propusiera.

Blanca se mordió el labio y extendió la mano hacia él, ordenando con la mirada.

—Ven aquí, entre mis piernas. Ya sabes lo que tienes que hacer. Quiero que me enseñes esa depurada técnica que tanto dominas —le exigió, soltando un apasionado gemido.

Alfonso, sin dudar un segundo, obedeció.

Blanca

Jueves, 6 de julio de 2023

Abrí los ojos con pereza, sintiendo el peso del sueño aún aferrado a mis párpados. La habitación estaba sumida en una cálida penumbra, con los rayos del sol filtrándose entre las cortinas cerradas. Giré la cabeza hacia el reloj y vi la hora. Pasaban de las once.

Hacía mucho tiempo que no dormía tanto, aunque tenía sentido. Llegamos al cortijo a las seis de la mañana, agotados, con la piel aun ardiendo a pesar del deseo satisfecho, y con su olor impregnando mi cuerpo.

Respetando el acuerdo de mantener las apariencias, cada uno se fue a su habitación, aunque estaba segura de que Macarena y Teresa se habían dado cuenta. No eran tontas, y si había algo que no se podía ocultar, era el brillo de nuestros ojos cuando nos mirábamos.

Suspiré y me desperecé. Aunque mi cuerpo estaba relajado, lo primero que vino a mi mente fue él, Alfonso.

¿Cuándo había pasado esto? ¿Cuándo dejé de verlo como el arrogante señorito andaluz que me recordaba tanto a Rubén, y empecé a verlo como el hombre que ahora ocupaba cada rincón de mi ser?

No, ya no era Rubén. Nunca lo había sido. Me había engañado a mí misma comparándolos, utilizando ese pretexto para poner una distancia entre nosotros que nunca llegó a existir.

Alfonso era fuego, pero no quemaba, no dolía. Era seguridad, sin ser opresivo; era ternura, sin ser blando. Jamás había experimentado lo que ahora sentía a su lado. Y lo más sorprendente era que no tenía miedo.

«¡No tengo miedo de quererlo!», acepté. Cerré los ojos y dejé que la verdad se abriera paso. Me había enamorado, sin matices ni reservas.

Sí, sabía que lo nuestro era muy reciente. Que todo es muy bonito al principio, incluso perfecto, y también que luego cambia. Siempre cambia. Y ese cambio duele. Lo sabía, porque lo había vivido.

Me pregunté si podría soportarlo una vez más, si pasaba, y la respuesta fue muy clara: «no». Pero no podía, ni quería, evitarlo.

Con el recuerdo de sus caricias en mi piel, me pasé la mano por el pelo y me levanté. Supuse que Alfonso ya debía de estar despierto. No sabía si estaría esperándome para desayunar juntos. Y aunque el miedo intentaba abrirse paso entre mis certezas, una sonrisa se dibujó en mis labios.

No había vuelta atrás. Lo quería. Lo amaba de verdad. Y, por primera vez en mi vida, también me sentía querida de una forma que jamás había conocido.

Alfonso

Alfonso entreabrió los ojos y, al girar la cabeza hacia el reloj de la mesilla, vio que eran las 10:33. Había dormido poco más de cuatro horas, aunque siempre dormía poco y no le gustaba despertarse demasiado tarde.

Se frotó el rostro con ambas manos, intentando despejarse, pero en su mente aún quedaban los ecos de la noche anterior, de Blanca. Su Blanca. Cerró los ojos y sonrió al recordar cada detalle, cada sonido, cada jadeo. No tenía la menor duda de que lo que había sentido estando con ella, era diferente a todo lo que había experimentado antes.

Cumplió su exigencia y le mostró lo que sabía hacer con la boca, y ella gritó hasta casi desfallecer, pero después tomó las riendas, lo ató a la cama y… lo volvió loco, de forma literal. ¡Dios del amor bendito! ¡Lo había llevado a la gloria!

Mónica, a su lado, era una simple aficionada. Blanca, con su fingida timidez, con esa imagen de recato que mostraba al mundo, se había transmutado en una mujer con una fogosidad arrolladora.

Alfonso aún no entendía cómo lo había conseguido, pero lo llevó hasta el éxtasis media decena de veces, hasta agotar la caja de condones. Tendría que volver a la farmacia, o pedir el material por internet. Si ella estaba cerca, aquello le iba a salir caro. Lo único que lamentaba de la noche anterior, era no haber podido acurrucarse a su lado y dormir juntos, agotados, felices.

Aunque al volver al cortijo habían intentado guardar las apariencias, Teresa estaba despierta y los vio llegar. También se percató del beso que se dieron al salir del coche. Alfonso sabía que era inútil disimular, porque su madre ya habría atado todos los cabos. Macarena lo conocía demasiado bien.

Sabía cuánto había sufrido tras lo de Mónica, y por eso, aunque nunca llegó a decirle nada de forma explícita, desaprobaba la vida que estuvo llevando durante los meses posteriores. Le llegaban comentarios de las esposas de algunos conocidos, rumores de sus salidas, de las mujeres con las que estaba.

En la iglesia, o en las reuniones con sus amigas, siempre había alguna dispuesta a recordarle que su hijo no estaba en el mejor camino. Y ella, con su infinita paciencia, se lo reprochaba con sutiles frases que lo hacían sentirse culpable. Pero le entendía, porque sabía que estaba huyendo, sin rumbo, sin propósito. Hasta ahora.

Inspiró a fondo, intentando ordenar sus pensamientos, y fue inevitable que su mente volviera a Blanca. Era muy diferente de Mónica… de cualquier otra mujer que hubiera conocido. No intentaba ser la mujer perfecta. Era natural, intensa, apasionada. Su dulzura y su desafío convivían en un equilibrio caótico, pero adictivo. Esa bipolaridad lo tenía fascinado, porque podía ser sumisa y dominante al mismo tiempo. Y la noche anterior se lo había demostrado con creces.

Dejó escapar una sonrisa al recordar sus infundados celos sobre Mónica. Pilar le había metido aquella idea en la cabeza, y no lo había podido disimular. Sí, su exnovia era fogosa, pero su pasión no tenía la autenticidad de Blanca.

A diferencia de Mónica, que usaba su cuerpo como una herramienta, como un arma, buscando siempre el control, Blanca se entregaba de verdad, sin miedo, sin reservas. Con ella, cada beso, cada caricia, cada jadeo era real. Y eso lo volvía completamente loco.

Pensó en lo que sentía. En cómo su concepción del amor, que creía extirpada de por vida, había cambiado en apenas unos días. No tenía miedo de amar a esa mujer, porque sabía que ella sentía lo mismo por él. Lo veía en sus ojos, lo sentía en sus besos, lo percibía en la forma en que su cuerpo respondía al suyo.

«Y lo más increíble de todo… es que no quiero evitarlo», se dijo a sí mismo.



Capítulo 11

Blanca se detuvo unos segundos antes de cruzar el umbral del salón. Alfonso estaba sentado a la mesa, con una taza de café entre las manos. Estaba solo.

Lo observó en silencio. Llevaba su bañador, que estaba mojado, y su habitual camisa blanca, remangada hasta los codos. Su cabello aún estaba húmedo del reciente baño que se acababa de dar en la piscina. Tenía un aire despreocupado y atractivo, pero lo que más captó su atención fue su expresión.

Él también la miraba con la misma incertidumbre que ella sentía en ese momento. Blanca no sabía cómo comportarse. Quería besarlo, deslizar los dedos por su nuca y decirle que lo había echado de menos en esas pocas horas que llevaban separados, pero… ¿era lo que él quería? ¿Seguía prefiriendo la discreción, al menos cuando no estuvieran solos? ¿O ya no le importaba que, en momentos así, pudieran mostrarse tal y como eran?

La duda danzaba entre ellos, cargando el ambiente de una tensión sutil, palpable. Justo cuando Blanca se decidió a avanzar, un taconeo enérgico resonó en el pasillo, rompiendo el momento.

Macarena apareció con un destello divertido en los ojos y una sonrisa suspicaz. Se paró frente a ellos, con los brazos en jarras, y los miró como si fueran dos adolescentes intentando esconder una travesura.

—Vaya, vaya… —murmuró, con una ceja arqueada—. La fiesta terminó tarde, ¿no?

Blanca sintió el rubor en sus mejillas y, al mirarlo de reojo, vio que Alfonso se limitaba a llevarse la taza a los labios, sin responder. No hacía falta. Ambos sabían que su madre ya tenía información de primera mano de lo ocurrido la noche anterior.

—No hace falta que disimuléis —continuó Macarena, tomando asiento con toda la calma del mundo—. Se nota a kilómetros lo que hay entre vosotros.

Blanca sintió un nudo en el estómago. Macarena no parecía enfadada, más bien… divertida.

—Mamá… —intervino Alfonso, pero su madre lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Nada de excusas. Me alegro. Mucho —afirmó, mirando a Blanca con dulzura. Volvió su vista hacia Alfonso y le dijo—: Ya sabes que no me gustaba la vida que llevabas hace un año, Alfonso. Salías mucho de fiesta, y te relacionabas con demasiadas mujeres. —Hizo una pequeña pausa, como si reflexionara, y añadió—: Tú y yo sabemos que lo que te faltaba era estabilidad, encontrar a alguien que te quisiera de verdad. —Los miró a los dos, de forma alternativa, y les regaló una sonrisa—. Has encontrado a la persona adecuada.

Blanca la miró, sin saber qué decir. Sentía un hormigueo en el estómago, y esta vez no era por nerviosismo, sino por lo feliz que se sentía al escuchar aquello. Macarena tomó una taza de café y la giró distraídamente entre sus manos antes de añadir:

—Además, Laura te quiere mucho, Blanca. —Se quedó pensando un instante—. Ya sé que es prematuro, porque solo es el principio de la relación, pero a la niña le encantaría que fueras su tía. Y a mí, también. Que algún día seas una parte de nuestra familia.

Blanca sintió un leve escalofrío recorrer su espalda. Aquella afirmación, tan sencilla y natural, la golpeó de lleno.

—Macarena… —Intentó hablar, pero la mujer sonrió con calidez y se acercó a ella.

—Nada de disimulos, os lo digo en serio —dijo mientras la abrazaba—. Tú estás loca por él, y Alfonso ya debería estar ingresado en un psiquiátrico.

Los tres se pusieron a reír. Macarena continuó:

—Se nota que sois felices juntos, y nos alegramos por vosotros. Así que dejad de esconderos, porque la única que no lo sabe aún es Laura, y, conociéndola, no tardará en sacar sus propias conclusiones.

Blanca giró el rostro hacia Alfonso, buscando en él una respuesta. Sus ojos la observaban con intensidad, y le estaba regalando una preciosa sonrisa. Supo que ya no había necesidad de esconderse.



La mañana avanzaba con calma. Alfonso había salido temprano hacia la bodega, para revisar algunos detalles con el encargado y asegurarse de que todo estuviera en orden. Blanca decidió aprovechar el sol y se fue a la piscina, donde el agua, bajo el cielo despejado, invitaba al baño.

Se acomodó en una de las tumbonas, disfrutando del calor en su piel y permitiéndose unos momentos de tranquilidad. Apenas había cerrado los ojos cuando el sonido de su móvil la sacó de su ensueño. Lo tomó de la mesa auxiliar y vio un nombre familiar en la pantalla. Lucas.

—Buenos días, teniente Alcaraz —saludó con tono burlón al responder.

—Buenos días, profesora Alcaraz —respondió Lucas con la misma ironía—. ¿Cómo estás, prima?

Blanca sonrió. La voz de su Lucas siempre le transmitía una sensación de cercanía y complicidad.

—Bien, cariño, disfrutando del verano. ¿Tú qué tal?

—Acabo de cogerme unos días de vacaciones, y he pensado pasar por Jerez para ver a mi persona favorita. ¿Cómo lo ves?

—Me parece genial —dijo entusiasmada—. ¿Cuándo llegas?

—Si todo va bien, llegaré esta tarde, después de comer. He pensado que podríamos vernos en el bar del parque.

—Perfecto, así nos ponemos al día.

—Genial —dijo él—. Por cierto, espero que esta vez no me hagas pasar por el tercer grado con preguntas sobre mis inexistentes novias.

—No prometo nada —bromeó Blanca—. Hasta luego, Lucas.

—Hasta luego, preciosa.

Colgó con una sonrisa. Lucas era una de las personas más importantes de su vida, como un hermano para ella. Siempre había estado ahí, en los momentos buenos y en los malos.

Justo cuando se levantaba de la tumbona para irse, Alfonso apareció en la piscina. Llevaba el cabello algo despeinado, como si el viento hubiera jugado con él. Se detuvo al verla recoger sus cosas.

—¿Te vas? —preguntó con curiosidad.

—Sí, me ha llamado Lucas, y hemos quedado esta tarde, en el bar del parque. Voy a ducharme y a vestirme.

Alfonso frunció el ceño un instante.

—¿Lucas?

—Mi primo. Es militar, teniente y trabaja en la base de Rota. Nos queremos mucho.

Alfonso ladeó la cabeza, con una expresión que Blanca supo interpretar al instante.

—¿Teniente? No será muy mayor.

—Tiene treinta y cuatro años. Solo es un año mayor que yo —añadió, estudiando su reacción —. Siempre hemos sido como hermanos.

—Ya… —Alfonso bebió un sorbo de agua, mirándola de reojo.

Blanca estalló en una carcajada.

—Alfonso de Benavides: ¿¡estás celoso!? Esto es histórico.

Él la observó con fingida indiferencia.

—No son celos, es curiosidad.

—¡Ya! Si lo dices así, aún suena peor.

Alfonso suspiró y cruzó los brazos.

—¡Bueno, solo un poco! —dijo riendo—. Me encantaría conocerlo. Si se queda en Jerez, podríamos cenar los tres juntos.

Blanca sonrió feliz. Sin darse cuenta de ello, se acababa de comportar como un novio celoso.

—Lo propondré. Seguro que acepta —dijo con una mirada traviesa antes de darle un beso en la mejilla—. Hasta luego, «celoso».

Y, sin esperar respuesta, se alejó con paso ligero, dejando a Alfonso observándola con una mezcla de diversión y resignación.

Confidencias entre primos

El almuerzo en la finca transcurrió con un ambiente alegre y distendido. Ya no había disimulos ni miradas furtivas entre Blanca y Alfonso. Incluso, en un momento en el que Macarena se levantó para ir a la cocina, Alfonso, sin la menor preocupación por ser descubierto, se inclinó hacia Blanca y le robó un beso en los labios.

Macarena, al regresar, los encontró sonriendo como dos adolescentes enamorados. No comentó nada, pero su expresión dejaba claro que aprobaba lo que veía.

—Ya era hora, tortolitos —murmuró con un deje de burla, sirviéndose un poco más de vino.

Blanca se rio, mientras Alfonso se limitó a sonreír, con su típica expresión de suficiencia. Después de la comida, Blanca se preparó para ir a Jerez, y encontrarse con Lucas. Alfonso la observó mientras cogía las llaves del coche.

—Salúdalo de mi parte —dijo con un tono indiferente, aunque Blanca captó en su mirada una pizca de interés.

—Aún no lo conoces, pero te encantará, como a mí —bromeó, guiñándole un ojo antes de salir.



El bar del parque era un sitio acogedor, con mesas de madera y grandes parasoles que ofrecían sombra en las cálidas tardes. Cuando Blanca llegó, Lucas ya estaba en la terraza, esperándola con una cerveza en la mano.

—¡Blanca! —saludó él, levantándose para darle un abrazo efusivo—. Sigues igual de guapa.

—Y tu igual de creído —replicó ella, divertida, antes de sentarse frente a él.

Lucas la observó con una mezcla de curiosidad y afecto.

—A ver, cuéntame. ¿Qué es de tu vida?

Blanca suspiró, removiendo el café que acababa de pedir.

—Creo que me he enamorado, Lucas.

El militar enarcó una ceja y apoyó los codos en la mesa, estudiándola.

—¿De quién?

—De un señorito andaluz, el tío de una de mis alumnas —confirmó, sin poder evitar una sonrisa.

Ante su mirada de extrañeza, Blanca le relató la situación, su estancia en el cortijo y las razones de esta.

Lucas tomó un trago de su cerveza antes de responder.

—¿Estás segura de lo que dices, Blanca? ¿Estás enamorada?

—¡Hasta las trancas! —exclamó convencida—. No tiene nada que ver con Rubén, no te preocupes, aunque se parecen mucho en lo físico —le aclaró—. Pero sé que no solo es atracción,

Lucas. Me hace sentir… muy querida.

Lucas permaneció en silencio unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Después de lo que te hizo ese cabrón, te mereces algo así. ¿Él también lo está de ti?

Blanca se mordió el labio inferior, recordando la forma en la que Alfonso la miraba, cómo la tocaba, cómo la hacía sentir.

—Sí. Lo veo en sus ojos, en cómo me trata. Lo sé.

Lucas soltó un leve suspiro.

—Bien. Eso es lo único que me importa. Que no juegue contigo.

Blanca sonrió con ternura.

—Gracias, cariño. Sabía que lo entenderías.

—Me alegro por ti.

Blanca puso una mano sobre la de él.

—Quiero que lo conozcas. Él también me ha dicho que le gustaría conocerte. —Lo miró y le guiñó un ojo—. Eso es porque le he dicho lo mucho que te quiero, y… ¡se ha puesto un poco celoso! —Soltó una carcajada—. ¿Te apetece cenar con nosotros?

Lucas, tras acompañar su carcajada, asintió sin dudarlo.

—Por supuesto. Si estás con él, quiero saber qué clase de hombre es —dijo, ejerciendo de protector.

Blanca le apretó la mano con afecto.

—Mientras estés aquí, puedes quedarte en mi piso.

Lucas se quedó pensando un instante.

—Pero solo si tú sigues en el cortijo. No quiero meterme en tu vida.

Ella lo aceptó al momento.

—Trato hecho —dijo muy contenta—. Vamos a mi casa, dejas la maleta, y te doy un juego de llaves.

Encuentros inesperados

Blanca conducía de regreso al cortijo con una sonrisa que no podía disimular. La charla con Lucas había sido reconfortante, como siempre lo era cuando hablaban entre ellos. Saber que tenía su aprobación, y que también parecía estar ilusionado por conocer a Alfonso, la hacía sentir aún mejor.

Al llegar, aparcó y entró en la casa. Teresa estaba poniendo la mesa y Macarena charlaba con ella sobre los planes de Laura, en la playa.

—Hola, ya estoy aquí. ¿Dónde está Alfonso? —preguntó Blanca.

—En la bodega, en su despacho —respondió Macarena, con una sonrisa—. ¿Todo bien en Jerez?

Blanca asintió y se dirigió hacia la bodega. Al entrar, estaba sentado en su escritorio, revisando unos papeles. Levantó la vista y sonrió al verla.

—¿Cómo ha ido la reunión familiar? —preguntó con interés.

—Muy bien. Lucas es un encanto, como siempre. Y está deseando conocerte.

Alfonso se reclinó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Así que has aceptado presentarme a una parte de tu familia? Me siento honrado.

Blanca volteó los ojos mientras le mostraba una cínica sonrisa.

—No empieces a ser sarcástico de nuevo, ya sabes que no me gusta —le dijo en tono de reproche—. Tengo ganas de que os conozcáis. Hemos quedado para cenar, esta noche.

—Vale. Nada de sarcasmo, solo era una broma —respondió él, regalándole una sonrisa de disculpa—. ¿Y dónde se va a quedar tu querido primo?

—En mi piso.

Alfonso arqueó una ceja, con una expresión entre curiosa y cautelosa.

—¿Y tú?

Blanca se mordió el labio, disfrutando un poco del interrogatorio.

—¿Yo? —Hizo un gesto con la cabeza y otro con la boca. Respondió—: No lo sé, aún no lo tengo claro.

Alfonso entrecerró los ojos. Blanca vio en ellos una chispa de duda y sonrió. Antes de que pudiera decir nada, le soltó:

—¿¡Tú estás tonto!? —movió la cabeza de lado a lado, como si no diera crédito a lo que oía —. ¡Pues aquí, coño!, contigo.

Pudo ver una fugaz chispa de alivio en los ojos de él.

—¿Ha sido elección tuya?

—Sí, pero Lucas tampoco me ha dejado otra opción —confesó—. Solo ha aceptado quedarse, si yo dormía en el cortijo. Con mi querido «novio».

Alfonso sonrió, satisfecho con la respuesta.

—Tu primo ya me cae bien, y aún no lo conozco.

Blanca se rio y se acercó a él, apoyándose en el escritorio.

—No es tonto, sabe que lo más probable es que acabe durmiendo aquí de todas formas.

Alfonso la tomó por la cintura y la atrajo hacia él.

—Lo sabe porque es un hombre inteligente.

—Y desconfiado —añadió ella, pasando los dedos por su cabello.

—Tiene motivos. Si tuviera una prima como tú, tampoco querría que cualquier idiota jugara con ella.

Antes de apartarse, Blanca lo besó, corta pero intensamente.

—Vamos a comer, «idiota». Teresa acaba de poner la mesa.

—¿Llegamos más tarde? —murmuró Alfonso con voz grave, mientras se levantaba y se acercaba a ella.

Blanca vio sus intenciones y le dijo:

—Me temo que no, cielo —comentó mientras sentía los brazos de él alrededor de su cintura y pasaba los suyos por detrás de la nuca—. Ya tendrás tiempo para eso más tarde.

Se besaron con cariño. Blanca cogió su mano y lo sacó de allí.

Cena con Lucas

El restaurante que habían elegido para la cena era uno de los más conocidos en Jerez. El local estaba decorado de forma minimalista, pero cuidando todos los detalles. La iluminación era sutil y el ambiente acogedor. Blanca y Alfonso llegaron antes que Lucas, y se sentaron en una mesa junto a una ventana.

A los pocos minutos, apareció. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa blanca remangada hasta los codos, lo que resaltaba su complexión atlética. Blanca, que estaba pendiente de la puerta, lo vio llegar. Alzó un brazo, para reclamar su atención.

Los ojos pardos de Lucas recorrieron el lugar, hasta que encontró a Blanca y Alfonso. Se levantaron para recibirlo. Los dos hombres eran de una estatura y complexión muy similares. Blanca besó a su primo y ellos se miraron.

—Así que tú eres Lucas —dijo Alfonso, estrechándole la mano con firmeza.

—Y tú el famoso Alfonso —respondió el otro, con una media sonrisa—. Blanca habla mucho de ti.

—Espero que cosas buenas.

—De momento, sí.

Blanca puso los ojos en blanco.

—Dejad de medir fuerzas y sentémonos —comentó, divertida.

Mientras cenaban, la conversación fluyó con naturalidad. Lucas y Alfonso compartían más cosas en común de las que Blanca había imaginado, y la química entre ellos se hizo evidente.

En un momento dado, Blanca levantó la vista y vio a Lucía. Estaba cenando con una amiga. Cuando sus miradas se cruzaron, la veterinaria se levantó y se acercó a su mesa, con una sonrisa de curiosidad.

—Viene Lucía —comentó Blanca, señalando a la simpática y dicharachera morena que se acercaba hacia ellos.

Blanca y los dos hombres se levantaron.

—¡Pero qué sorpresa! —exclamó, abrazando y besando a su amiga, y haciendo lo mismo con Alfonso. Se quedó mirando de reojo a Lucas, con interés—. ¿Me presentáis?

Blanca sonrió y señaló a su primo.

—Lucía, te presento a mi primo Lucas. Lucas, ella es Lucía, amiga de Alfonso y… bueno, mía también.

Lucas le tendió la mano y Lucía se la estrechó. Blanca no pasó por alto el brillo en sus ojos.

—Encantado —dijo Lucas, con una sonrisa relajada.

—Igualmente.

Lucía sonrió con interés.

—Y yo que pensaba que ya no quedaban hombres interesantes en Jerez.

Alfonso carraspeó. Blanca no pudo evitar reírse.

—¿Estás cenando con una amiga? —preguntó Blanca, divertida.

—Sí, pero ha quedado con unos chicos después, y me toca el pesado. No me apetece nada aguantarlo.

Lucas arqueó una ceja.

—Si te quedas con nosotros, te salvarás del suplicio.

Lucía lo miró con descaro y, tras una pausa, dijo:

—En ese caso, creo que tomaré el café aquí, si os parece bien —dijo, a modo de pregunta, mirando a Blanca y mostrando un brillo de súplica.

Blanca y Alfonso se miraron con complicidad.

—Encantados de que te unas a nosotros —dijo Alfonso, con una sonrisa.

—Luego vuelvo —comentó contenta—. No tardaré mucho.

Lucas se la quedó mirando, y Lucía le devolvió una intensa mirada. Blanca pudo ver algo en sus ojos que la hizo sonreír.

Había chispa.

Encuentros y revelaciones

La cena transcurría con la misma fluidez con la que lo hacía la conversación. Alfonso y Blanca compartían miradas cómplices, y Lucas parecía estar disfrutando de la compañía, aunque Blanca sospechaba que no tenía que ver únicamente con la comida.

Cuando el camarero trajo el segundo plato, apareció Lucía, con su habitual aire desenfadado. Vestía unos vaqueros ajustados y una blusa blanca que se ajustaba a su atractivo cuerpo. Su oscura melena caía suelta sobre sus hombros, y en su rostro se dibujaba una sonrisa de auténtico interés.

Lucas, sin dudarlo, le señaló la silla vacía junto a él.

—No hay mejor lugar disponible —comentó con un guiño.

Lucía aceptó la invitación con naturalidad, aunque su atención no se centró solo en Lucas. A medida que tomaba asiento, observó a Alfonso y Blanca. Su instinto nunca le fallaba, y la química entre ellos era tan evidente que hasta un ciego la notaría.

—¿Y qué haces por aquí, Lucas?

—Blanca me ha invitado a cenar, para presentarme a su novio —soltó él.

Lucía soltó una carcajada que sorprendió al primo. Blanca y Alfonso la entendieron de inmediato.

—Bueno, bueno… así que esto es oficial —dijo, alzando una ceja con picardía.

Blanca casi se atragantó con el sorbo de vino que acababa de tomar, y Alfonso, con su eterna calma, sonrió.

—Depende de qué consideres «oficial» —replicó Alfonso, disfrutando del momento.

Lucía dio un leve golpe en la mesa.

—¡Vamos, por favor! ¡Lo vi desde el principio! Y no solo yo, sino todo el mundo.

Blanca intentó disimular su sonrisa, pero el rubor en sus mejillas la delataba.

—¿Tan evidente es? —preguntó, fingiendo inocencia.

Lucía la miró con fingida compasión.

—Más que evidente, cariño. Lo raro es que hayáis tardado tanto en admitirlo.

Hasta ese momento, Lucas había estado observando la interacción con interés. Lucía le dirigió una mirada curiosa.

—¿Así que solo has venido por eso?

—En realidad, no —respondió Lucas, encogiéndose de hombros—. Estoy de vacaciones, así que tenía que venir a ver a mi prima y asegurarme de que no se metía en problemas.

—Vaya, qué detalle. Un primo sobre protector, me gusta. —Lucía se acomodó en la silla y lo observó con renovado interés—. ¿Y dónde vives?

—En Rota.

Lucía abrió los ojos con sorpresa y satisfacción.

—¿Militar?

—Sí —aclaró Lucas con una sonrisa.

—¡Eso sí que no me lo esperaba! —exclamó Lucía, claramente encantada—. Solo estás a media hora de aquí. ¿Eso se podría considerar una relación a distancia? Porque no me gustan, pero contigo haría una excepción.

La respuesta pilló a Lucas desprevenido, aunque su carcajada delató lo mucho que le había gustado el comentario.

—¿Ya me estás promoviendo a esa categoría, sin conocernos?

—Solo evalúo las posibilidades —respondió ella, mientras tomaba un sorbo de su copa de vino sin apartar la mirada de él.

Blanca y Alfonso intercambiaron una mirada divertida. Ella se acercó a su oído.

—Lucía no pierde el tiempo —le susurró en tono burlón.

—Lucas tampoco parece quejarse —respondió él con una sonrisa.

Lucía se volvió de nuevo hacia Lucas.

—Y ahora que ya tenemos confianza, dime, comandante: ¿a dónde vas de vacaciones?

—No soy comandante, solo teniente.

—Me he equivocado —dijo encandilada, fijando su mirada en la suya—. He pensado que, si tus galones van parejos a tu físico, debes de ser comandante, por lo menos.

—¿Eso quiere decir que te parezco guapo, o lo he entendido mal?

—Guapo, no, lo siguiente.

—No entres en el ejército, Lucía, porque te harán coronel y estaré bajo tu mando.

Ella soltó una carcajada. Blanca y Alfonso estaban alucinados.

—¡Dios mío! —exclamó la veterinaria, entusiasmada—: ¡me acabo de enamorar!

En ese momento, la carcajada fue de los cuatro. Lucas retomó la conversación. Aquel mediodía, en la terraza del parque, le había dicho a Blanca que tenía pensado ir unos días a Madrid. Pero, tras conocer a aquella preciosa morena, se lo estaba empezando a plantear.

Se acercó a ella, como si su respuesta fuera un secreto de Estado.

—Todavía no lo he decidido. A lo mejor me quedo unos días por aquí.

Lucía chasqueó la lengua, divertida.

—Pues eso me viene de perlas, porque me deben días de vacaciones y los voy a pedir, para enseñarte Jerez.

—¿Ah, sí? —Lucas la miró con una mezcla de interés y desafío—. ¿Y qué garantía tengo de que serás una buena guía?

Lucía sonrió con seguridad.

—Solo necesitas confiar en mí.

Blanca miró a Alfonso y negó con la cabeza, reprimiendo una carcajada.

—Estos dos van a dar guerra.

—¡Y tanto! —asintió Alfonso—. Creo que se lo van a pasar muy bien.

La cena continuó con un desborde de risas y un ambiente cada vez más animado. Sin duda, la noche prometía sorpresas para todos.

Juegos de miradas y una huida estratégica

El *pub* tenía un ambiente muy tranquilo, con unas luces suaves y baladas de fondo musical. Era un lugar perfecto para charlar y conocerse. Mientras las conversaciones se mezclaban con las risas de los clientes, Alfonso y Blanca se acomodaron en una mesa, con Lucas y Lucía. A juzgar por sus miradas y su lenguaje corporal, aquellos dos parecían estar en su propio universo.

Mientras esperaban sus copas, Blanca miró a un lado y vio a Mónica. Desde el otro lado del bar, no dejaba de observarlos. La rubia estaba con un hombre, pero su atención estaba centrada en ellos.

—Tu ex nos está mirando como si quisiéramos robarle su reino —le susurró Blanca a Alfonso, haciendo un gesto con la cabeza, en su dirección.

Él miró hacia allí. Con una mirada indiferente, dijo:

—Ya no es su reino. Nosotros somos la realeza ahora.

Blanca no pudo evitar sonreír mientras deslizaba los dedos por su brazo. En ese momento, y con una expresión de desprecio en su rostro, Mónica se levantó y se marchó del local con su acompañante.

—Qué sutil —murmuró Blanca con sorna.

—Tanto como un elefante en una cacharrería —comentó Alfonso, llevándose la copa a los labios—. Ha entendido el mensaje.

Blanca soltó una risita y volvió su atención a Lucas y Lucía, que parecían haber olvidado que el resto del mundo existía. La escuchó decir:

—¿Y bien, teniente? —preguntaba Lucía, con aire juguetón y removiendo su copa con la pajita—. ¿Cuántos años tienes?

Lucas le sostuvo la mirada con un brillo divertido en los ojos.

—Treinta y cuatro. ¿Te parece una buena edad, Lucía?

Lucía ladeó la cabeza, pensativa, y sonrió con picardía.

—Depende… Si empiezas a quejarte de dolores de espalda, o a hablarme de inversiones a largo plazo, igual tengo que reconsiderarlo.

Lucas soltó una carcajada.

—Tranquila, aún no necesito suplementos vitamínicos. Voy sobrado.

Lucía bebió un sorbo de su copa, sin apartar la vista de él.

—Menos mal. Me daría pena tener que abandonarte tan pronto —le dijo con picardía—. Tengo veintiocho años. ¿Mucho para ti?

—No sé… —Lucas se inclinó un poco hacia ella, con una sonrisa irónica—. ¿Eres demasiado inmadura para mí?

—Soy exactamente lo que necesitas.

—Eso parece una una promesa.

—Considéralo una declaración de intenciones.

Alfonso y Blanca se miraron, disfrutando del duelo verbal que se desarrollaba entre ellos.

—Creo que los hemos perdido —susurró Blanca, divertida.

—Ya no nos necesitan, en realidad, sobramos —convino Alfonso, con una media sonrisa—. ¿Nos vamos al cortijo?

Blanca asintió, dando un último vistazo a la pareja.

—Sí, mejor dejarlos solos. A este paso, van a encender fuego en la mesa.

Se despidieron con una excusa poco convincente y salieron del pub, dejando atrás a Lucas y Lucía, que ni siquiera notaron su ausencia.

—¿Tú crees que acabarán en la misma situación en la que estuvimos nosotros anoche? —preguntó Blanca, entre risas, mientras caminaban hacia el coche.

—Si no esta noche, muy pronto. Lucas no va a dejar escapar a Lucía. Y Lucía, ni te explico.

Blanca se rio, pero no pudo evitar pensar que la noche, la suya con Alfonso, también prometía ser muy interesante.



El sonido del motor del coche se apagó en la quietud de la madrugada. La casa estaba en completo silencio, solo interrumpido por el canto de los grillos y la brisa nocturna que acariciaba las hojas de los árboles.

Alfonso rodeó el coche y le abrió la puerta a Blanca, con un gesto natural, pero la forma en que su mano rozó la suya al ayudarla a salir no tuvo nada de casual. Sus ojos se encontraron en la penumbra, y él le dedicó esa sonrisa tan peligrosa para cualquier atisbo de resistencia.

Cruzaron el umbral del cortijo con cautela. Blanca contuvo el aliento unos segundos, tratando de aguzar el oído. Nada. Macarena dormía en la última habitación del pasillo de arriba, y Teresa en el piso de abajo, al otro lado de la planta. «No pasa nada», pensó, aunque no estaba del todo convencida.

Alfonso no soltó su mano hasta que estuvieron dentro de su habitación. Cerró la puerta y la miró, con una intensidad que hizo que Blanca sintiera calor, a pesar de que la fresca temperatura del exterior de la casa aún estaba impregnada en su piel.

—Esta vez, me toca a mí —dijo él, al entrar.

Blanca arqueó una ceja.

—¿Perdón?

—Anoche mandaste tú. Me tuviste a tu merced. Hoy… —se acercó lentamente, con ese aire de depredador que la hacía perder el norte—. Hoy serás sumisa.

Blanca tragó saliva. Una parte de ella quería replicar, desafiarlo, pero su cuerpo tenía otra opinión.

—No sé si me convence tu propuesta… —le respondió, pensando que no era el mejor lugar para esos juegos.

—¿No? —Alfonso deslizó los dedos por su brazo desnudo, haciendo que su piel se erizara.

—Bueno… quizás un poco —reconoció, mientras sentía una vibración entre sus piernas. «¡A

la mierda la prudencia!», se gritó a sí misma.

Él soltó una carcajada y le tomó la mano.

—Primero, un baño.

La cogió de la mano y entraron en él. Era espacioso y elegante, con mármol oscuro y detalles de madera que mantenían el estilo rústico del cortijo. Al fondo, estaba el jacuzzi. Era de color negro y ocupaba toda una esquina. Los accesorios eran cromados, y tenía un grifo de cascada. Los reposacabezas acolchados, uno en cada lado, invitaban a un baño de ensueño. Alfonso giró los mandos, el agua surgió por la cascada y comenzó a llenarse.

Blanca, con un movimiento lento y deliberado, se lo quedó mirando y deslizó los tirantes de su vestido. Dejó que la tela cayera hasta sus pies. Alfonso seguía impasible.

—¿Te lo vas a pensar mucho? —preguntó, disfrutando del poder que sentía al verlo observarla con esa devoción.

—En absoluto —respondió Alfonso, pero en vez de quitarse la ropa, desapareció en la habitación.

Blanca frunció el ceño. «¿Y ahora qué…?», pensó.

Cuando regresó, traía algo en la mano. Blanca lo reconoció al instante.

—¿En serio, Alfonso? —puso las manos en las caderas—. ¿Una cuerda?

Él se encogió de hombros, con la mayor naturalidad.

—¿No te gustó?

—La otra vez mandaba yo.

—Hoy hemos cambiado los roles —le recordó—. Te toca recibir órdenes.

Blanca se cruzó de brazos, con un brillo divertido en los ojos.

—¿Y qué piensas hacer con eso?

Alfonso la miró de arriba abajo con decisión, y dejó caer la cuerda sobre el banco de madera, junto al jacuzzi.

—Aún no lo tengo decidido… pero tengo algunas ideas.

Blanca se mordió el labio y negó con la cabeza, entre divertida y tentada.

—Eres incorregible.

—Y tú, una tentación que no pienso desaprovechar.

Blanca soltó una carcajada. Se quitó la ropa interior, y se deslizó dentro del agua caliente. El contraste con su piel la hizo suspirar. Se acomodó en uno de los asientos, a un lado, y lo miró con una ceja arqueada.

—Bueno, ¿vas a quedarte ahí, o piensas venir conmigo?

Alfonso, sin perder la sonrisa, empezó a desabrocharse la camisa con toda la calma del mundo.

—Voy. Pero recuerda: esta noche, quien manda soy yo.

Blanca sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

No le importaba ceder el control. No con él. Todo lo contrario: estaba excitada hasta la

médula.



Alfonso se quitó la ropa, pero no dejó de mirar a Blanca. El nivel del agua ya había subido lo suficiente y, junto con la espuma de las sales de baño, empezaba a cubrir sus senos. En ese instante, a Alfonso le parecieron dos islas que cualquier náufrago necesitaría para sobrevivir. Los ojos de ella, clavados en los suyos, y los oscuros y erectos pezones que ella acariciaba con ambas manos, eran una provocación a la que ya había sucumbido.

El rostro de Blanca se perdía en una expresión de placer que disparaba el suyo. Vio que una de sus manos abandonaba su pecho y se sumergía en el agua. Al llegar al lugar que buscaba, exhaló un fuerte suspiro. Alfonso ya no podía más. Solo le faltó oír.

—Si no vienes pronto… —suspiró y cerró los ojos—… llegaré sola… ¡Ven, coño!

Obedeció, lamentándose de que ella empezara a llevar el control. Debía cambiar eso o estaba perdido. Se sentó frente a ella y sujetó su erección. Si no se calmaba, no tardaría mucho en explotar, pero, a pesar de que la noche sería muy larga, esa no era la forma en la que quería llevar el control.

—¡Deja de acariciarte! —le ordenó, seco, con mucha firmeza en el tono. Una orden directa.

Blanca se quedó pasmada, pero obedeció. Aquel era el acuerdo. Sabía que no faltaba mucho para poder obtener lo que ansiaba en aquellos momentos, un par de minutos más y…

—¡Ven aquí! —exclamó Alfonso—. Siéntate sobre mis muslos, y permanece quieta.

Ella se incorporó un poco, cruzó los dos metros que los separaban, e hizo lo que le había ordenado. Abrió las piernas y las colocó a ambos lados de las suyas, que permanecían cerradas. Se quedó expuesta ante él, al alcance de su mano, y Alfonso apenas tardó un segundo en utilizarla. Nada más sentir el contacto entre sus piernas, Blanca dio un pequeño grito.

Notó sus dedos acariciando su parte más sensible, y sus caderas empezaron a tener vida propia. Iniciaron una suave cadencia de movimientos. Blanca quería tocarlo, aferrarse a él. Jugar a lo mismo, pero en su cuerpo. Lo miró suplicante.

—¿Puedo…? —preguntó, mientras miraba su miembro, que sobresalía del nivel del agua.

—Solo si te frotas con él. Quiero verte haciéndolo.

Blanca vio el cielo. Aquello era lo que necesitaba y deseaba en ese instante. Sabía que el roce de sus sexos la llevaría al paraíso en unos pocos segundos. Cuando su mano lo sujetó, soltó un gemido que no pudo controlar. Lo notó a punto de reventar, igual que ella.

Lo puso en vertical y adelantó sus caderas hacia él, para que sus sexos se juntaran. Con una mano, presionó su émbolo contra su parte más sensible, y con la otra empezó a amasarse los pechos.

Alfonso la miró con devoción, extasiado. El rictus de placer en el rostro de Blanca, le excitaba tanto como el roce de su miembro con la vulva. La escuchó gemir sin control, desbordada por las sensaciones que atrapaban a ambos.

Ella se puso a mover las caderas y frotar, con ritmo creciente, las dos partes de ellos que se

rozaban. Estaba demasiado excitada como para mostrar cualquier tipo de contención.

Apenas unos segundos más tarde, mientras impulsaba su pelvis contra aquel émbolo que frotaba en su parte más sensible, sintió llegar el placer que tanto necesitaba. Los chorros, que simultaneaban el éxtasis de él, cayeron sobre ella. Blanca soltó un grito que no pudo reprimir, y tuvo un brutal orgasmo.

Ese fue el preámbulo de una noche que jamás podría olvidar.



Capítulo 12

Desayuno con confesiones y planes improvisados

Viernes, 7 de julio de 2023

Blanca bajó las escaleras con Alfonso a su lado, ambos vestidos de manera informal, pero con la complicidad de quienes han compartido algo más que la noche. Al entrar en la cocina, encontraron a Macarena preparando el café.

Macarena levantó la vista de la cafetera y les dedicó una mirada cargada de significado. Tras saludarlos, no tuvo piedad.

—¿Dónde habéis dormido? —les pregunto de repente, con una extraña curiosidad.

Blanca sintió el impulso de esquivar la pregunta, pero Alfonso, con su usual tranquilidad, tomó la delantera.

—En mi habitación, juntos.

Blanca casi se atraganta.

—¡Alfonso…!

Macarena arqueó una ceja y se sirvió el café como si esa respuesta no le sorprendiera en absoluto.

—Aunque mi párroco no lo apruebe, me parece bien. Prefiero ver a mi hijo feliz.

Blanca dejó escapar una carcajada, mientras Alfonso sonreía con satisfacción.

—Es bueno saber que nos das tu bendición, mamá —comentó él, divertido.

—No exageremos, hijo. No soy el Vaticano —le respondió mientras se iba a la cocina, para hablar con Teresa.

Mientras Alfonso servía zumo en un par de vasos, el móvil de Blanca vibró sobre la mesa. Era Lucas. Contestó.

—Buenos días, primo —saludó Blanca.

—Para mí sí, y para Lucía también. Se acaba de ir para cambiarse. ¡Vaya amigas que tienes, princesa!

Blanca sonrió, comprendiendo la indirecta de inmediato.

—Así que… ¿no has dormido solo?

—¿Dormir…?, lo que se dice dormir… —Lucas se rio—. No demasiado, pero suficiente. Y agotado.

Blanca soltó una carcajada. Antes de que pudiera responder, Alfonso, que la miraba con curiosidad, se inclinó hacia ella y preguntó:

—Dile que se vengan a comer, y a la piscina.

Blanca le lanzó una mirada divertida y volvió al teléfono.

—Dice Alfonso que os vengáis a la piscina y a comer.

Lucas no tardó en responder:

—Me parece perfecto, se lo comento a Lucía.

Blanca colgó y se sirvió una taza de café.

—¿Se puede saber qué interés tienes en invitar a mi primo?

Alfonso le dedicó su sonrisa más encantadora.

—Quiero ver qué clase de hombre ha caído en las redes de Lucía.

—¿No será que te hace gracia ver cómo otra persona sucumbe tan rápido como tú?

—Tú lo has dicho —admitió con sorna—. Además, me cae bien, y parece que se lo han tomado en serio.

Diez minutos después, el móvil de Blanca vibró con un mensaje de Lucas.

Lucas:

En una hora estamos allí. Llevamos el postre.

Blanca sonrió y se lo mostró a Alfonso. Le envió un corazón.

—Espero que no sea nada que engorde —comentó, mientras Alfonso le robaba un beso en la mejilla.

—Eso lo quemaremos en la piscina, o dónde tú ya sabes —matizó él.

—Y tú tienes que reponer fuerzas, cielo. Los hombres no aguantáis nada —susurró ella.

—¡Te podrás quejar! —dijo él—. Por cierto, tendremos que ir a la farmacia. Ya no me quedan… ya sabes —dijo Alfonso sin acabar la frase.

—Yo tengo, cielo. Soy más previsora que tú —comentó orgullosa—. Tendré que ir al ginecólogo, para que me dé algo, para evitarlos.

—Me parece lo mejor. Eres tan fogosa que no voy a vender suficiente vino para tanto gasto.

Blanca dio un largo suspiro.

—¡Te podrás quejar! —exclamó—. Me has convertido en una ninfómana —concluyó, soltando una carcajada.



Blanca flotaba sobre una colchoneta inflable y Alfonso nadaba perezosamente a su lado.

—Me gusta esto —dijo ella, recostándose en el flotador—. Tranquilidad, buena compañía y una piscina privada.

—Disfrútalo, porque en cuanto lleguen Lucía y Lucas, esta paz se acaba.

Como si los hubieran invocado, la risa contagiosa de Lucía rompió la calma.

—¡Ya estamos aquí!

Blanca se giró y vio a Lucía y Lucas acercándose. Su amiga llevaba un vestido de flores y unas gafas de sol, y Lucas caminaba con la seguridad que Blanca ya conocía.

—¡Qué puntualidad! —exclamó Alfonso, saliendo del agua.

—La Marina lo exige —respondió Lucas con una sonrisa.

Lucía se quitó las gafas de sol y miró a Blanca con una expresión de pura felicidad.

—Blanca, creo que tu primo es el mejor comandante de España.

Lucas río y le pasó un brazo por los hombros.

—Me has ascendido de teniente a comandante en una noche. Me gusta tu forma de pensar. Deberías estar en Inteligencia Naval.

Blanca los miró divertida.

—Por lo que veo, lo vuestro ha sido un flechazo.

Lucía se encogió de hombros con una sonrisa pícara.

—Digamos que Cupido se ha puesto las botas.

Blanca se echó a reír mientras observaba a su amiga. La forma en que Lucía miraba a Lucas no tenía nada que ver con lo que ella había sentido cuando conoció a Alfonso. No había guerra, ni resistencia, ni desconfianza. Solo chispa, conexión inmediata.

Blanca suspiró y miró a Alfonso, que en ese momento le guiñaba un ojo.

Pensó en cuánto habían cambiado las cosas desde el día en que lo conoció… Y lo que faltaba por venir.



Alfonso le dijo a Lucas que, si le apetecía, le enseñaba la bodega. Los dos hombres se fueron y las dejaron solas. Mientras se alejaban, Lucía le dijo:

—Blanca, me encanta tu primo. Ya sé que no sé nada de él, pero es un hombre increíble.

—Te entiendo muy bien. Me pasa lo mismo con Alfonso —dijo con una sonrisa—. Puedes estar tranquila: Lucas es maravilloso. Lo quiero muchísimo.

—¿Sabes que nos hemos dormido a las cinco? —le preguntó riendo—. Me ha dejado para el arrastre, aunque él también se ha llevado lo suyo.

—Igual que nosotros.

—Por cierto, tienes un piso muy bonito —dijo Lucía. De repente cayó en que no sabía si había metido la pata—. Lo siento. Espero que no te moleste que…

—No seas tonta. ¡Claro que no! —comentó Blanca, despreocupada—. Cuando vuelva, ya cambiaré las sábanas

—Mejor que sí, porque… —aconsejó Lucía mientras se reía.

—Me lo imagino.

—Pero aún no lo hagas, no tengas prisa, por favor —le pidió la veterinaria—. Lucas igual… se queda unos días, y…

—No te preocupes, no pienso irme del cortijo —dijo Blanca—. Hasta que me echen.

Lucía negó con la cabeza y se rio.

—Eso es imposible, Blanca. Alfonso está loco por ti.

—Puedo decir lo mismo de Lucas, te lo aseguro —dijo con una agradecida sonrisa—. Nunca lo había visto tan ilusionado.

—¡Menos mal que se me fue la regla anteayer! —exclamó Lucía mientras soltaba una carcajada—. Para conquistar a un hombre, lo mejor es un buen sexo.

—No es cierto, pero ayuda —afirmó mientras reía, aunque se le cortó de golpe.

«¡Hoy es viernes!», se dijo a sí misma. Sacudió la cabeza y se quitó ese pensamiento de la cabeza.

Se reclinó en la tumbona y cerró los ojos. Dos días de retraso. Ella siempre era un reloj, y se vanagloria de ello. Sabía que el estrés influía, pero… ¡¿Qué estrés?! Estaba más relajada que nunca. Vivía en aquel paraíso con el hombre de sus sueños, desbordada de pasión. Con más placer del que jamás pensó tener.

«¿Qué puede fallar?», se preguntó. Prefirió no responder.

Un almuerzo andaluz y una propuesta inesperada

Después de un buen rato en la piscina, disfrutando de la conversación y el sol, Teresa apareció en la puerta de la terraza con su inseparable delantal y las manos en la cintura.

—La comida ya está lista. Si se sigue enfriando, me veré obligada a serviros solo pan y agua.

Los cuatro se rieron y comenzaron a recoger las toallas y las copas que habían usado para el aperitivo. Blanca se sentía en completa armonía con la escena, como si aquel cortijo ya fuera su hogar.

—Espero que hayas hecho gazpacho, Teresa —comentó Alfonso, cerrando la sombrilla.

—Por supuesto, niño. ¿Cuándo te he fallado yo?

Entraron al comedor y se encontraron con la mesa puesta. Macarena ya estaba sentada, observándolos con una satisfecha sonrisa.

—Aquí están mis cuatro aventureros —dijo—. Parece que habéis pasado una mañana estupenda.

Alfonso se inclinó para besar a su madre en la mejilla antes de tomar asiento.

—Y lo que nos queda, mamá.

Teresa sirvió el gazpacho, fresco y vibrante, con su característico color rojo intenso. Luego llegaron las bandejas de pescaíto frito, crujiente y dorado, acompañado de una generosa ración de alioli. La lubina al horno con salsa de almendras cerró el menú con broche de oro.

—Teresa, esto es un festín —comentó Lucía, llevándose un trozo de boquerón a la boca.

—La buena comida es el secreto de una vida feliz —replicó Teresa, sirviendo más vino en las copas.

La conversación fue alegre. Macarena disfrutó viendo cómo los jóvenes reían y compartían confidencias. Blanca estaba fascinada con la conexión entre Lucas y Lucía; no podía dejar de notar las miradas que se dedicaban, y cómo él se inclinaba hacia ella cada vez que hablaba.

Cuando los cafés y las copas estuvieron servidos, Alfonso apoyó un codo en la mesa y propuso:

—Si os apetece, después podemos dar un paseo a caballo.

Lucas sonrió con entusiasmo.

—Hace tiempo que no monto, pero siempre me ha gustado. Blanca y yo lo hacíamos siempre que podíamos.

Lucía asintió de inmediato.

—Yo también me apunto.

Blanca, que se imaginaba lo que Alfonso tenía en mente, lo miró con complicidad.

—Podríamos llevarlos a la cabaña de Clara.

Alfonso captó la indirecta y sonrió.

—Buena idea. Voy a llamar para que preparen los caballos para dentro de una hora —dijo, cogiendo el móvil.



Con las crines agitadas por la suave brisa de la tarde, los caballos avanzaban al paso.

Blanca montaba con naturalidad, disfrutando de la sensación de libertad que le daba el paseo. A su lado, Alfonso llevaba las riendas con su porte habitual y elegante, mientras Lucas y Lucía bromeaban en la retaguardia, disfrutando de la experiencia.

—No está nada mal para haber estado años sin montar —comentó Lucía, observando a Lucas con una sonrisa.

—Soy un hombre de recursos —replicó él—. Además, cuando hay buena compañía, todo se hace más fácil.

Lucía se rio y Blanca intercambió una mirada con Alfonso. Estaba muy claro que lo de esos dos iba en serio. Blanca nunca había visto a su primo tan feliz con alguien.

Al llegar a la cabaña, Lucas se detuvo para observarla con atención.

—Es preciosa —dijo—. Se nota que tiene años. Parece muy vieja, pero está muy bien conservada.

—Tiene muchos —respondió Alfonso—. Fue la primera casa de mi bisabuelo, cuando fundó la bodega. Como a mi hermana Clara le encantaba, mi padre la reformó. Ahora es de Laura.

Blanca recorrió con la mirada la estructura de piedra y madera. La cabaña se veía imponente en medio del paisaje, como un refugio atemporal.

—Tiene un aire mágico —murmuró Lucía, apoyándose en la baranda del porche.

—Y un significado muy especial para todos, en especial para Laura —añadió Blanca.

Alfonso se giró hacia ella con una sonrisa.

—Por cierto, podríamos ir a verla a la playa. ¿Quieres que vayamos mañana?

Blanca asintió, entusiasmada con la idea.

—Sí, me parece genial. Seguro que le hace mucha ilusión.

Lucas miró a Lucía.

—¿Y tú qué dices?

Lucía se encogió de hombros con picardía.

—Si es contigo, hasta acepto madrugar.

Todos rieron y Alfonso sacó el móvil.

—Vamos a llamarla, para decírselo.

Blanca sintió una especial ternura al ver cómo Alfonso tomaba la iniciativa con Laura. Aquel hombre que, semanas antes, le parecía arrogante y distante, ahora se había convertido en su todo.

Sábado, dudas al amanecer

Sábado, 8 de julio de 2023

Me desperté con una extraña inquietud. Era sábado por la mañana, y la luz del sol se filtraba por las cortinas de forma tímida. A mi lado, Alfonso dormía con una expresión relajada que contrastaba con su habitual intensidad. Me quedé mirándolo unos segundos, y sentí que una inexplicable calidez me envolvía.

La noche anterior, Laura había llamado dos veces. Primero, para recordarnos que no nos olvidáramos de ir a la playa. Y luego, para decirnos que no podía dormir de los nervios. Su entusiasmo era contagioso, y me hacía ilusión verla.

Pero mi mente estaba ocupada en algo que me había desconcertado, y que no me dejaba tranquila.

Deslicé con cuidado las sábanas y me levanté en silencio. Cogí mi móvil de la mesita de noche, salí de la habitación y me dirigí a la terraza.

Abrí el navegador y escribí: «motivos de retraso en la menstruación».

La primera página que apareció, enumeraba una lista de causas posibles: cambios en el estrés, dieta o actividad física.

Fruncí el ceño. Estrés… no, estos días había sido todo lo contrario, estaba feliz. Dieta… estaba comiendo mejor que nunca, disfrutando del gazpacho y el pescaíto frito de Teresa sin ningún tipo de remordimiento. Eso no podía ser.

Actividad física.

Me detuve ahí.

Lo ponía claro: «Entrenamientos intensivos en el gimnasio, maratones, baile profesional…».

Mis cejas se arquearon. «Bueno, técnicamente no he estado en una maratón, pero lo que ha pasado estos días con Alfonso ha sido lo más parecido a una prueba de resistencia olímpica».

Respiré hondo y apagué la pantalla del móvil, llevándome una mano a la frente.

Me tenía que haber venido el miércoles, el día que Laura se fue a la playa. Y, hasta ayer, ni siquiera había pensado en ello.

«Tres días de retraso».

No era tanto. A veces, la regla se retrasaba sin motivo. y luego todo volvía a la normalidad. Abrí los ojos. Nunca me había pasado: ¡yo era un reloj!

¿Y si…?

Sacudí la cabeza de inmediato. No. No podía ser.

El mero hecho de pensarlo me descolocó por completo. Me pasé una mano por el pelo y me quedé mirando la pantalla apagada del móvil. «Demasiado sexo de golpe», pensé. Tenía que ser eso. Tuve que reprimir una risa. Si tenía que buscar una explicación lógica, esa era la única que se me ocurría. Alfonso me había hecho quemar más calorías que cualquier maratón.

Suspiré, intentando tranquilizarme. No podía ponerme paranoica por un simple retraso. No tenía sentido preocuparme por algo que no sería nada, pero tampoco podía dejar de pensar en

ello.

Volví a la habitación, más inquieta de lo que quería admitir. Alfonso seguía dormido. En cuanto me metí de nuevo en la cama, murmuró algo y alargó un brazo para atraerme hacia él.

—¿Dónde estabas? —preguntó con la voz ronca de sueño, enterrando la cara en mi cuello.

—Me he despertado temprano —murmuré—. No podía dormir.

—¿Hay algo que te preocupe?

Mi corazón dio un vuelco.

—No, nada, cielo. Solo estoy nerviosa por ver a Laura.

Me abrazó con más fuerza, y sentí el calor de su piel contra la mía.

Yo también quería creer que no pasaba nada, pero mi cabeza no dejaba de hacer cálculos.

Un vuelco inesperado

El trayecto desde el cortijo hasta Jerez resultó muy animado, con bromas y la impaciencia de ver a Laura. Yo llevaba días echándola en falta, pero, a pesar de que intentaba mantener el entusiasmo, mi cabeza estaba en otro sitio.

Al salir de la finca, le dije a Alfonso que tenía que hacer una parada en la farmacia.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó con naturalidad.

—No, no hace falta. Solo es… ya sabes, cosas de mujeres.

Él asintió sin darle importancia. En cuanto entré en la farmacia, sentí que mi nerviosismo aumentaba de forma exponencial. Me acerqué al mostrador con la determinación de una persona que quiere salir de ahí cuanto antes.

—Tres test de embarazo, por favor.

La farmacéutica, una mujer mayor con gafas de medialuna, me miró con una sonrisa amable mientras los sacaba del estante.

—¿Quieres que te explique cómo funcionan?

—No, gracias, sé cómo hacerlo —respondí, mientras cogía un paquete de tampones y otro de preservativos, para disimular.

Pagué y salí con el corazón desbocado, apretando la bolsa contra mi pecho. Antes de llegar al coche, dejé los test en el interior de mi bolso.

«Esto es una locura», pensé mientras me subía de nuevo al coche.

Intenté tranquilizarme analizando el problema. No tenía náuseas. Ese era el síntoma más típico, ¿no? Lo de la fatiga… Bueno, llevaba días prácticamente sin dormir por culpa de Alfonso, eso lo justificaba. ¿Y la sensibilidad en los pechos? Eso no contaba, mis pechos siempre habían sido sensibles.

«Todo tiene una explicación razonable», intenté convencerme.

Pero entonces, ¿por qué tenía tanto miedo?



Recogimos a Lucía y Lucas y salimos hacia El Puerto de Santa María. La madre de Irene nos envió la ubicación exacta: Playa de la Puntilla. Era una playa extensa y popular, con aguas tranquilas, restaurantes y bares donde servían un excelente «pescaito frito».

Mi mente saltaba de un pensamiento a otro mientras el coche avanzaba por la carretera. Sabía que lo recomendable era hacer la prueba con la primera orina de la mañana, pero también había leído que podía hacerse en cualquier momento del día, siempre que no bebiera demasiada agua y fuera al baño lo más tarde posible. No podía esperar más. Tenía que saber la verdad.

Nada más llegar a la playa, Laura nos hizo señales, saludándonos con la mano. Estaba radiante y muy emocionada. Me obligué a sonreír con naturalidad, y le presenté a Lucas. Lucía le dio un beso con cariño.

—¡Os estaba esperando! Tío Alfonso, venid todos. Os dais un baño, y yo os tiro el flotador desde la orilla. Vamos, Blanca —me dijo.

—Déjame respirar un poco, pequeñaja —protestó él con una sonrisa, quitándose la camisa.

Yo necesitaba estar sola, para hacer lo que no conseguía apartar de mi mente. Les dije:

—Yo me bañaré luego, Laura. Id vosotros.

Me mordí el labio al verlo quitarse la ropa. Qué atractivo era, maldita sea. Mi mirada se quedó fija en su cuerpo, en sus músculos marcados y su piel bronceada. Sentí un calor que nada tenía que ver con el sol.

Pero no tenía tiempo para distracciones. Los cuatro se fueron, con Irene, y me quedé allí con su madre.

Aproveché ese momento para acercarme al bar de la playa.

—Ahora vengo, voy al baño —dije antes de alejarme, señalando un bar que estaba a unos metros de nosotras.

Cogí mi bolso y caminé con pasos firmes, sintiendo que cada uno de ellos pesaba más que el anterior. Me pedí un café, y, mientras me lo servían, entré en el baño, cerré la puerta con pestillo y saqué la caja de la bolsa.

Mis manos temblaban.

Seguí las instrucciones al pie de la letra.

Un minuto.

«Sesenta segundos en los que mi vida puede cambiar», pensé.

Intenté controlar mi respiración, pero no podía evitar el nudo en el estómago. Miré el predictor en la encimera y conté mentalmente.

«Uno… dos… tres…»

No podía mirar.

«Cinco… seis… siete…»

Cerré los ojos con fuerza.

«Diez… quince… veinte…»

Abrí los párpados y miré la pantalla.

Positivo. Dos rayas. ¡Dos! El mundo se detuvo.

«¡¡¡Estoy embarazada!!!», me grité mentalmente.

Mi respiración se volvió errática, mis piernas flaquearon, y tuve que apoyar las manos en la encimera para no caerme. «No puede ser. Esto no puede estar pasando», me obligué a pensar.

Pero, sí, estaba pasando. La prueba lo confirmaba.

Me sentí atrapada en una burbuja donde todo se volvió confuso. Mis pensamientos se atropellaban. ¿Cómo se lo iba a decir a Alfonso? ¿Cómo iba a reaccionar él? ¿Qué significaba esto para nosotros?

Me miré al espejo y la mujer que me devolvía la mirada no parecía la misma de hacía un minuto.

¡Acababa de cambiar toda mi vida!

Un mar de dudas

El agua golpeaba la orilla con un murmullo constante y los gritos de los niños se mezclaban con el sonido de las olas. Pero yo no escuchaba nada.

«Positivo».

Esa palabra seguía retumbando en mi cabeza. Era un eco imposible de acallar. «Estoy embarazada». Me había apoyado en una de las hamacas de la playa, mirando, sin ver, cómo Alfonso y Laura chapoteaban en el agua, felices, despreocupados. Ajenos a la transformación que se estaba librando dentro de mí.

«¿Y ahora qué?». Esa era la pregunta del millón. Mi corazón latía con fuerza, como si intentara escaparse de mi pecho. Mi instinto me decía que tenía que decírselo a Alfonso. Pero, ¿ahora? ¿Aquí? Con Laura, Lucía y Lucas cerca, con la madre de Irene tomando el sol a escasos metros de mí, con turistas pasando a nuestro alrededor…

No. No podía soltar una bomba así en medio de una playa.

Sentí el impulso de tocarme el vientre. ¿Ya estará ahí, creciendo, formándose? No podía notarlo, aunque sabía que todo había cambiado.

«¿Cómo reaccionará Alfonso?», me pregunté. Yo estaba muy segura de lo que sentía por él, pero… ¡coño, solo llevábamos unos días juntos! Me demostraba que también me quería, pero… Estaba en un mar de dudas.

De repente, el sonido del agua moviéndose cerca me devolvió a la realidad. Alfonso salió del mar, sacudiendo el cabello húmedo, y con el sol reflejando el agua en su bronceada piel. Me miró con una sonrisa de satisfacción, como un niño después de una travesura.

—¿No te vas a bañar? —preguntó, con el agua escurriéndose por su torso, acercándose a mí.

Intenté componer una sonrisa.

—Más tarde, quizás.

Su expresión se tornó más seria.

—¿Estás bien?

No. No estaba bien. «¡Estoy embarazada!, me grité!». Pero aún no podía decírselo.

—Claro.

No pareció convencido. Me estudió con una mirada intensa y penetrante. Sabía que algo me pasaba.

—Blanca…

No podía permitir que hiciera más preguntas. No ahora. Así que hice lo único que podía hacer para silenciarlo. Me aferré a él. Mis labios presionaron los suyos con una necesidad desesperada. Necesitaba sentirlo, asegurarme de que todo seguía igual. De que aún era mi Alfonso, mi refugio.

Él respondió de inmediato, envolviéndome en un abrazo que me dejó sin aire.

—¡Vaya arrebato! No me has dejado hablar —dijo sorprendido.

—Tendré que silenciarte de la única manera que se me ocurre —susurré contra sus labios.

Alfonso sonrió contra mi boca.

—¿Eso harás?

—Sí.

—Voy a ser una cotorra.

Solté una risa espontánea, sintiendo cómo el miedo y la confusión se diluían en el calor de sus brazos. Solo duró unos instantes, porque una vocecita chillona interrumpió nuestro momento.

—¡Tío! ¡Tía Blanca!

Laura venía con una sonrisa radiante. Sus mojados rizos se pegaban a su cara, y la emoción se reflejaba en su mirada.

Se detuvo frente a nosotros y nos miró con intensidad, como si estuviera intentando leer nuestras mentes.

—¿Ya eres mi tía Blanca? Acabas de besar a mi tío, lo he visto ——me dijo señalándome con un dedo, acusándome.

Mi corazón se detuvo.

Dios.

La miré y después a Alfonso, que parecía tan sorprendido como yo. Él se giró hacia mí y me sonrió, desarmándome, como siempre.

Y entonces supe la respuesta. Ya no había dudas. Tomé aire y le sonreí.

—Sí, cielo. Creo que ahora ya puedes llamarme tía Blanca.

Laura gritó de felicidad y se abrazó a nosotros. Alfonso me miró, divertido y enternecido a la vez, sin entender la magnitud de mi respuesta.

Porque solo yo sabía que, dentro de mí, ya latía un ser que cambiaría nuestra vida para siempre.



Cuando regresaron de la playa, dejaron a Lucía y a Lucas en casa de Blanca y, mientras iban hacia el cortijo, Blanca le comentó a Alfonso que le apetecía ir a la cabaña, que podían ducharse allí. Alfonso sonrió con picardía, sin imaginar la sorpresa que Blanca guardaba.

Alfonso aparcó el coche y apagó el motor. La cabaña se alzaba entre los árboles con su estructura de piedra y madera, evocando una sensación de refugio y de intimidad. Blanca sentía que aquel era el único lugar donde podía revelar la verdad sin sentirse expuesta.

Alfonso se giró hacia ella con una sonrisa, esperando que aquella escapada les sirviera para relajarse.

—¿No sé por qué no has querido venir a caballo? —preguntó, sacando las llaves del contacto.

Blanca asintió, forzando una sonrisa.

—Mejor en coche. —No quiso decirle, aún, las razones por las que prefería no cabalgar.

Bajaron y entraron en la cabaña. Alfonso se movía con naturalidad, acostumbrado a aquel lugar que, en cierto modo, era su segundo hogar. Fue directo a la pequeña vinoteca que tenía allí,

sacó una botella y dos copas. Blanca se sentó en el sofá.

—Vamos a hacer esto bien —comentó, con su aire despreocupado—. Brindemos por…

—Prefiero un refresco —lo interrumpió Blanca.

Alfonso parpadeó, sorprendido. Fue hasta ella y se sentó a su lado.

—¿Desde cuándo rechazas el vino? —preguntó, dejando la botella sobre la mesa con delicadeza—. ¿Estás bien?

—Sí, solo es que… prefiero un refresco.

Alfonso entrecerró los ojos, analizándola.

—Estás rara desde ayer —dijo, cruzando los brazos—. ¿Qué demonios te pasa?

Blanca sintió un escalofrío. No era así como quería que ocurriera, pero tampoco podía seguir ocultándolo. Inspiró hondo, reunió valor, y lo miró directamente a los ojos.

—Este mes… no ha venido.

Alfonso frunció el ceño.

—¿Quién?

Blanca cerró los ojos, y dijo:

—Lo que viene todos los meses.

El rostro de Alfonso se quedó blanco.

—¿¡Lo que viene todos…!?

Blanca asintió muy despacio.

Los ojos verdes de Alfonso se agrandaron, como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta.

—¿Eso…? —balbuceó, sin ser capaz de terminar la frase—. ¿Eso qué quiere decir, Blanca?

—¡Eres tonto, cielo! ¡Soy un reloj!

Alfonso pestañeó un par de veces.

—No será… en la ovulación, porque…

—¡Joder, Alfonso!

El silencio se apoderó del salón. Alfonso se reclinó en el sofá y dejó caer los brazos a los costados, como si el peso de la noticia lo golpeara de lleno. Blanca lo observó, esperando, sintiendo cómo su corazón martilleaba contra su pecho.

La mente de Blanca iba a mil: «¿Por qué no dice nada? ¿Está tan en shock que no sabe cómo reaccionar? ¿Le alegra? ¿Le aterra? ¡Mierda!, yo tampoco sé qué siento…»

Alfonso se pasó una mano por el cabello, echó la cabeza hacia atrás, y dejó escapar un suspiro tembloroso.

La mente de Alfonso no se quedó atrás: «¿Estoy soñando? ¿Es real? ¿Yo, padre? Joder… ¿Cómo ha pasado esto? Bueno, sé cómo ha pasado, pero… ¿qué significa esta sorpresa para nosotros?».

Clavó sus ojos en los de Blanca. Aquello había sido un shock, para ambos, aunque ella ya había tenido tiempo de procesarlo. Ella intentó atisbar en su mirada: ¿miedo?, ¿alegría?,

¿incredulidad?, ¿felicidad?… Una auténtica explosión de sentimientos y dudas.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Blanca asintió de nuevo.

—Tres pruebas. Tres positivos.

Él se frotó la mandíbula, asimilándolo todo. No estaba serio, ni tampoco sonreía. Blanca se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Mucho más.

—Bueno… eso es contundente —dijo, racional como siempre.

Blanca soltó una carcajada nerviosa.

—Contundente es quedarse corto.

Se quedaron en silencio de nuevo, mirándose, midiendo la reacción del otro.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó él, con un tono de voz serio y sereno.

Blanca sintió un nudo en la garganta.

—No lo sé… No lo he pensado aún.

Alfonso se acercó a ella y le tomó las manos. Por primera vez desde la conmoción, le regaló una sonrisa.

—Blanca, sea lo que sea, estamos juntos en esto. ¿De acuerdo?

Blanca sintió que el aire volvía a llenar sus pulmones.

—De acuerdo.

El miedo seguía ahí, aunque por primera vez desde que vio aquellas dos rayitas en el predictor, no se sintió sola. Se abrazó a sí misma, acurrucada en el sofá. Alfonso estaba con los ojos clavados en los suyos, esperaba una reacción que ni ella misma tenía clara.

—Todo esto ha ido demasiado rápido… —susurró Blanca, rompiendo el silencio.

Alfonso ladeó la cabeza, observándola con detenimiento.

—Es cierto, pero ¿qué quieres decir? —preguntó, con la voz seria y un destello de inquietud en la mirada.

Blanca se pasó una mano por la frente, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Nos conocemos desde hace muy poco, Alfonso. No teníamos planeado esto… —hizo un gesto vago con la mano sobre su vientre—. Nos cambia la vida por completo.

Alfonso cruzó los brazos, evaluándola.

—¿No se te ocurrirá ir al médico para que…?

Antes de que pudiera terminar la frase, Blanca negó con vehemencia.

—¡No! Es lo último que haría. Este bebé… este bebé es mío.

El rostro de Alfonso se tensó.

—¿Tuyo?

—Sí. No estás obligado, Alfonso. No quiero que sientas que esto te ata a mí.

Un tenso silencio se instaló entre ellos. Alfonso respiró hondo. Cerró los ojos un momento y pasó su brazo por encima de sus hombros, abrazándola.

—Blanca, ¿crees que soy de ese tipo de hombres?

Ella levantó la mirada, viendo la determinación en sus ojos.

—No… —susurró.

—¿De verdad piensas que voy a quedarme al margen de esta criatura? ¿De nuestro hijo?

Blanca sintió su garganta cerrarse.

—Solo digo que… si en algún momento piensas que esto es demasiado, si crees que no puedes… yo puedo hacerlo sola.

Alfonso exhaló muy despacio, como si intentara contener el huracán de emociones que sentía.

—Escucha bien, Blanca. —Su voz tenía una intensidad que la envolvió por completo—. No quiero que hagas esto sola, y, sobre todo, no quiero que tengas ninguna duda sobre lo que esto significa para mí.

Blanca sintió que su corazón se encogía.

—Alfonso…

—Dime una cosa —la interrumpió, con el ceño fruncido—. ¿Dudas de lo que sientes por mí?

Ella negó de inmediato.

—Claro que no, cielo. —Acarició su mejilla—. Estoy muy enamorada de ti.

—Yo también. —Tomó su rostro entre las manos, obligándola a mirarlo—. Blanca, eres la mujer que siempre he deseado encontrar. La persona con la que quiero compartir mi vida y construir un futuro juntos

Blanca sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos, pero se obligó a mantener la compostura.

—Esto va a ser un gran cambio… —susurró.

—Lo sé. Y te aseguro que es el que siempre había deseado. He soñado con tener a una mujer como tú, y… formar una familia. —Se la quedó mirando con todo el amor que sentía—. Nuestra familia.

El silencio volvió a llenarse de miradas, de gestos de complicidad, del irresistible sentimiento que los sometía a ambos.

—¿Y si no nos va bien? —preguntó ella, con un hilo de voz.

Alfonso sonrió con cariño y deslizó sus manos por sus hombros.

—Eso es lo peor que puede pasar. Y no pasará. Pero, incluso en ese caso, nuestra hija tendrá a un padre que lo querrá más que a nada en el mundo… y a la mejor madre que pueda existir.

—¿Hija? —le preguntó, sonriendo por primera vez—. ¿Ya lo has decidido?

—Ya sabes que el sexo del bebé lo determino yo.

Blanca soltó una carcajada. «Siempre será un mandón», asumió, pero ella tampoco se quedaba atrás, aunque solo cuando él se ponía tonto. «Una niña», pensó, asintiendo con la cabeza.

—También me gustaría —comentó feliz—. Una hermanita para Laura.

Blanca sintió que su último muro se acababa de desmoronar.

—¿Seguimos adelante, entonces? —preguntó, con la voz temblorosa.

Alfonso le tomó el rostro con ambas manos y la besó con una ternura que la atravesó como un rayo. Luego, con los labios rozando los suyos, susurró:

—Hasta el final. Hasta el fin de nuestros días. Siempre juntos.

Blanca sintió que su alma entera se rendía a él.

—Siempre juntos… —repitió en un susurro, dejando que la promesa se anclara en su corazón para siempre.



Epílogo 1

El aire de la tarde era cálido, y soplaba una suave brisa que agitaba las hojas de los árboles. Blanca paseaba junto a Alfonso y Laura por uno de los senderos del jardín cortijo, disfrutando del sonido de las risas de la niña, y la paz que se respiraba en aquel rincón del mundo que, sin darse cuenta, había comenzado a llamar hogar.

Laura no paraba de hablar sobre su aventura en la playa. Les contaba con entusiasmo cada detalle, desde cómo había construido el castillo de arena más grande que había hecho nunca, hasta la guerra de globos de agua que había tenido con Irene y sus amigos. Alfonso y Blanca intercambiaban sonrisas, disfrutando de la alegría contagiosa de la niña.

En un momento dado, Alfonso tomó la mano de Blanca y le dedicó una mirada significativa. Era el momento.

—Laura —llamó con suavidad, captando la atención de la pequeña—. ¿Te gustaría tener un hermanito?

Laura frunció el ceño con curiosidad, deteniéndose en seco.

—Eso no puede ser, tío Alfonso. Mi mamá está en el cielo.

Alfonso se arrodilló frente a ella y le tomó las manos con ternura.

—Y siempre será tu mamá, cariño. Nadie puede reemplazarla. —Su voz mostraba un tono pausado y tierno—. Pero la tía Blanca y yo seremos papás.

Los ojos de Laura se abrieron como platos y, de inmediato, su rostro se iluminó con una emoción desbordante.

—¡¿De verdad?! ¿Vais a ser papás?

—Sí, cariño —intervino Blanca con una sonrisa, sintiendo un nudo en la garganta por la ternura en la mirada de la niña—. Vas a tener un hermanito, o una hermanita.

Laura gritó de emoción y los abrazó con fuerza a ambos.

—¡Sí! Igual que todos mis amigos.

—Claro, cariño. Igual que los demás niños —susurró Alfonso, con la voz temblando de emoción.

Blanca sintió que sus lágrimas pugnaban por salir. Estaba demasiado sensible. «Tal vez sea por mi estado», pensó, pero sabía que era mucho más que eso.

Laura se apartó un poco y los miró con una expresión pensativa.

—Les puedo decir que eres mi tía, o ¿mi nueva mamá?

Blanca soltó una carcajada, secándose una lágrima que escapó por su mejilla.

—¡Claro que se lo puedes decir! Lo que tú quieras.

—Tendrán envidia —afirmó con convicción la niña—. Porque vosotros sois los mejores papás del mundo.

Alfonso se rio, emocionado por las palabras de su sobrina.

—Vamos a casa, princesa —le dijo, tomándola en brazos y girando con ella en el aire.

Mientras Blanca los miraba con el corazón encogido de amor, Laura chilló de alegría.

«Ahora sé lo que es la auténtica felicidad», pensó, mientras Alfonso la miraba con aquella sonrisa con la que podría iluminarle la vida entera.

Y lo mejor de todo era que su historia apenas acababa de empezar.



Epílogo 2

Verano de 2024

Un año después…

No, la historia no acaba aquí. No voy a irme de vuestra vida, sin que sepáis lo feliz que me siento junto a mi familia.

Aunque ya tenemos una fecha marcada en el calendario, mi todavía novio, es el hombre más maravilloso que soñé encontrar. ¡Sí!, ese sujeto que en algunos momentos os ha puesto de los nervios, como a mí.

El que me provocó, con su arrogancia y aquel apestoso perfume de mujer, una repulsión inmediata. Ya lo sé, y tenéis razón… era de su madre, pero… ¡coño!, yo no lo sabía.

En mi defensa, os diré, que no ayudó su insolente imagen de machito andaluz, tan parecida a alguien que odiaba tener que recordar. Porque Rubén y él se parecían demasiado.

Y nada más oírlo, cuando escuché su grave voz, percibí aquel arrogante y sarcástico tono que siempre me sacaba de mis casillas. ¡Vaya primera impresión! Aquel engreído reunía todo lo que odiaba en un hombre.

Y ahora, en cambio, no puedo dejar de pensar en el vuelco que ha dado mi vida desde lo que me pareció un desafortunado incidente.

Alfonso supera, con creces, cualquier sueño, húmedo o no, incluso despierta, con el que haya fantaseado a lo largo de mi vida. Y no solo eso, también me ha regalado la posibilidad de ser madre.

Y ahora os estaréis preguntado: «Pero ¿qué has tenido? ¿Un niño o una niña?».

Esa es la pregunta del millón. Porque la fogosidad que Alfonso y yo derrochamos la única noche que lo hicimos sin protección —*¡no me critiquéis!, recordad que llevaba tres años sin sexo*—, trajo sorpresas. En concreto, dos: un niño y una niña.

Cuando nos enteramos, creí que a Alfonso le daba algo. Se puso a llorar. Yo le imité, al momento, y la doctora tardó medio minuto en contagiarse de nuestra alegría.

Laura está feliz, y le explica a todo el mundo que ella es la hermana mayor, y que, Alba y Pablo, con los apellidos «De Benavides Alcaraz», están bajo su protección.

Por su parte, el viril y apasionado hombre de negocios, se ha transmutado en un padre de familia increíble. Está volcado en cuidarnos. A mí y a nuestros tres hijos, porque eso es lo que son para nosotros. Y, aunque creo que lo supe desde antes de ir a la cabaña, es el novio/marido más cariñoso, fogoso y servicial con el que hubiera podido soñar.

«¿Soy feliz?». Estoy segura de que no necesitáis que os responda.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Quiero darte las gracias por leer ***El cisne y el halcón***. Espero que hayas disfrutado de esta historia, tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Gracias de antemano por compartir tus impresiones y poner una reseña en Amazon. Tu colaboración es muy importante para mí.

¡Mil gracias!

Un saludo,

Cris